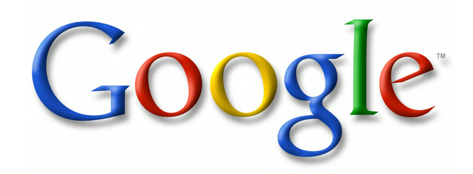
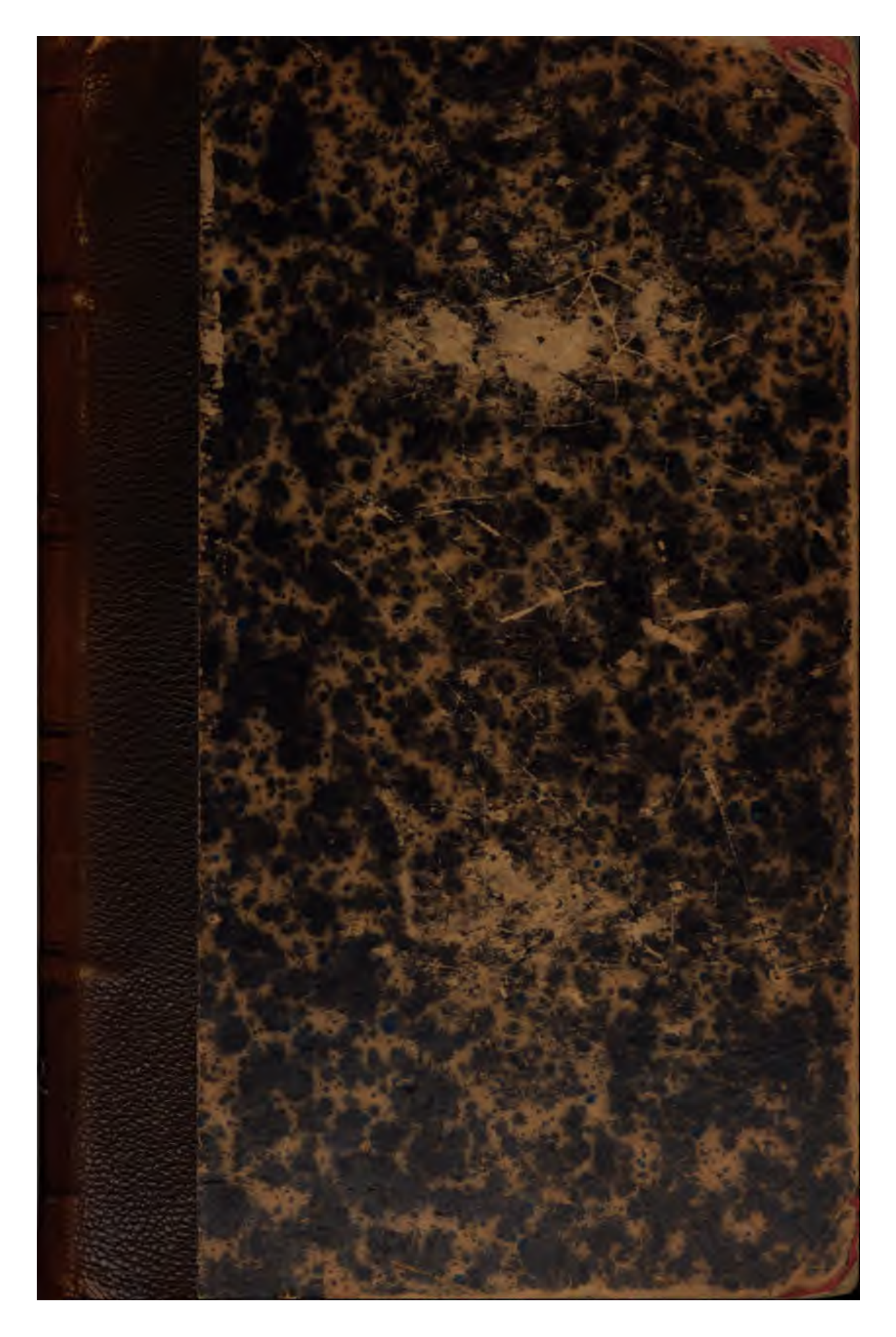
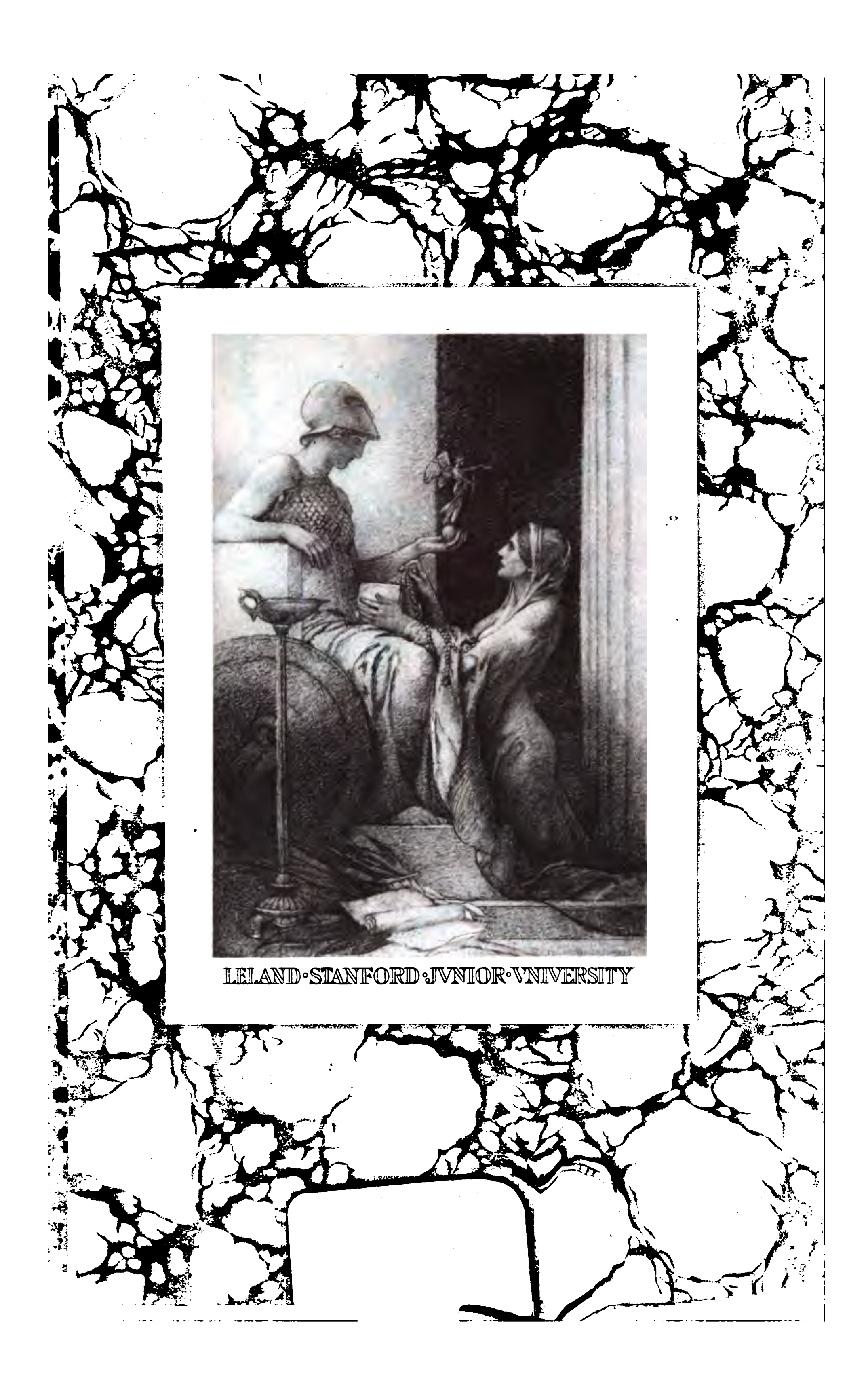
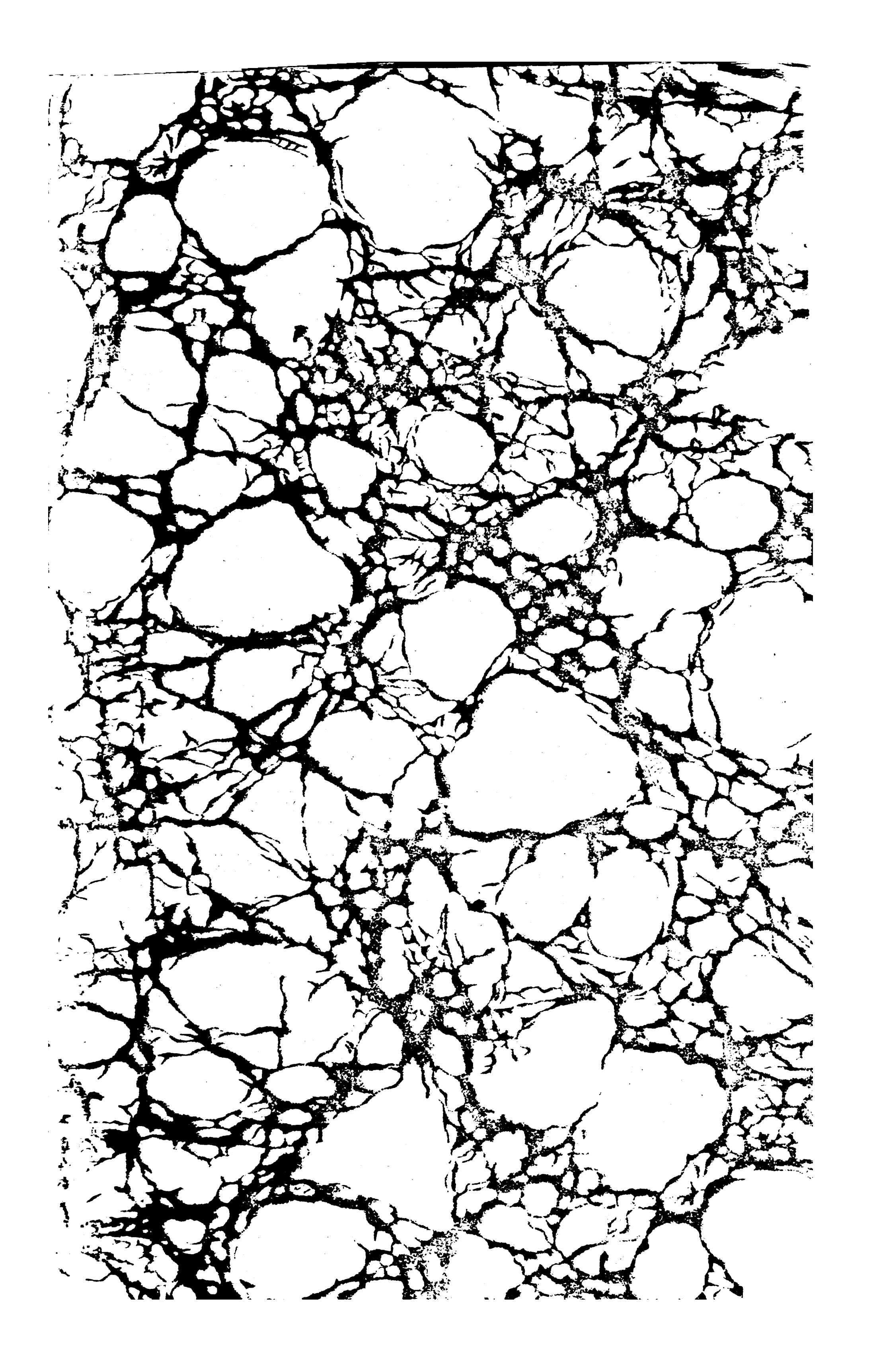





LELAND·STANFORD·JVNIOR·VNIVERSITY



NUESTRA AMÉRICA

CARLOS OCTAVIO BUNGE

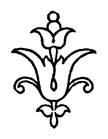
NUESTRA AMÉRICA

PRÓLOGO

DE

RAFAEL ALTAMIRA

PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO, CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA, ETC.



BARCELONA — 1903
IMPRENTA DE HENRICH Y C.ª — EDITORES
Calle de Córcega



PROLOGO

El estudio de la psicología de un pueblo comprende muchas cuestiones que conviene distinguir y que con frecuencia separan — aun sin percatarse de ello, — los mismos investigadores, movidos por la finalidad de su investigación. Algunas de esas cuestiones son independientes entre sí, hasta donde esto cabe dentro de la unidad orgánica del sujeto; de manera, que la resolución de cada una, ó las conclusiones á que en ellas particularmente se llegue, pueden ser indiferentes para la resolución ó las conclusiones de las restantes. No cabe duda, v. gr., que la causa ú origen de los caracteres psicológicos que en un momento

dado presenta un pueblo, ya se coloque en el predominio de un elemento antropológico ó de raza, ya en el efecto secular de un medio físico, ya en la presión de instituciones humanas (la Inquisición, por ejemplo, que se cita muy á menudo al hablar de los españoles), ni añade ni quita cosa sustancial á la existencia de tales ó cuales rasgos característicos que la observación acusa. Y es un gran bien que así sea. Pues hallándose aún tan en mantillas la ciencia respecto de estos asuntos de origen, y siendo quizá imposible en algunos de ellos que pase jamás de ese estado, por carencia de fuentes de información, no por esto sufre nada la psicología propiamente dicha, es decir, la determinación lisa y llana de las cualidades del espíritu colectivo, abstracción hecha de toda hipótesis genética.

De igual modo hay que distinguir entre los diferentes estados psicológicos — á veces contrarios — por los que pasan en la sucesión de los tiempos las colectividades, y la psicología fundamental que puede deducirse de las notas comunes, persistentes, advertidas en todos ellos y que no pueden determinarse sino

estudiando grandes lapsos de tiempo; y aún cabe dudar si es posible determinarlas — como no sea á título provisional y añadiendo la reserva de que «hasta ahora, por lo menos», —respecto de naciones que aún viven y cuyo porvenir es, como todo lo que á la sociología humana se refiere, muy incierto y muy dado á chasquear á los que ofician de profetas.

Finalmente, cuando la psicología del pueblo se estudia con un fin de esos que la gente llama *prácticos* — con un fin político, pedagógico, etc., de aplicación inmediata,—y no por mera curiosidad especulativa de conocer la verdad, sin miras ulteriores, puede hasta no importar nada la génesis ni las notas fundamentales, y sí tan sólo el estado presente contra el que, por ejemplo, se intenta reaccionar; ó bien su comparación con estados pretéritos que pongan en evidencia lo expuestos á error que son los juicios demasiado absolutos que sobre la única base de lo actual suelen hacerse.

Esta última posición es, v. gr., la que yo he tomado en mi *Psicología del pueblo español.* Contra las afirmaciones rotundas de los que,

partiendo de nuestra actual decadencia — indiscutible y, por desgracia, cada vez mayor, á lo menos en ciertos círculos ó esferas de nuestra sociedad y particularmente en las clases directoras — diputaban á nuestro pueblo por constitucionalmente refractario á toda cultura, incapaz de producir nada que pueda incorporarse á la corriente general de la civilización, repitiendo así la consabida tesis de M. Masson y demás hispanófobos, he puesto las enseñanzas de la historia, el resultado de las investigaciones de multitud de eruditos nacionales y extranjeros, que muestran cómo en más de una ocasión y en más de un orden de cosas intelectuales, España, no sólo marchó á compás de las otras naciones, sino que aún se adelantó é influyó en ellas. Y reforcé el argumento haciendo ver — á mi juicio con argumentos firmes, — que aquellas condenaciones absolutas de nuestro pueblo no sólo eran falsas por la existencia de hechos en contrario (imposibles si hubiera *incapacidad constitucional* en la raza), sino, también, porque las generalizaciones antropológicas é históricas en que suelen

basarse, lejos de estar probadas, son completamente inseguras. Fuera de la *psicología actual* del pueblo español, que por ser materia observable personalmente y en vivo cabe estudiar en toda la complejidad de sus manifestaciones (aunque no diré yo que por entero se haya estudiado), todavía no podemos *científicamente* formular la psicología de nuestro pueblo ni por lo que toca á su fisonomía particular en cada período histórico y en cada elemento de los que han contribuído á formar nuestra nación, ni mucho menos por lo que se refiere á las notas fundamentales expresadas hasta ahora. Y no se me negará que, demostrar la imperfección de nuestro conocimiento actual en este asunto y, por tanto, la imposibilidad de establecer conclusiones mientras no preceda una revisión y un estudio profundo del material disponible, es plantear sustancialmente el problema de la psicología del pueblo español, aunque de un modo negativo respecto de lo que ordinariamente se da como tal psicología, suponiéndola cosa averiguada.

Queda, después de esto, la segunda parte,

á saber: la realización de ese estudio en forma tal que permita afirmaciones algo más que hipotéticas. Pero esto ya no entraba en mi propósito, al cual bastaba mostrar lo complejo é ignorado de la cuestión y, en lo referente al punto concreto de nuestra supuesta incapacidad intelectual, la negación que opone nuestra misma historia; porque mi intención era, especialmente, levantar el ánimo de los pesimistas, infundir creencia en la posibilidad de la regeneración y exponer mis ideas sobre el tratamiento de la enfermedad presente en el aspecto que á mí, por mi profesión, singularmente me interesa. Lo demás del problema tiene sus investigadores propios; y justo es decir que en estos últimos tiempos, por la labor intensa y varia de Costa, de Unamuno, de Martínez Ruiz y otros eruditos, la luz va haciéndose, ya por lo que toca á ciertas notas comunes del pueblo todo, ya en cuanto á las especiales del elemento castellano, que por algo ha sido el fundente de nuestra nacionalidad, hasta donde la fusión era posible.

Todas estas referencias al problema psico-

lógico de nuestro pueblo no son ociosas ni están motivadas en razones personales. Las justifican, de un lado la interna unidad que existe entre el sujeto americano y el español, en virtud de la cual les son comunes muchos términos de su psicología; de otro, el propósito que ha guiado al señor Bunge al escribir su libro, y el plan de éste. También mueve al señor Bunge un fin práctico, inmediato; un sentimiento patriótico; una honda tristeza de los males presentes y un deseo vivísimo de vencerlos. Pero él no tiene que desvanecer prejuicio alguno, ni en los suyos ni en los extraños. El peligro que necesita atacar en su pueblo es, principalmente, el de la inconsciencia de la enfermedad que padece; y de igual manera que hizo Fichte con los alemanes, Bunge busca, ante todo, el revulsivo que deriva de poner ante el pueblo el espejo fiel que refleje la imagen de sus lacerías. En esto, es duro, implacable; habla, no con la fría objetividad de un extraño, sino con la caliente elocuencia, con la furia hondamente dolorida de un padre que busca la enmienda de su hijo, confirmando la observación popular de que

quien más quiere es quien más lágrimas hace derramar á la persona querida.

Pese á todos los delirios cosmopolitas —no siempre generosos— de nuestro tiempo, el hombre se ve irremisiblemente llevado, si no es un puro ideólogo ó un egoistón, á reflejar todos los grandes problemas humanos en el grupo de humanidad á que pertenece; no sólo por razón de cariño, dado que ésta puede faltar, sino porque los defectos de las gentes con quienes convive son los que inmediatamente le afectan y los que le dañan incluso en sus puras conveniencias individuales, y, además, porque, á poco observador que sea, ha de saltarle de ojo que, así como no hay un Derecho Natural abstracto, no hay tampoco una cuestión humana abstracta é igual para todos los pueblos, y que de la misma manera que por la complexión especial de cada uno y las circunstancias históricas en que se halla se plantean esas cuestiones diversamente según sea el pueblo, así también en la resolución de ellas hay modalidades nacionales que es preciso tener en cuenta para no fracasar. Y el hombre, aunque se sienta distanciado de

sus compatriotas en ideal, en cultura; aunque esté á cien codos sobre la masa, tiene que optar por uno de estos dos caminos: ó huir, buscando en otro pueblo medio á propósito para su persona, ó luchar desesperadamente en el suyo para levantarlo, con todo lo que él es y representa en el mundo, es decir, con su individualidad característica que, de deshacerse, traería aparejada la desaparición. De esos dos caminos el primero es accesible á muy pocos. La vida teje á nuestro alrededor espesa red de necesidades que nos hace imposible, casi siempre, el cambio de sitio, tanto como en economía se hace imposible, la mayoría de las veces, el cambio brusco de industrias; y por eso (aun descontando, repito, el amor de la patria, de que muchos se avergüenzan), los más de los hombres tienen que quedarse y que luchar, ó que cruzarse de brazos, resignados.

* * *

La lucha tiene un inconveniente grave, de que muy á menudo no solemos percatarnos:

y es el del abultamiento de los males próximos, cuya lanzada nos hiere directamente. Del mal remoto decimos: «Ahí me las den todas», y tendemos á quitarle importancia; por lo menos, no nos conmueve sino mediante un esfuerzo de imaginación ó una sensibilidad... intelectual exquisita. Pero los de casa se nos hacen tan molestos, que acaban muchas veces por ocupar todo el campo de nuestra visualidad, y nos llevan á ser pesimistas ó injustos para con nuestro propio pueblo. El señor Bunge parece preparado para evitar este error.

«Estudia tu patria — dice, — analízala, compárala, y verás que, si hay malos, hay también buenos rasgos en su psicología... Extiéndela como un cadáver sobre tu mesa de trabajo, y desgarra sus carnes con tu escalpelo de sociólogo. De la autopsia sacarás deducciones útiles: útiles para ti, porque la encontrarás quizás más sana de lo que imaginas; útiles para ella, porque acaso puedas coadyuvar modestamente á algún diagnóstico para que atienda sus dolencias.»

Pero, no obstante su reserva anti-pesi-

mista, es posible que el señor Bunge haya caído en el error que procura evitar.

Ciertamente, es muy difícil que un extranjero pueda ser juez en punto tan abstruso como el de la psicología colectiva, si no ha vivido largo tiempo en el país á que esa psicología se refiere y con un género de vida que le haya permitido intimar con el alma nacional. Todos los dislates que se leen en los viajes por España y en los ensayos sobre nuestro país, de escritores franceses, ingleses, alemanes, etc., derivan de la falta de esa condición indispensable. Un rápido paseo por nuestras provincias y aun muchos años de domicilio en Madrid sin salir, v. gr., de la embajada y de los círculos aristocráticos, capacitan poco para dar sentencia firme acerca de un pueblo. Lo mismo digo respecto de América; y yo, que nunca he estado en ella — aunque deseo vivamente ir, porque mientras no vaya me parece que no conozco más que á medias á mi pueblo, —me coloco en el número de los incompetentes. Pero aun dentro de esa incompetencia, tiene el extranjero una cualidad que, á veces, le permite sorprender rasgos de carácter que

los nacionales no ven con claridad, ó rectificar juicios demasiado absolutos de los mismos interesados. Esa cualidad es el *objetivismo* de quien no participa de las exaltaciones que necesariamente han de sentir los que están codeándose con los errores, sintiendo sus alfilerazos y luchando con ellos á brazo partido. Así, no es raro ver que — no obstante su ciertísima superioridad en muchas cosas,—no pocos extranjeros de los que nos estudian sin prejuicios son menos pesimistas que los más de los españoles. Eso me pasa á mí respecto de América. Es posible que ellos y yo nos equivoquemos, tomando por ejércitos numerosos los rebaños de inofensivas y vulgares ovejas; pero, ¿y si no nos equivocamos?

La pereza criolla en que el señor Bunge ve la madre de todos los vicios hispano-americanos (y ya sé que no todos sus compatriotas están conformes con esta apreciación), extiende sus ramificaciones á todos los órdenes de la vida. Pues bien; á mí me parece que en el intelectual — que es el único que conozco algo, — la enfermedad no ha producido tantos estragos ó, por lo menos, no es tan constitucional como

el señor Bunge parece suponer. Verdad es que mi cualidad de español me hace un poco sospechoso. Desde este pobrísimo observatorio de España, fácil es que nos parezcan lujos cosas que para otros europeos serían de poca monta. Pero ahora voy á decir llana y sinceramente mi opinión. Yo veo en América manifestaciones intelectuales que me revelan no ser tan fatal la pereza de *raza* que el señor Bunge acentúa duramente en su análisis, ni estar tan lejana la posibilidad de la regeneración. Cosas hay en que los hispano-americanos son más europeos que nosotros los españoles.

Verdad es que el señor Bunge—á pesar de su teoría de la perdurabilidad de los caracteres étnicos, — no desespera de la reforma: la cree posible, y la ve, como los que aquí la predicamos, en la *europeización* de su pueblo; sin que esto quiera decir, creo yo, que el hispano-americano deba perder su individualidad, sino que se europeice (que se *humanice*, porque los Estados Unidos no son Europa, aunque miran á ella más de lo que muchos creen) sin dejar de ser lo que es en el fondo de su espíritu, en

lo que éste tiene de útil y aprovechable para la civilización, como Rodó ha dicho y, á mi entender, ha probado. Pero aun creyendo en la posibilidad de la reforma, el señor Bunge, á veces, parece hacerla imposible, á fuerza de recargar el color negro de su pintura. Y es que el señor Bunge, como aquellos primitivos Padres de la Iglesia cristiana que reaccionaban contra el paganismo, contra la sociedad de su tiempo, se ve arrastrado sinceramente y sin darse cuenta á ensombrecer los vicios presentes, para hacer más vivo el horror á ellos y apresurar el afán de la enmienda. Así creo yo que hay que interpretar su libro; y sus compatriotas serán injustos con él si no aprecian, en esas mismas exageraciones que yo creo ver, la voz de alarma de un gran amor por el pueblo que necesita redimirse.

Al lado de esto, y ante la necesidad de ese efecto de revulsión, todo lo demás importa poco. Estoy seguro de que se discutirá mucho acerca de las causas históricas que el señor Bunge indica para el estado presente. Yo mismo declaro tener grandísimas dudas respecto de

sus teorías de razas, mezclas y derivaciones de caracteres, así como creo equivocado su concepto de la psicología española en algunas de sus partes. Pero todo ello — repito — es accidental. Aun suponiendo que fuera erróneo ó hipotético, la realidad de las consecuencias actuales quedaría en pie; y aun descontando, por una crítica rigurosa, los abultamientos hijos de la generosa pasión de la enmienda, quedaría bastante culpa, bastante negrura para justificar el latigazo. Lo que importa es que éste levante ampolla y excite á la acción. ¿Qué más puede pedir quien escribe como el señor Bunge, iluminado por el más puro amor á la tierra que es su patria?

Pero hay una cosa en los entusiasmos con que el Sr. Bunge traza el reverso de su pintura americana, al señalar el camino, mejor dicho, la orientación de la reforma, en que yo quisiera que la fácil exaltación de aquel pueblo — que en esto es como el mío — no se extraviase. Ellos y nosotros necesitamos *europeizarnos*, sí; pero no nos engañemos respecto de lo que es Europa, de lo que es el mundo civilizado. No lo tomemos en bloque, sin selección, porque

corremos peligro de añadir á nuestros vicios otros que no tenemos ó que han ido debilitándose en nuestras costumbres. La crueldad no es europea —cree el señor Bunge. Sí; por desgracia, es tan europea como americana; es *humana* todavía. Díganlo los horrores de la intervención en China; los de la colonización francesa; los de las guerras de los ingleses en Africa; los de las tropas yankis en Filipinas; los de Rusia... Esa crueldad, que representa el rezago de la barbarie, no es accidental en las naciones que se llaman civilizadas; va ligada á lo más hondo de su constitución presente y de su acción en el mundo; condiciona é inspira la conducta de sus clases directoras y su política internacional, es decir, su concepto de los demás hombres y los sentimientos que hacia ellos tienen; y lo que hoy son, en muchos respectos, de ella deriva, de modo que renunciando á ella se vendría abajo lo más de la grandeza que asusta á los débiles.

Ya sé yo que á muchos parece natural y necesaria esa brutalidad de la ley del más fuerte. A mí no; porque, aun dado que la

crueldad sea uno de los elementos irreductibles de la psicología humana, á veces sofocado por capas exteriores de cultura, pero siempre vivo en el fondo, me basta que pueda tenerse así ahogado; me basta el ejemplo de la victoria sobre él que muchos individuos alcanzan, para no creerlo fatal ni indispensable, porque lo indispensable y fatal en la vida no es vencible.

Y por creerlo, no sólo posible de vencer, sino perjudicial, inhumano, rémora de la civilización y opuesto á la ley del amor, digo á los que toman por modelo á esos pueblos y lo señalan como tal á las muchedumbres: —¡Tened cuidado! ¡Tened cuidado! El ejemplo es muy elocuente, y cuando lo da quien es tenido por perfecto ó, á lo menos, por muy superior, se hace irresistible. El tipo europeo de vida tiene cosas buenas, cosas admirables; tomadlas, pero cerniéndolas bien para que se separen de las malas, para que en el contacto con el todo no perdáis las que á vosotros os quedan, las consustanciales. No olvidéis que por ser tan complejo y mezclado el espíritu de los hombres, hay que distinguir,

distinguir siempre en él, y que atenerse al consabido proceder del filósofo: Tomo la verdad donde la encuentro, sin preguntar de dónde viene, pero nada más que la verdad. Y para ello, lo primero que hace falta es discreción con que separar lo verdadero de lo falso, el oro de lo que simplemente reluce. Con esas precauciones por delante, bebed en la copiosa fuente de la civilización moderna; imitad á los que subieron más peldaños en la escala quebradísima de la educación humana; no creáis demasiado en fatalidades antropológicas y sellos imborrables de raza; atreveos á todo lo que otros hayan conseguido... y «sed vosotros mismos siempre», no á la manera del egoísta Peer Gynt, sino con el profundo sentido de Brand.

Y decididos á ello, trabajad. Desconfiad de las tutelas extrañas, de las protecciones y máscaras filantrópicas. Todo redentor que no sea vosotros mismos, os costará caro. «Sólo es digno de la libertad y de la vida, el que cada día sabe conquistarlas», ha dicho el poeta. No es lo peor que no sea digno de ellas quien no las conquista por su propio y constante

esfuerzo, sino que jamás llegará á obtenerlas de otro modo. La vida prestada no es vida; y aun en lo que tiene apariencia de vivir, su precio es la libertad.

RAFAEL ALTAMIRA.

Oviedo, Marzo 1903.

INTRODUCCIÓN

¿Quién no ha soñado alguna vez, en horas de fiebre, que una mañana triunfal, ascendiendo á una montaña, de súbito falta á su pie tierra firme y cae, cae, bebiendo el vacío de un infinito abismo de sombras?... ¡Agonía indescriptible!... Pues, despierto, en la vida real, yo he sufrido esa sensación de muerte. Al iniciarme en las luchas de la comedia humana, cuando comprendí lo utópico de los ideales de la infancia y cuán imperfectos eran los hombres y las cosas, embargóme el vértigo de las alturas, el desaliento de la vida. Esta enfermedad aguda, propia de espíritus bien intencionados en la época de transición de la adolescencia á la virilidad, colmó una laguna de mi existencia con torrentes sombríos como un Estigia... Mi caso

fué uno de tantos. El hogar, la historia y la religión habían grabado en mi alma de niño una noción *absoluta* del Bien. Por herencia psicológica, por temperamento, fácil me fué la aprensión de este concepto sumo, que llegué á involucrar á mi personalidad hasta identificarlo con mi aliento vital. Imaginé al hombre tan responsable y tan digno como nos lo presentan los moralistas escolásticos y los poetas; de mi patria hice un culto; del Cristianismo, *mi* religión... Y me creí tan blanco como el armiño, que muere de asco si se enloda.

¡Feliz edad! Tres inexpugnables torreones erguíanse en mi alma de adolescente: el Bien, el Mundo, Yo. Es decir, creí en mi Yo, en la *potencia aspirativa* de mi individuo; en el Mundo, ó sea la justicia de los hombres y la equidad del destino; en el Bien, ó sea en la realización perfecta de la Verdad, la Bondad, la Belleza...

Comencé á vivir... Y los torreones de mi alma se derrumbaron como castillos de naipes. Creí descubrir, estupefacto, que los hombres eran pequeños, débiles, rencorosos, egoístas; que el éxito más era resultado de la casualidad y de la desvergüenza que del mérito. Sacrificado así mi Mundo, desconfié de mi Bien, y hallé que, en efecto, era

una noción insegura y caprichosa, asentada sobre bases deleznables. No me quedaba más que el alto concepto de mí mismo, y no fué largo, ¡pero cuán doloroso! el desengaño, apenas me acecharon las primeras pasiones. Hallábame entonces en la situación de un hambriento convidado al Banquete de la Vida, á quien trueca, un genio maléfico, todos sus manjares en bazofia.

Quise engañar mi pena en la soledad. Busqué un refugio en mi propio espíritu; escalé sus abruptas cumbres, desgarrándome los pies y arrancándome las ensangrentadas uñas de las manos, y llegué á la altiplanicie donde yacían, bañadas por la luz de la luna, las giganteas ruinas de los tres viejos torreones; y ellos, asilo antes de magos egipcios, de princesas bizantinas y de caballeros cruzados, eran entonces fría morada de lagartos. Sobre una piedra, me senté á meditar. Nada aguza más el ingenio que el hambre y nada predispone mejor á la melancolía que unas ruinas, en el misterioso silencio de la noche...

Por mi mente pasaron esas extrañas y vagas fantasías de que nos han dejado muestras elocuentes, en sus memorias y sus versos, los poetas que mueren jóvenes. Los poetas que mueren jóvenes forman una clase especial de poetas.

Nacen; como María Baskirscheft, para soñar y no para luchar; y la vida no es sueño, sino lucha. En todo caso, y para no ofender á Segismundo, el sueño es una lucha. Esos poetas que nacen para morir en cuanto intentan elevarse, *tienen algo* en su estilo y en sus ideas distinto á los que nacen para vivir. Su melancolía es típica. Hay una *melancolía de la lucha* y otra *melancolía de la inercia.* Heine, por ejemplo, que dijo aquellas cosas nauseabundas de Schlegel y de Platten, tenía la melancolía de la lucha, de los que viven; Bécquer, la melancolía de la inercia de los que mueren. Al leer á los poetas que mueren jóvenes, el lector se posesiona de una vaga sensación de piedad, y piensa: «¡No hubiesen podido vivir! Son aves de paso, que caen prematuramente de su alto vuelo, porque no han podido anidar en el pantano de la vida, cuyas miasmas los asfixian.» Algunos nos han dejado retratos exactísimos de ese riquísimo delirio polimorfo, mezcla de hipocondría y megalomanía, amalgama de las ambiciones más diversas y de los decaimientos más trágicos, que los embarga al iniciarse en la vida y los arrastra hasta la muerte, fascinados por las cóncavas fauces de la tumba, como una paloma atraída por los ojos magnéticos de una serpiente.

Aquella eterna noche de mi primera meditación, *oí* que de una herida invisible é impalpable escapaba mi sangre, gota á gota, como los rítmicos y monótonos sollozos de una fuente. En vano me tanteaba el cuerpo para hallar la vena abierta; sólo pude ver el líquido caliente y viscoso que corría y corría como un manantial, tiñendo de rojo toda la naturaleza... Aquí y allá, formábanse islotes entre las piedras y las ruinas de mi alma.

Como de mi espíritu las ilusiones, la vida se desvanecía de mi cuerpo. Ví venir la Muerte, y al verla llegar, envuelta en andrajos y carcomida de gusanos, apoderóse de mí un sentimiento nuevo; *el terror de la Muerte.* No era suficiente poeta para desafiarla, y sí bastante burgués para temerla. Heladas ráfagas agitaban mis nervios, y mi frente ardía como si la circundase un nimbo de fuego. Quise reaccionar, quise vivir. Quise vencer los fantasmas que me asediaban, innúmeros como los demonios-cerdos del Evangelio. A través de los páramos y las cumbres venían en legión interminable que se perdía en el infinito. Su lenta procesión arrastrándose en el anfiteatro de montañas como una culebra, me recordaba las macabras falanges de penitentes con que Doré ha ilustrado el «Purgatorio» dantesco.

Entonces mi mirada, fija como la de un moribundo que quiere reconocer una persona querida, horadó el vacío de tinieblas, para descubrir alguna luz consoladora, alguna nueva y más dichosa faz de los hombres y las cosas...

¿No recordáis haber experimentado nunca un extraño y complejo sentimiento de seguridad y de inquietud, la satisfacción de un peligro vencido y el temor de otro peligro revelado, cuando en el lecho despertáis de un mal sueño, bañadas las palpitantes sienes de un sudor frío y copioso, como si al pasar las rozara un ala invisible?... También yo he sufrido esa sensación en la vida real, despierto, pero preguntándome, muchas veces, si soñaba...

Fué en aquel instante en que, sentado entre las ruinas, reaccionaba de mi desaliento; en aquel instante en que mi mirada, clarividente como la de un agonizante, horadó el vacío de tinieblas, descubriendo una nueva é infinitamente más tranquilizadora faz de los hombres y las cosas... ¡No, no era todo, no podía ser todo, ni tan bello como antes lo supusiera, ni tan feo como entonces lo creía! Ni tanto, ni tan poco. ¿No me sería dado ajustar mi criterio á un término medio, y... vivir?

Mis dedos febriles buscaban la impalpable herida por donde escapaba la sangre de mi cuerpo... No hay imposibles: hallaron la herida... Restañaron la herida... Llenáronse mis pulmones de aire de la montaña: comprendí que la vida, si no era un lecho de rosas, tampoco era un nido de espinas; que si la lucha es ingrata, grata es la victoria; que por miserable que sea un hombre, la suerte le brindará algún triunfo, más ó menos efímero; que todas las funciones psicológicas y fisiológicas desarrollan una cierta dosis de placer que hace amable la existencia; que un hombre de buena voluntad puede siempre realizar un bien *relativo,* un bien muy relativo... ¡Y que el realizar ese bien podía constituir el placer de mi vida, mi vida misma!... ¡Oh bendito terror de la Muerte que me sugeriste tantas y tan consoladoras ideas! Y para vivir — ¡vivir! — era necesario reconstruirme, de cualquier modo, mis tres antiguos baluartes; reconstruirme un concepto del Mundo, un concepto del Bien, reconstruirme á mí mismo...

Lancé el ¡han! de la lucha, y cantando el Himno de la Vida, removí con mis sangrientas manos las moles que derruídas á mi alrededor yacían. Ensanchábanse las venas de mi frente, sudorosa como un río en tiempo de deshielos; dise-

ñábanse los músculos de mis biceps como los nudos del tronco de una encina; y mis espaldas se encorvaban como la del simbólico titán que sostenía el firmamento en las columnas de Hércules. Jadeante, procedí á levantar con los viejos materiales, tres nuevos torreones en mi alma...

Cuando me sorprendió la aurora, mal que bien, menos esbeltas y regulares que antes, sus almenas desafiaban á las nubes. ¿Vendría, como otrora, á visitarme allí la musa familiar de mi infancia, mi ninfa Egeria? ¿Volverían á asilarse en sus góticas salas mis antiguos magos egipcios, las princesas bizantinas, los caballeros cruzados? ¿Anidarían otra vez en sus ojivas y chapiteles las golondrinas azules de mis primeras ilusiones?... ¿O ya no se oiría, bajo las obscuras bóvedas de piedra, sino el eco solitario de mis pasos, y afuera, entre los rumores del viento de los páramos, el graznar de los buhos?...

Y quiero consignar aquí tres palabras de mi Credo. Para que el lector pueda visitarme con más libertad, le entrego las llaves de mi casa... Porque mi casa, que se halla sobre una eminencia abrupta y solitaria, está siempre cerrada. — Ved, pues, y disculpad si os parece demasiado filosofía,

cómo el Terror de la Muerte me reedificó los tres viejos torreones, ó, si queréis más claro, ved en síntesis, los nuevos conceptos del Mundo, del Bien y de mí mismo que me forjé, al hacerme hombre, para alentarme en las batallas de la Vida.

El Mundo. — El hombre es un animal que aspira. Su poder de aspirar á su infinito perfeccionamiento, es la aureola que ilumina, entre los obscuros cráneos de las bestias, su pálida frente.

Los hombres podrán ser pequeños, débiles, rencorosos, egoístas; pero en ellos, en bloc, algo hay de divino: sus aspiraciones. Algunos hubo que, por aspirar tan intensamente, fueron verdaderos semi-dioses. En todos hay algo de Icaro y de Prometeo; en algunos, algo de Júpiter mismo. Si *los* hombres son pequeños, *el* hombre es grande. Es lo más grande que nos sea dado conocer; por ello suponemos á Dios hecho á su imagen. A la larga, y á pesar de la indiferencia de los desheredados y del absurdo criterio de la mayoría de los pseudo-príncipes del oro y del poder, se respetan la honestidad y la labor. Sería el colmo de lo imbécil que el individuo miembro de una sociedad, no supiera agradecer trabajo que favorece á esa sociedad y á sus miembros. Un hombre de buena voluntad, es decir, dispuesto á producir el Bien, nunca debe

desalentarse de alcanzar, de los suyos, el aprecio que merece, y, á veces... más del que merece.

El Bien. — La Felicidad y el Progreso, dos entidades que no se describen, pero que *se sienten*, son los objetivos del Bien.

La Verdad no es una noción absoluta. Es una noción relativa al tiempo, al medio y al sujeto. En el orden moral, lo que ayer fué Verdad podrá no serlo mañana. Toda religión, todo sistema, todo sentimiento que, en un instante y sitio dados, responde á las necesidades del Bien (las necesidades de Felicidad y Progreso) es Verdad. Todo lo que tiende hacia el Bien es Verdad. Todo lo que es *sincero* es Verdad. Por estas fluctuaciones de la *Verdad moral* es que los hombres de ciencias físicas suelen mirar con desprecio las especulaciones abstractas y filosóficas. Sin embargo, es el dedo de la abstracta filosofía lo que marca su ruta á las sociedades y su finalidad á los sentimientos de los hombres...

Luego, aunque el Bien parezca caprichoso y versátil, tiene dos cimientos inconmovibles: la Felicidad y el Progreso. Es el ideal más bello y el rumbo *más fijo* de nuestra Vida.

Me podríais objetar que el Mal puede ser un

rumbo tan fijo, más fijo aún, para la Vida de los hombres malos. Es falso. La naturaleza humana ha inventado el Bien, porque el Bien responde á sus necesidades orgánicas: el Mal obra contra las reales necesidades de la naturaleza. Incidentalmente puede obedecerla, es cierto; hay múltiples casos en que el Mal es la expresión más exacta de las exigencias de la naturaleza; pero, en conjunto, á través de los tiempos y los pueblos, sólo el Bien responde totalmente á las necesidades de hambre, amor, y sobre todo de Progreso, que *tipifican* el hombre. Por esto el Bien es el rumbo *más fijo* que podemos dar á nuestros actos.

¿Comprendéis toda la transcendencia de esta afirmación? Cuenta Doutoyewski que el mayor suplicio, el más infernal de los suplicios á que se obliga, por el látigo, la sangre y la muerte, á los condenados al infierno de Siberia, consiste en hacer y deshacer, sin objeto, inútiles trabajos; en transportar, por ejemplo, grandes carradas de piedras de un punto á otro, apilarlas, y volverlas á traer luego al punto de partida, y así de seguido... La más negra desesperación embarga entonces á los supliciados, quienes, si se prolonga el tormento, acaban por suicidarse, cometiendo una tropelía tal, que su castigo será fatalmente la muerte

por azotes. Algo de esto ocurre á los hombres que se fijan el Mal como único rumbo de su Vida: hacen y deshacen; el medio y su herencia psicológica de diez ó veinte siglos de Cristianismo ancestral los obliga á deshacer y á rehacer sus propósitos... hasta que llegan á una altura de la vida, en que, desalentados, ó cambian de objetivos ó moralmente se suicidan.

Ningún hombre, pues, tiene derecho á desconocer la existencia del Bien, ni á *transmutar* sus valores auténticos en falsos valores, so pena de perder su Vida, su única Vida. ¡Por pocos que sean los placeres de la Vida, la Vida vale la pena de ser vivida!

El tercer baluarte... — Me quedaba un tercer baluarte por reconstruir... ¡mi Yo! Pues bien, desechadas las ilusas ambiciones infantiles, me formé el concepto de que hay en mí fuerzas que me pueden hacer uno de tantos ciudadanos útiles... ¡Seamos útiles á los demás, no tanto por ellos mismos, sino por nuestra propia Felicidad!

Pero, ¿cómo ser útil? Cada cual según su vocación, seguramente. «Sé tú mismo». Pero... ¿cuál era mi vocación? Mis inclinaciones me arrastraban al estudio de las humanidades... Pensé que un mediocre humanista, en mi patria, donde casi no

se conoce más que de oídas la especie, podría ser siempre algo de provecho: y me encerré en mis especulaciones sociológicas. En un estado de ánimo febril, concebí un Cosmos, y lo vertí en estudios pedagógicos. Pero una vez éstos publicados, hallé que este desahogo no bastaba á tranquilizar mi espíritu... Sentíame descontento de mí mismo, del medio que respirara, de la época en que viviera... Buscaba con ansia un nuevo paliativo de mis desilusiones, un nuevo derivativo para mis fuerzas... Y en mis horas de meditación se me presentó de nuevo la antigua Egeria de mi infancia, la ninfa que se baña en la sangre de mi corazón, y me dijo: «¡En verdad, el Mal descorazona la voluntad mejor templada! Pero ¿sabes, por ventura, que no haya remedio para el Mal? En todos los siglos y en todas las patrias, el hombre ha nacido para la lucha. Sólo los débiles se quejan: los fuertes obran. No te amilane la ingratitud del ambiente, que todos los ambientes son ingratos para quien no lucha. Estudia tu patria, analízala, compárala, y verás que, si hay malos, hay también buenos rasgos en su psicología... Extiéndela como un cadáver sobre tu mesa de trabajo, y desgarra sus carnes con tu escalpelo... De la autopsia sacarás deducciones útiles: útiles para ti, porque la encontrarás quizás más

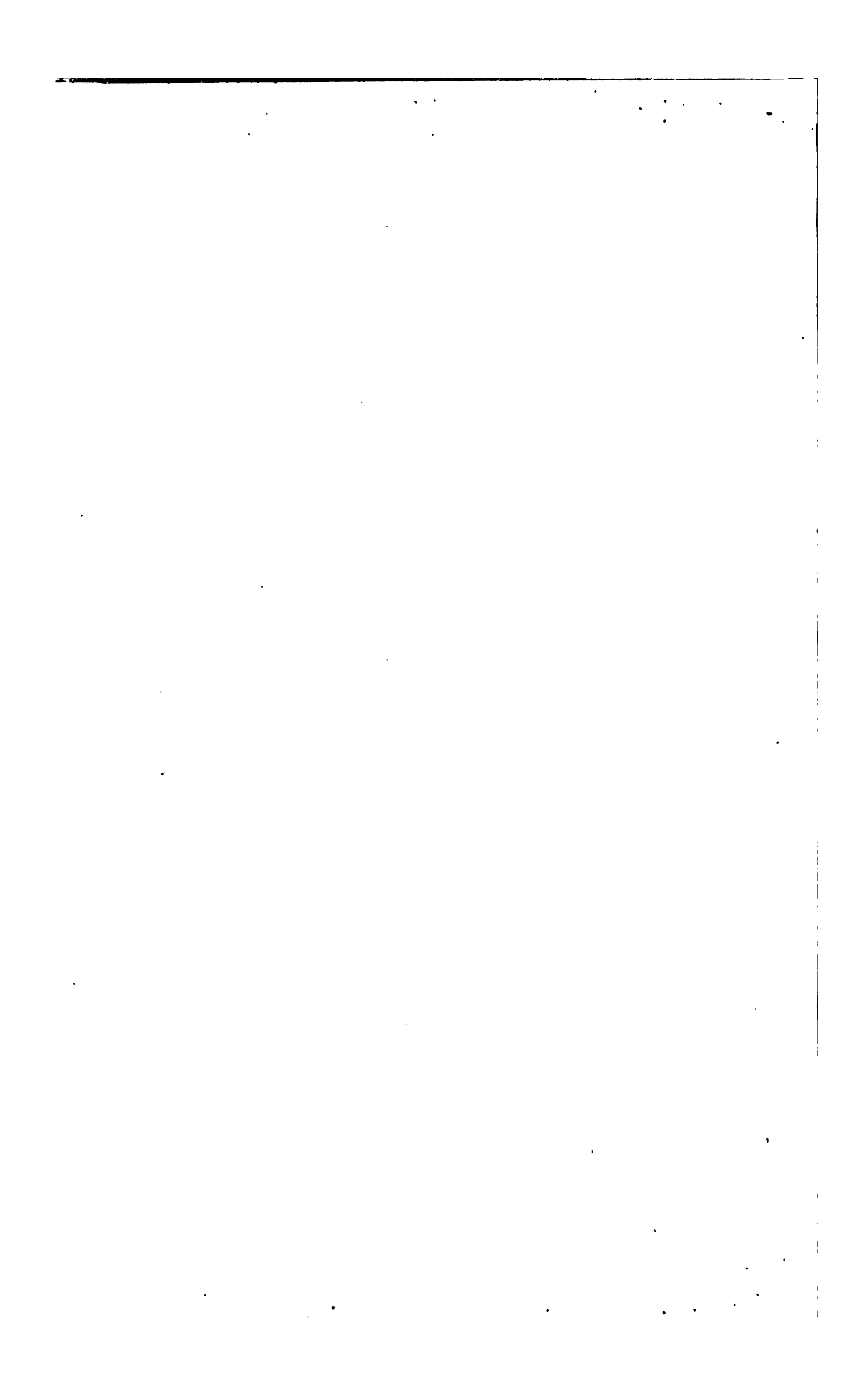
sana de lo que imaginas; útiles para ella, porque acaso puedas coadyuvar modestamente á algún diagnóstico para que atienda sus dolencias...» Así dijo mi Egeria. Después de haberla oído, comprendí que ya no bastaba el haber estudiado al hombre filosóficamente, desde un punto de mira genérico, cosmopolita, universal: quería conocerlo también, y mejor, bajo una faz simple, particular, nacional... Había investigado al hombre; ahora tocábame estudiar á mis compatriotas, al argentino, al hispano-americano... Lo intento en este libro, concebido en el transitorio estado de ánimo que dejo confesado... Si no veis las figuras que os muestro, lectores, será porque me olvidé, como en la fábula de La Fontaine, de encender mi «linterna mágica».

Y no es por vanidad, ni por lirismo, ni siquiera por ardor expositivo que pongo este prólogo á este libro: sino para su mejor inteligencia, y acaso, por justificar, ante la crítica malevolente, mis intenciones... Responde á un triple amor: á la Verdad, al Progreso y á la Patria. Si resulta indigno de su génesis psicológico, no me acuséis... Inculpad á quienes pusieron elevados sentimientos en mi pecho, y en mi mano una torpe pluma... Los dioses, que suelen distraer sus ocios jugando

bromas pesadas á los mortales, dieron á Icaro, para que se remontase al sol, alas de cera.

Confieso que mucho he vacilado, ¡que aun vacilo! sobre si debo publicar este estudio... Hay en él teorías y análisis, — cuya exageración descriptiva reconozco, — que se prestan á interpretaciones perversas: para el libro y para el ciudadano argentino que lo firma... Respecto al libro, diré que, cualquiera que sea su forma, obedece á conceptos científicos susceptibles de ser expuestos en el orden aburridor é inofensivo de cualquier tratado didáctico... Respecto al ciudadano, que es sincero... Amo más que á mí mismo á mi Patria, á «nuestra América», á nuestra madre España; si aquí las fustigo ó satirizo, no es con el insensato propósito de ofenderlas, sino con el modesto anhelo de servirlas... Si hay alguien ofendido en estas páginas, el más ofendido, aquel que ha degustado primero su hiel, amarga y quizá también tonificante como la quina; aquel que sacrifica su amor propio y sólo lo publica porque si pudiese ser útil, ése... es el autor. — Al escribirlo, me he sentido desangrar en tinta.

IIIIIIIIIIIIIII



LIBRO PRIMERO

LOS HISPANO-AMERICANOS

I

¡Cuán curioso, cuán abigarrado panorama nos presenta Hispano-América, «nuestra América», de razas y de ideas, de instituciones y de cacicatos, de riquezas, de miseria, de civilización, de barbarie! ¡Diríase una inmensa torre de Babel á la que convergen todos los hombres, de todas las edades de la historia: clanes cuaternarios; tribus nómades de Arabia; autócratas orientales y reyezuelos negros; mitrados sátrapas de Persia y mitrados inquisidores de España; mandingas fatuos y serviles y orgullosos hidalgos castellanos; chinos bajo cuyos estirados párpados mongólicos llamea una pupila indolente y cruel; cráneos largos y puntiagudos, chatos, pequeños, grandes; teces blancas, rojas, aceitunadas, cobrizas; lenguas latinas, germánicas, monosilábicas, aglutinantes, onomatopéyicas; tribunales, parlamentos, ferrocarriles, revoluciones, universidades, periódicos... todo barajado, todo revuelto, yuxtapuesto sin soldarse,

formando una incomensurable ensalada de cosas de Asia, de África, de Europa, de España, de América! ¡Y qué ensalada más indigesta para los historiadores, los literatos, los críticos, los antropólogos! El ánimo se pierde en dédalos y más dédalos de terraplenes incas, de templos mejicanos, de edificaciones flamantes, casi siempre truncas y del dudoso estilo rastaquœre, de escombros, de tumbas viejas y ciudades nuevas, que forman un laberinto apocalíptico, en el que el sociólogo extraviado no halla el hilo conductor de Ariadna... Después de mucho ir y venir, parándose jadeante sobre una montaña solitaria, divisará, sostenida la pensativa frente por la diestra, el Angel de la Duda... ¡Dios mismo lo ha puesto allí, porque sobre el Porvenir de ese caos de luces y tinieblas, el mismo Dios vacila!

Pero, nuevos Prometeos, no nos desalentemos... Como los Reyes-Magos, deberíamos buscar en el firmamento una Estrella que nos guíe por el camino de la Redención... ¡Una Estrella que fije al peregrino la ruta de la Verdad! ¿Dónde está esa Estrella? El crítico, después de mucho pensar, no halla más que este criterio base de juicio: las Razas. ¡Las Razas son la clave! Luego vendrán los climas... Luego, la historia... Todo se complementa; pero la sangre, la herencia psicológica, es el principio de los hechos, así como el calor es la última base cognoscible de la vida.

II

A falta de mujeres europeas, dieron á sus soldados, los primeros conquistadores españoles, esposas indígenas. Este ejemplo, perpetuado durante toda la época y en toda la extensión del coloniaje, *hibridizó* — ¡otra vez! — las más antiguas familias colonizadoras. Acaso, su anterior cruzamiento con moriscos ya las había predispuesto á procrear con razas extrañas, y más, por ser los árabes y los indígenas americanos de origen asiático... En cambio, los ingleses que colonizaron á Norte-América, tuvieron siempre hembras anglosajonas *pur sang*. Enviábales prostitutas la metrópoli en buques mercantes; cuando un colono soltero quería formar un hogar, se agenciaba una esposa, comprándola por un fardo de tabaco; y rebosantes de fardos salían los buques que traían carne blanca... El negocio era triplemente lucrativo para el Estado: despoblaba las ciudades de meretrices, poblaba las colonias de madres, y, de yapa, comerciaba con el tabaco... Y también en gran parte, Norte-América poblábase por familias

europeas emigradas por causas políticas y religiosas mientras que Sud-América, por soldadotes que se amancebaban á indias... En la colonización de una y otra América, esta es, á mi juicio, la diferencia más transcendente. Y luego, cuando se importaron esclavos africanos, los colonizadores blancos de la América inglesa no entroncaron á la raza importada; los colonizadores más ó menos mestizados de la América hispánica (y porque llevaban en sus venas, como anterior afinidad, sangre árabe), entroncaron... Los yanquis son, pues, europeos puros; los hispano-americanos son siempre europeos, por preponderancia de la raza más fuerte, pero europeos mestizados, indigenados, amulatados... Por sus venas corre sangre hispánica (española ó portuguesa), indígena (mejicana, incásica, guaraní y demás) y negra (cafre, hotentote, etc.). Esta triple base etnográfica ha formado la psicología de sus «repúblicas»...—Más tarde, la inmigración europea trae nuevos elementos; pero, á pesar que alguna influencia ejercerán, estos elementos nuevos, una vez arraigados al suelo, ofrecen siempre, por contagio, á la segunda, tercera ó cuarta generación, los caracteres de ese primer sedimento hispano-indígeno-africano...

Cada raza física es una raza psíquica. Cada raza posee su carácter de raza. Siendo amplia y vaga la palabra «raza», cada una se divide y subdivide en muchas ramas y familias, con rasgos propios, regionales á veces; mas de todos ellos resultan rasgos comunes, un carácter común, aun-

que susceptible de presentarse bajo distintas fases que forma el *genio de la raza..:* La hispánica es arrogancia, indolencia, falta de espíritu práctico, verbosidad, uniformidad, *decorum.* Las indígenas de América, resignación, pasividad, venganza. La negra, *esclavocracia,* blandura, y, cuando entroncan con la blanca, algo que yo llamaría ***hiperestesia de la aspirabilidad.***

III

Tanto se ha dicho sobre el carácter de los españoles, que nadie tiene hoy el derecho de ignorarlo. ¿Qué hombre culto no ha leído el Quijote y meditado sobre el reinado de Felipe II? — El *decorum,* la gravedad formulista, se explica por antecedentes romanos — ¡recuérdese á Séneca! — reforzados por la teología de la Inquisición. — De las imposiciones de la Inquisición, que prohibía bajo pena de muerte el «libre examen» y castigaba la originalidad individual como herejía, emerge la *uniformidad,* en ideas, en sentimientos, en costumbres, hasta en trajes. — Mezcla de orgullo germano, de gracejo árabe y de verbosidad latina, la

arrogancia es de origen bárbaro, ibero-godo-caballeresco. — De origen latino, de la decadencia latina (en España la población quedó ibero-latina y sólo los jefes fueron godos, en las inmigraciones de los pueblos bárbaros), es la *indolencia* castellana; pues la ética greco-latina consideraba al trabajo manual indigno del ciudadano libre. El espíritu contemplativo de los árabes y el oro de América, monopolizado por la metrópoli, hicieron de esta nación sin industrias el «tubo conductor» por donde pasaban las riquezas de Méjico y Potosí á los pueblos trabajadores, como Flandes, que proveían con sus productos manufactureros á los ricos y perezosos hidalgos españoles. — Las demás cualidades del genio de la raza hispánica, son formas y residuos de la amalgama de la indolencia, la arrogancia, la uniformidad y el *decorum* de los descendientes de Pelayo y del conde-duque de Olivares.

¡Nada más curioso que una cierta *discordancia* de estos rasgos típicos del alma española! Por una parte tenemos los sentimientos teológico-católicos, torquemadanos; por otra, los arrogantes, los numantinos. Estos, antiguos, son ibero-paganos; aquéllos, modernos, godo-escolásticos. ¿Cómo conciliarlos?... Durante el reinado de Felipe II, cada español era un enigma. Macaulay observa que, para ingleses y flamencos, la complicada psicología de los vencedores de San Quintín era tan incomprensible como lo fuera, más tarde, para los pueblos de la India, la de sus británicos conquistadores.

Hoy mismo, en la decadencia nacional, que creo pasajera como todos los fenómenos de la historia, ¡cuán difíciles de entender son los españoles! Su actitud en Cuba y Filipinas, sus disturbios católico-liberales, ciertas convicciones literarias, su falta de concreción dialéctica, parecen, á un espectador despreocupado, bien ilógicas. ¡Y tanto, que un alienista contemporáneo, que sostiene la existencia de «locuras colectivas», agudas y crónicas, estudia, como ejemplo de las primeras, á los revolucionarios franceses de 1793, y de las segundas, á España y Rusia! Dice que en todo español, si se le observa con un criterio amplio, ¡hay incongruencias que revelan un loco incipiente!... Esto me recuerda un aserto vulgar: que en todo neuropatólogo hay un neurópata, es decir, un tipo extravagante y paradójico... El buen sentido de Sancho diría que «el ladrón cree que todos son de su condición».

IV

Las razas aborígenes americanas presentan marcados rasgos del genio asiático. Los imperios de Méjico y Perú recuerdan á los de Persia y Egipto. En efecto, por datos antropológicos, geográficos, históricos y sociológicos, creo que la América, en tiempos prehistóricos, se ha poblado de inmigraciones asiáticas: ya del Archipiélago Indomalayo, que han traspuesto el océano pasando de isla en isla; ya de tribus continentales, que cruzaron el estrecho de Behring, en invierno, como un puente de hielo; ó bien de una y otra cosa. Si no se han hallado aún datos filológicos suficientes que corroboren esta hipótesis, es porque no se han hecho estudios bastante profundos y porque la inmigración es antiquísima; de donde los indígenas americanos resultan antes primos que hermanos de los pueblos del Extremo-Oriente... Pues bien, estos indígenas presentan tres rasgos psicológicos comunes con los asiáticos: la *resignación*, que convertía en ergástulas á los grandes imperios antiguos; la *pasividad*, que se concretó luego, en Asia, en el Nirvana de Budha; la *venganza*, pasión que antes de Budha era, en Oriente, terriblemente di-

solutiva (como que paliarla fué el principal objetivo de este redentor, que, inspirado en necesidades de progreso, operaba por reacción, por contrastes...) Naturalmente, las inmigraciones asiáticas llegaron á América vírgenes de Budhismo, ya por su anterioridad, ya porque esas tribus se mantuvieran hasta entonces aisladas de la gran reforma, y aunque la pereza criolla tanto se parezca, á veces, al Nirvana...

V

En cuanto á los descendientes de los africanos importados, ¡su psicología es más compleja! Tienen el *servilismo* de esclavos, de tribus fetiquistas dirigidas por sanguinarios reyezuelos. Son *maleables*, rápidos, como gente de los trópicos. Para la civilización, son sangre nueva (á la inversa de la asiático-americana, que es antigua, acaso en decadencia); y como sangre nueva, suelen sentir la cultura con todos los bríos anteriores de la infancia... Apasiónanse con lo que recién van conociendo; sobreexcítanse, fanatízanse por la «última palabra». Su *aspirabilidad*, dominada durante

tantas edades, se despierta, como la Bella Durmiente, al beso del príncipe Progreso, con una hambre de siglos. A este fenómeno típico de los mulatos (africanos que han reforzado su sangre con elementos europeos) llamaríalo yo *hiperestesia de la aspirabilidad*. Bernardino Rivadavia, presidente de la Nación Argentina, es un ejemplo curioso del fenómeno; era volteriano *enragé*, en un país español, casi monacal. Los mulatos intelectuales de nuestros tiempos, son todos, en literatura, por ejemplo, simbolistas, parnasianos, decadentes... Estirpe juvenil se enamora de esa «última palabra» de los blancos (sea Hugo, sea Verlaine, Puvis de Chavanne, Rodin, Grieg), con más ardor, ardor tórrido, que sus mismos inventores. Este fenómeno psicológico ha producido en Hispano-América, á veces mucho bien, á veces mucho mal, sacudiendo su historia como el corazón de una niña romántica... Pero es de notar que esta *aspirabilidad hiperestética* no se revela, para la civilización, sino en mulatos ó amulatados; pues los negros puros poseen un potencial psicológico generalmente demasiado débil para expandir, en otra cosa que en candombes, la procesión que les anda por dentro.

Rasgo distintivo y capitalísimo común á indios y negros, á mestizos y mulatos, es la falta de un *sentido moral cristiano*. Este sentido moral, este imperativo categórico de nuestra conciencia, es una aptitud que los europeos heredan de veinte siglos de ascendientes cristianos, y que no es po-

sible improvisar en conciencias mestizas y mulatas. Donde mayormente lo revelan éstas es, por desgracia, en la *falta de probidad.* De ahí los *gobernantes de sangre y rapiña.* Rivadavia, ciudadano bien intencionado y de altas dotes cerebrales, no pudo ser absolutamente probo: por atavismo. Y Rosas, el dictador de Buenos-Aires, descendiente incontaminado del conde de Poblaciones y acaso de los duques de Normandía, á pesar de sus excesos inauditos, lo fué: por atavismo. El uno era un blanco malo; el otro, un mulato bueno.

En cuanto á la moral sexual, la sangre africana, y aun la indígena, como originarias de los trópicos, de regiones poligámicas, son mucho más «frecuentes» que la europea, procedente de climas fríos, propicios á la monogamia. La plebe de color es, pues, en América, forzosamente, por razones etnográfico-climatéricas, menos casta, menos «virtuosa», que la blanca. Y tanto, que muchas veces se ha discutido en Roma si, por excepción, no debería permitirse el matrimonio al clero católico hispano-americano, cuyos miembros, al menos en los países cálidos, llevan en abundancia cosquillante sangre africana ó indígena en sus venas de célibes....

VI

Hállanse hoy bien desigualmente repartidos y combinados, en nuestra América, según los pueblos, las regiones y los climas, esos primitivos elementos hispano-indígeno-africanos. El elemento indígena prima siempre en zonas mediterráneas; el negro en las costas tropicales. Se ha dicho que cuatro quintas partes de la sangre mejicana es india, y una octava, negra... Es que la civilización antigua era tan notable en México, que los súbditos de Moctezuma, aunque vencidos, no pudieron ser desalojados ni exterminados; involucráronse á la plebe del virreynato, y luego al pueblo de la república. Algo semejante ha ocurrido en Perú y Bolivia con los Incas, la segunda civilización precolombiana; y en Ecuador y Colombia con los Chibchas ó Muiscas, la tercera, y con otros indios más, que se hallaban en vías de civilizarse en la época de la conquista. En Centro-América, en Venezuela y en el Paraguay, favorecidos por el clima, ha quedado también indígena el protoplasma de las modernas poblaciones. En Cuba y en

las costas del Brasil, los negros, tanto más laboriosos y adaptables á las industrias tropicales, y también favorecidos por una temperatura semejante al de las costas de Coromondel y Mozambique, de donde eran oriundos, hanse expandido y han amulatado las poblaciones hispánicas hasta constituir una de las primeras bases etnográficas de la población. En Chile, por haberse colonizado aquella capitanía general en una forma aristocrática, dividiéndose la tierra en grandes propiedades rurales que se entregaron á las familias españolas colonizadoras, y por no haberse introducido casi negros, elemento democratizante, hase conservado hasta ahora una división radical entre la clase directora, blanca, descendiente de los grandes propietarios coloniales, y la plebe, los «rotos», hispano-araucanos, que muchos reputan más araucanos que españoles... Así, aunque en su letra de la constitución de la República de Chile es democrática, en su espíritu lo es aristocrática. La revolución que derrocó á Balmaceda puede considerarse el triunfo de un partido históricamente aristócrata, en el carácter sino en el nombre, contra una nueva tendencia reaccionariamente demócrata, de un gobierno que, resistido por la clase rica y blanca, buscaba el apoyo de la clase pobre y mestiza: del pueblo, de los «rotos», que, por su absoluta inferioridad de raza, fueron engañados y vencidos ¡una vez más! por la minoría de los fuertes.

Abunda sangre indígena en ciertas poblaciones

semi-blancas del interior de la República Argentina; no es tanta en la costa; poquitísima, casi ninguna, en las Pampas; y del Sud, todavía nada puede decirse con certeza, porque aun permanece casi despoblado, ó poblado por miserables tribus indígenas que tienden á desaparecer. La ciudad de Buenos-Ayres, — hoy quizás la más europea, por raza, clima y costumbres, de toda Hispano-América, — fué refundada, en 1580, por 70 soldados procedentes de la Asunción del Paraguay, de los cuales 60 eran «criollos», es decir, hijos de español é india. A fines del siglo XVIII, centro importante ya de hacendados, propietarios de muchos esclavos, su población africana constituía, según cálculos aproximativos, *una mitad* del censo. En 1830, escribía Rivera-Indarte que «llamar mulato á una persona en el Río de la Plata con la mira de hacerlo desmerecer en el aprecio público, es un contrasentido histórico y político. Setecientos años de dominación morisca han mezclado en las venas de nuestros progenitores, los españoles, copia no pequeña de sangre africana. Trescientos años de «trata» de negros, trescientos años en que nuestras poblaciones han sido constantemente compuestas de una tercera parte, cuando menos, de mulatos y negros, deben haber contribuído para que la sangre africana permanezca aun hoy mezclada un tanto con la nuestra». Y así ha sido ello, no sólo en el pueblo, sino también en las mejores familias, por más que se niegue y se desmienta, por pueril vanidad... Hoy el censo

señala en Buenos-Ayres una ínfima proporción de negros. ¿Por qué este descenso? Varias son las causas: el clima los ha diezmado, pues sus pulmones resisten mal el pampero; porque se han mestizado, y la raza blanca, como más vigorosa, predomina en las mezclas, que se suponen blancas; y finalmente, por la copiosa afluencia de inmigración europea.—En el Uruguay ha pasado algo semejante. Pero es de observarse que, en Buenos-Ayres y en Montevideo, aunque la masa de la población parezca absolutamente blanca, hay un factor oculto, de pura cepa africana, que, para un observador hábil, se revela en todo momento: en la política, la literatura, los salones, el comercio... En la administración pública, la *hiperestesia de la aspirabilidad* suele, por ejemplo, infatuar de tal modo á los funcionarios mulatos ó amulatados, que sus inferiores blancos merecen tanta ó más compasión que esos ministros negros que, en Africa, para hablar á sus tiranuelos de tribu, tienen que hundir en el polvo la encrespada cabeza...

Las distintas amalgamas y combinaciones de estos elementos hispano-indígeno-africanos ha producido la *psicología nacional* de cada república; y dentro de esta psicología, las más peregrinas incongruencias, incongruencias que nunca resaltan mejor que cuando se aplican rótulos europeos á productos genuinamente criollos... A cacicazgos suele llamárseles «repúblicas»; á abigarramientos de formas y colores de estética típicamente africana, «buen gusto» y «belleza»; al servilismo,

«lealtad cívica»; á la individualidad que se caracteriza, «extravagancia»; «piedad» á una casi idolatría fetiquista; «viveza» á la indelicadeza y á la fanfarronería; «tontería» á la ingenuidad y á la buena fe; y así de seguido, hasta no acabar nunca, porque á cada instante se descubren más contradicciones, más archipiélagos de contradicciones...

Y sobre todos los *rasgos comunes* del carácter de los hispano-americanos destácanse tres fundamentales que lo tipifican; que sostienen, como inconmovibles columnas de piedra, el *genio de raza:* la PEREZA, la TRISTEZA y la ARROGANCIA...

VII

Clásica es la frase «indolencia española», y la expresión «PEREZA CRIOLLA», pereza hispano-criolla, que, como toda expresión clásica, designa una verdad burilada por la experiencia en la memoria del público. En países hispano-americanos la desidia ancestral de los colonizadores ha sido reforzada por la apatía de los aborígenes y de los esclavos negros... Simbolízase á la república ibero-

americana en una joven de lánguidas pupilas negras, que velan sedosas pestañas y profundizan circasianas ojeras, tendida, en sempiterna siesta, sobre una hamaca que voluptuosamente se balancea colgada á la sombra de dos árboles gigantescos que la protegen de un sol equinoccial.

La pereza europea, lo que más comúnmente se califica en Europa de «pereza», es un *derroche* de la actividad humana, de suyo escasa, en cosas ociosas; la pereza criolla, una *falta* innata de actividad. La pereza oriental, la de la princesa Scherezade de las «Mil y una noches», es también una falta de actividad, pero sólo *corporal,* pues su pensamiento sueña, trabaja; la pereza criolla es una absoluta falta de actividad, *física y psíquica.*

Á un gaucho que pasaba los días «sesteando» y jugando las noches, exhortóle Darwin, de viaje por la Confederación Argentina, á que emplease mejor su tiempo, á que trabajase... Y el gaucho contestó:—«¡Es tan *largo* el día!»—¡He ahí una contestación bien categórica y bien típica! Equivale á decir: — «Dejemos todo para mañana, para la semana que viene, para más adelante; tiempo nos sobra...» — Un vividor europeo hubiese contestado lo contrario: —«¡Es tan *corto* el día!... Es tan corta la juventud, tan corta la vida, que hay que aprovecharla, divirtiéndose cuanto se pueda!» —Aquél no trabaja porque el día es demasiado largo; éste, porque es demasiado corto. El uno está enfermo de pereza *total;* el otro, si no obra, es por pereza *parcial,* por no querer desgastar sus

fuerzas sino en placeres... El uno porque carece de actividad; el otro porque quiere dar otro empleo á su actividad.

Bajo este punto de vista, ¡cuánto más preferible es un vicioso á un haragán!... «Muchas veces he pensado que el progreso de las naciones, y aun sus sentimientos y su moral, están en razón directa á la actividad de sus individuos. Que aun de la actividad para el mal, resulta un recrudecimiento en la lucha por la vida, del cual la sociedad gana siempre en disciplina y experiencia. En una palabra, creo que en un pueblo que no ha caído en la locura, es más útil un bribón activo que un hombre honesto indolente. Pues el bribón, á diferencia del indolente, provoca reacciones, sentimientos é ideas: estimula el trabajo social. Y del trabajo social depende el progreso».

VIII

Dos formas generales conozco de pereza criolla: una absoluta, la absoluta inacción; otra relativa, la falta de disciplina, de método é higiene en el trabajo.

El desorden en el trabajo individual, que es la forma más elevada de pereza, malgasta y neurasteniza frecuentísimamente, en Hispano-América, la vida de ciudadanos útiles. Organizar el propio trabajo es un nuevo trabajo. Criollos de buena fe que se proponen trabajar, los hay, y muchos; pero, indolentes por temperamento, dejan frecuentemente atrasarse y acumularse el trabajo, por no atenderlo todo en la manera alerta y ordenada de los caracteres madrugadores é ingénitamente activos... Hombres que no saben metodizar, por falta de actividad bastante, la tarea que su voluntad les impone, se aplastan pronto bajo el peso de una labor confusa que, siendo más diligentes, hubieran metodizado, y que, metodizada, hubieran resistido. La desidia criolla, que anula las fuerzas de los perezosos, porque nada hacen, suele malograr la

de los emprendedores, porque no saben disciplinar su acción. Aquéllos no trabajan; éstos trabajan mal...

Una de las características de la pereza criolla es su *universalidad:* no se limita á este ó á aquel ramo del esfuerzo humano, sino que abarca todo el conjunto de hombres y cosas. Proyecta, como el manzanillo, una sombra mortífera que lo esteriliza todo: los ideales, las industrias, el arte, la política, la religión, la justicia...

«Un pueblo indolente, — he dicho en un «discurso patriótico», — carece de ideales, porque los ideales son un esfuerzo del alma. No pueden concebirse sin que tiendan á proyectarse, más ó menos mal, más ó menos bien, en la conducta de la vida práctica. Un ideal que no se practica, no es un ideal. — En una *pereza colectiva* se halla la razón de todos los vicios de nuestros sistemas políticos hispano-americanos: el caudillo que se impone por los compadrazgos y las complicidades; el ciudadano que delega en él su iniciativa y su responsabilidad; los pseudo-parlamentos, teatros de miserables discordias personales; las grandes mixtificaciones históricas, que el pueblo por no tomarse la tarea de controlar, acepta... Frutos de impunidad por falta de control cívico son los gastos siempre crecientes; los presupuestos generosos en épocas de déficits; los parásitos del erario... Y culpemos menos al niño que roba dulces, que al confitero que se los deja robar; al político que cuenta con el silencio del público, que al público

que calla... Las reacciones epilépticas de la opinión, emergen de la habitual apatía del pueblo. — En lo internacional hemos seguido hasta ahora, los argentinos, una política «prudente», ¡cuyas consecuencias se hacen sentir sobre la industria y el comercio! El público la califica de «cobarde», porque la cobardía es una excrecencia de la incuria... — La falta de ún poder judicial que garantice eficazmente el honor, la vida y la propiedad, si esa falta existe, no es efecto de vicios en las leyes, que en general son excelentes, sino de la apatía de los jueces. — La pequeñez de nuestra clase grande, la pobreza psicológica de nuestra clase rica, que no funda institutos progresistas ni dota escuelas, bibliotecas ó museos, más que efecto del egoísmo humano lo es de la ignorancia, hija de la apatía. — En literatura, el palabreo vacío de sentido, la verbosidad ampulosa y sin substancia, la elefantíasis del estilo criollo, consecuencias son de escritores estérilmente fecundos, rebuscadores de desperdicios en los detritus lingüísticos, banqueros de palabras y mendigos de ideas, que hablan y escriben porque ello no exige gran esfuerzo mecánico; pero que no piensan... — En el comercio y la industria, por displicencia é ignorancia en los nativos, vemos cada día á los extranjeros monopolizar más y mejor los ramos más provechosos. — Caciquismos, flojedades, inconstancia, imprevisión, ligereza, diletantismo, superficialidad, indiferencia... todo es uno: la incuria nacional...» — Y recuerdo que terminé con

este consejo: «Reaccionad, estudiantes, contra la incuria nacional, que sólo así hallaremos nuestra decantada Regeneración. El único culto de la patria es el trabajo. El verdadero patriotismo es algo más que enorgullecerse con los laureles del pasado, ¡es conseguir los del presente y preparar los del futuro! No consiste sólo en vociferar sobre «el blanco y celeste que nuestros gigantes padres arrancaron ayer al cielo», sino en arrancar hoy á la tierra, regada con el sudor de nuestras frentes, honra y provecho... ¡Quien os diga que seréis más felices sin hacer nada, es un traidor!»

Y bajo este punto de vista... ¡todos los criollos somos, por ahora, más ó menos traidores á nuestras respectivas patrias! — Hispano-América se presenta entonces, por la pereza de sus pueblos y sus inmensas riquezas naturales, para otros más activos y más pobres, que codician, que necesitan sus valiosas producciones, que hablan ya de una «forzosa repartición de los trópicos», como una tierra de Canaán...

IX

Por su *universalidad* debe, la pereza criolla, presentar *múltiples fases:* la diversidad aparente en la unidad real. Entre estas fases, una de las más curiosas es la *mentira*... No me refiero á las grandes «mentiras convencionales», idealizaciones propias de todos los pueblos y todos los siglos; refiérome á un género especial de mentira, nuestro, propio: la *mentira criolla*.

Dos elementos la constituyen: la exageración tartarinesca, imaginativa, propia de las molleras caldeadas por el sol del Mediodía, y el *poco-más-ó menos*, el *à-peu-près* de los pueblos decadentes, que no fijan sus ideas. De la aliación de estos dos factores psicológicos emerge la mentira criolla, desnuda, como Venus de las ondas.

Se me podría objetar que la mentira exige un esfuerzo, un trabajo mental, y que, por lo tanto, no es siempre pereza... ¡Es que hay mentiras de mentiras! La Ficción del Arte y las grandes «mentiras convencionales» son, es verdad, productos, no de la inacción, sino de la actividad mental.

Pero la mentira criolla es otra cosa: consiste esencialmente en evitar todas las dificultades de la realidad, inventando *ad libitum,* al paladar de cada uno, el mundo en que se vive. Es un *continuo engaño de acomodamiento á una inacción instintiva;* el dejar-hacer transformado en dejar-fingir; un amable sistema de disfrazar la vida para rehuir toda responsabilidad, todo trabajo... O sea, una fase ideológica y general del mal de raza: la pereza.

Verdad es que en todas las sociedades modernas se miente á tajo y destajo; se vive en una atmósfera de artificioso convencionalismo. Pero la mentira criolla, cuyo efecto es el no-hacer ó el no-hacer-bastante, es antagónica á la *mentira europea,* que consiste más bien en una sobreexcitante Ficción del Ideal; en proponerse una Perfección mentirosa, para realizarla imperfectamente en lo que fuere posible... «¡Sed perfectos (por la acción) como es perfecto nuestro Padre que está en los cielos!» Esta es la cristianísima mentira de los europeos; la de los hispano-americanos es budhista: el Nirvana, ¡el conocimiento por el Nirvana! La mentira europea es la del Infinito *positivo,* del Ser, la Acción; la criolla, la del Infinito *negativo,* el No-Ser, la Inacción de Huáscar y de Guatemozín, descendientes directos de los Indomalayos, —¡la Contemplación de los fakires para remontarse á Dios!

Los dos términos más típicos que ha inventado el ingenio hispano-americano son, á mi juicio, es-

tos dos neologismos argentinos y sus derivados: *atorrar* y *macanear*. «Atorrar» es el *movimiento de la pereza criolla;* «macanear», *la palabra de la pereza criolla*. «Atorrar» significa vagar y descansar sin rumbo y sin objeto, alternativamente, no para hacer ejercicio y reponerse, sino por proporcionarse el placer de la quietud y del movimiento al acaso; «macanear» quiere decir disertar mintiendo á la criolla, es decir, tartarineando y equivocándose en el clásico poco-más-ó-menos á un mismo tiempo. Pensar que los vocablos «vagar» y «divagar» corresponden exactamente á estos dos conceptos, que por ser criollos son nuevos en el idioma, sería como suponer que el gobierno de Méjico es efectivamente republicano, y federal el de la República Argentina... ¡Bien demostrado reputo ya que no puede aplicarse, sin desnaturalizarlas, nombres europeos á cosas hispano-indígeno-africanas, como no sería correcto que, para representar al «Julio César» de Shakespeare, se vistiera un actor con los trajes de Chamberlain, frac, clac, *boutonnière* y monócuio en el ojo derecho!

X

La Alegría es hija de la Libertad; la Libertad, del Individualismo. Un pueblo de esclavos, dominado por una Religión sanguinaria y poseído por un autócrata absoluto, nunca es un pueblo alegre. En su alma nacional domina la resignación, la virtud de la TRISTEZA. Los aborígenes de América fueron, pues, gente triste. — México, con sus templos de «dioses carniceros alimentados por sacerdotes verdugos», fué un pueblo resignado; cuando llegó Cortés, lo creyeron nuevo dios, Quetzatcoatl, al que esperaban, y que venía á imponerles una nueva Resignación. Un puñado de intrépidos aventureros lo sometió, porque representaba, para sus melancólicas imaginaciones, la Fatalidad. — Las tierras del Imperio Incásico se dividian en tres porciones: una para el culto del Sol, otra para el inca y su familia, y la tercera para el pueblo. Y era tal el poder coercitivo del Inca, que se llama á la política de aquel imperio «autocracia socialista», pues el autócrata partía y repartía los inmuebles y los muebles, y hasta improvisaba los

casamientos sin consultar á los contrayentes... A tal punto era absorbida por el Estado la individualidad de los hombres! — Los Pieles-Rojas vivían en plena guerra de venganza, arrancando cabelleras á los enemigos, cabelleras que llevaban al cinto como trofeo. — Los Guaraníes, que no sabían contar más que hasta tres, eran tanto ó más vengativos que los Pieles-Rojas; después de muchos años de muerto un enemigo desenterraban sus huesos para partir el cráneo bajo el talón triunfante. Pero cuando los jesuitas fundaron sus Misiones en el Paraguay, gustosamente se sometieron; llevaban sobre sus hombros, con la ejemplar docilidad del niño, la mole, para ellos aplastadora, de una vida reglamentada y mecánica, como esos condenados que vió Dante acarreando enormes piedras. — Los Araucanos fueron los más ferozmente belicosos indios de América. — Los Pampas vivieron impregnados de la melancolía de la Pampa. — Los Patagones son hombres mansos, resignados. — Los Caribes, que por vivir en las costas con holgura y relativa independencia podrían suponerse los más alegres indígenas americanos, eran cobardes, débiles y antropófagos. — La Tristeza, pues, puede decirse, era una condición general de estas razas aborígenes: el *trait d'union* de su psicología.

¡Y la conquista no les infundió mayores ánimos! Vencidos, perseguidos, esclavizados, aniquilados, exterminados por los centauros invasores, que usaban como armas serpientes de hierro, que,

estallando como el trueno y escupiendo fuego y plomo, fulminaban como el rayo! En vano traían un Cristo que abría en la cruz sus amorosos brazos... — Cuando al marchar al suplicio, los sacerdotes exhortaron al inca Atahualpa á abrazar la fe cristiana, como única vía de llegar al Paraíso, que pintaban como un sitio de sempiternas delicias, preguntó éste si los Españoles iban á ese cielo; respondiéronle que unos iban y otros no; entonces, negándose á recibir el bautismo, por medio de sus intérpretes, repuso que «si había españoles en el cielo, no quería él ir allí». ¡Es que, para los vencidos, los españoles eran demonios de un infierno ignoto y despiadado cuyo símbolo era un instrumento de martirio: la Cruz, la divina Cruz!

Conquistados los aborígenes, pulverizados sus imperios, los colonizadores dieron principio á la magna tarea de explotar las incalculables riquezas de las Indias Occidentales. — Y los hidalgos, que habían heredado de los latinos su ética precristiana, que considera al trabajo como indigno del hombre libre, recurrieron á los indios, los batieron en sus últimas guaridas y pusiéronlos, cargados de cadenas, á explotar las minas y cultivar la tierra. Formaban con ellos «encomiendas» (¡del verbo «encomendar»!), que, accesorios del suelo que trabajaban, vendíanse. Y como los indios no resistían las duras faenas á que se les sometía, murieron á millares; cuando podían, huían á sus bosques... Entonces se les cazaba como á fieras

útiles, con enormes mastines amaestrados al efecto. Estas bestias, desconocidas de los infelices indios, olfateaban admirablemente á los ocultos y á los prófugos; seguíanles el rastro, y cuando los encontraban, saltábanles á la garganta, derribábanlos, y los traían luego arrastrando tomados de las muñecas con los dientes... Si el indio se resistía, lo devoraban vivo; y cebados en carne humana, en carne de indio, esos canes se convertían, para los perseguidos, en fabulosas hidras de siete cabezas y centenares de colmillos sangrientos y babosos...

Como á los tribunales inquisidores del duque de Alba en Flandes, á los encomenderos en América no faltaban argumentos teológicos y escolástico-jurídicos que autorizasen sus crueldades. Fray Tomás Ortiz, citado por Solórzano y por García, coloca á los indios en la condición de bestias, leños y piedras; y «así, según la opinión de Aristóteles, recibida por muchos, son siervos y esclavos por naturaleza, y pueden ser forzados á obedecer á los más prudentes; y aun Celio Calcagnino, comentando al mismo Aristóteles, añade que se pueden cazar como fieras, si los que nacieron para obedecer lo rehusan.» Califícaseles, en derecho, de «gente miserable»; «son de más baja condición que los negros y todas las demás naciones del mundo.» Fray Juan de Zapata, citado también por Solórzano y por García, dice que «en ellos se verifican y cumplen á la letra todos aquellos epítetos de miseria y desventuras que el evangélico

profeta Isaías da á aquella gente que dice habita más allá de los ríos de Etiopía.» En vano se quiere, á veces, mejorar su suerte con estos y aquellos paliativos; Fray Agustín de Avilla Padilla, arzobispo de Santo Domingo, observa con razón que, «cuando se provee y ordena para su favor y provecho, parece que se trueca y convierte en su mayor daño y perjuicio.» — Así conciliaban los conquistadores, respecto á los indios, los impulsos de su avaricia, su lujuria y su crueldad con los dictados de su conciencia...

Fué condolido por tantas maldades que Fray Bartolomé de las Casas conmovió á su vez, con la elocuencia de las lágrimas, los pechos inquisidores de Carlos V y sus palaciegos... Para remediar tantas penas se autorizó la «trata» de negros. En efecto, esta nueva venta de carne humana, por violenta que fuera, resultaba menos cruel, y, sobre todo, por la mayor resistencia de los negros, más eficaz que la caza de indios.

¡Y la misma raza conquistadora, no era tampoco alegre! La vieja risa goda de España habíase apagado, para siempre, con las libertades comunales, con los últimos fuegos de las libertades hispánicas, en los labios de Padilla y de Lanuza! ¡No! ¡El pueblo inquisidor por excelencia, el del Escorial, el que artillaba la Invencible Armada y los ejércitos del duque de Alba, no era un país sonriente! Tenía la adustez romana y la adustez teológica... La cabrillante Alegría morisca, hermosa virgen que, vestida de colorinches, tan gra-

ciosamente bailara al son de panderetas, acusada de herejía, juzgada y condenada por los tribunales de la Santa Inquisición, murió á fuego lento bajo los arcos subterráneos de un claustro... ¡Su espectro, el espectro de la Alegría, vagando por todas las Españas, no era ya más que un ánima en pena!

Amalgamada la tristeza simple de los conquistados á la compleja tristeza de los conquistadores, no podía producir pueblos alegres... ¡No era un caso de aplicar el *similia similibus curantur!* De ahí una clave de la endemización de la tristeza en los países hispano-americanos: ¡la herencia psicológica, siempre la herencia, hasta cuándo la herencia?...

Y los africanos importados, si eran raza sandunguera y vivaracha en Coromandel y Mozambique, en sus terruños, en su clima, no así en América, donde fueron esclavos, raza débil, raza forzada, cosas... — Con todo, si hay criollos alegres, son los negros y mulatos, cuando, aclimatados ya, abren su ancha boca sensual á las molicies de la civilización, mostrando, en sus dos gruesas hileras de dientes de marfil, que tienen el estómago sano de las estirpes nuevas... En los tiempos de las más ingratas tiranías, pululan como los hongos en la humedad. Bajo el terror argentino, nadando el país en sangre, en la época de Rosas, sólo los negros y mulatos, siempre acomodaticios, se divertían en sus clásicas ferias de los arrabales de Buenos-Ayres, que llamaban «tambos», donde

tocaban sus rítmicos «candombes» en tamboriles, y bailaban sus «tangos», lentos y voluptuosos. De esos bailes, hoy ingertos en meneos andaluces, ha sacado la plebe gauchesca lo que llama «bailar con corte», con «puro corte á la quebrada»; es decir, quebrando y balanceando acompasadamente el cuerpo en un completo contacto de ambos bailarines, entre cuyas personas, tan íntimo es dicho contacto, que no siempre, según la expresión popular, «hay luz»...

Pero esta alegría lujuriosamente africana, en el carácter criollo, que es de triple origen hispano-indígeno-africano, parece pasajera, excepcional; desvirtúase, por ser de un factor generalmente en minoría en el proceso de *homogenización* de la raza. Y, por otra parte, sólo florece, espontáneamente, en los trópicos, como las orquídeas de vivos y pálidos esmaltes...

XI

Diríase que así como las pampas impregnaron de su melancolía el alma de los indios pampas, éstos á su vez han contagiado á la plebe gaucha de la campaña, y ésta, al pueblo argentino de las ciudades... ¡El pueblo argentino no sabe reir! La grosería de Polichinela le enfada; la ingenuidad de Pierrot le aburre. De las dos máscaras, sólo posee la de Phedra. No sabe divertirse, no sabe holgarse, con ruido, con simplicidad, con inocencia, con verdadera alegría, como las anónimas turbas francesas, inglesas, alemanas; con los cascabeleos de Arlequín, con las carcajadas de Guignol. Diríase una población de *blasés* que no quieren ó no pueden gozar ya *bonheur de vivre;* que llevan sobre sus espaldas todos los males que salieran de la caja de Pandora... ó, por lo menos, la joroba de Rigoletto.

Si en una noche de carnaval, algunos míseros inmigrantes, hartos de cebolla, se disfrazan de «condes» y recorren las calles de Buenos-Ayres ó el Rosario, gritando y riendo al son de un des-

templado acordeón, al verlos pasar, el criollo se dice:—«¡Y á esto llamáis divertiros, á esto que es cansaros inútilmente, que es sudar y sudar, en esta noche de calor, bajo nuestras caretas, oh imbéciles disfrazados de imbéciles!»

Yo os interrumpiría, señor impertinente, para responderos: «¿No es más sano cansarse *inútilmente,* dando juego á los músculos y ejercicio á las venas; no es más sano sudar como ellos bajo la magullada careta de cartón, el sudor de la juventud, del movimiento, de la vida, que, sudar, como vosotros, bajo vuestras frías máscaras de indiferencia y de desprecio, la sangre senil del cansancio? ¡Oh, bien veo que al oirme, vuestros displicentes labios, bajo su máscara de siempre, dibujan la trágica mueca del clown que, al dar un salto mortal, se disloca un tobillo! ¿Os duele? Sentaos, y escuchadme... ¿Sabéis lo que os aconsejo? Que arrojéis vuestra máscara biliosa, la eterna máscara del Carnaval de vuestra vida, que pidáis humildemente perdón al inmigrante por vuestro mal pensamiento, que le emprestéis su estúpida careta de cartón pintado, que os la pongáis, y sigáis su comparsa, riendo y gritando al son del acordeón, no guasadas, no maldades, sino tonterías, como un romano ebrio!»

Condénsase el arte popular de las Pampas en unas canciones que se llaman «tristes», por su intensa melancolía, generalmente en tonalidad menor, que se cantan prolongando ciertas notas, con un monótono acompañamiento de guitarra. Su estilo recuerda á la música popular eslava;

bien lo constata el compositor Arturo Berutti, que escribió una ópera polaca, «Tarass Bulba», y una ópera gaucha, « Pampa », casi sobre los mismos «estilos»... En efecto, los dos tipos más melancólicos que conozco, después del indio pampa, son el paisano ruso y el gaucho argentino. Sin embargo es de notarse: que el primero es místico y el segundo escéptico; y que el primero, bajo una pasividad aparente, oculta un fondo de disimulada pero vigorosa rebelión, y que el segundo, bajo una apariencia rebelde y hasta burlona, oculta un fondo de resignación y mansedumbre. No hay más feroces revolucionarios que los nihilistas; no creo que haya soldado más sufrido que el argentino. Quizás ocurra esto porque Rusia es una perfecta autocracia, y una democracia la Argentina... Allí, la ingénita melancolía es un sedimento de rebelión porque es justo rebelarse; acá, un sedimento de docilidad porque no sería tan justo rebelarse. Y tanto el paisano ruso como el gaucho argentino, el de la melancolía sombría como el de la melancolía irónica, el de las estepas como el de las pampas, resultarían entonces típicamente conformes y pasivos: típicamente tristes.

La palabra « triste » — ¡curioso rasgo! — tiene en el lenguaje de las campañas pampeanas una chocante acepción: la de incapaz, despreocupado, indiferente, impotente... Parece que el pueblo se echara en cara á sí mismo la mala condición de su « tristeza », bajo fases más ó menos poéticas...

También da á los vocablos «desgraciado» é

«infeliz» el significado de cobarde, torpe, inútil... La Fatalidad misma juega un rol terrible en la imaginación del gaucho. Insultar la sociedad, robar, herir, matar, no son delitos voluntarios; son actos involuntarios á que obligan circunstancias críticas: es *desgraciarse*. Moreira, Cuello, Luna, los héroes-bandidos populares argentinos, no se consideran bandidos sino héroes, perseguidos, como en la tragedia griega, por un Hado implacable. Cuando un gaucho « se desgracia » y mata de un dagazo á un antagonista cualquiera, si es en « buena ley », ó sea en caballeresco duelo, á la antigua española, sus congéneres lo conceptúan una víctima de su mala estrella; cuando huye á las partidas judiciales y «gana» los montes, halla en cada rancho un hogar y en cada prójimo un hermano. Como los helenos, como los aqueos, los gauchos fraternizan por la Fatalidad.

Y este pobre gaucho, tan hidalgo, tan melancólico, tan poético, es, por su falta de ánimo, una víctima de la civilización. Las «vaquerías», tropas de ganado vacuno en estado salvaje, riqueza bárbara de antaño, se han extinguido. Las redes de ferrocarriles han facilitado al rico propietario, residente en la ciudad, la posesión y goce de sus campos, que antes ocupaban usufructuarios anónimos, gauchos que, por falta de medios de comunicación y vigilancia, pacían allí patriarcalmente sus rebaños. Los « alambrados », cercos de postes é hilos de alambre estirados horizontalmente, han dividido, subdividido, han lineado, rayado, cuadri-

culado y cortado en todas direcciones, al gaucho «matrero» ó vagabundo, la inmensidad de la llanura. La policía y la justicia, mejor disciplinadas y dotadas que antes, aprehenden siempre y castigan, como simples malhechores, á los que «se desgracian». El alcohol y las enfermedades venéreas son otros lotes que el gaucho debe á nuestra civilización. De hidalgo y señor, ha venido á caer en simple peón asalariado de los feudales «estancieros», que los dedican á las rudísimas tareas del lazo y el «rodeo».

Mal alimentado, pues no come vegetales, entregado á trabajos irregulares y fortísimos, no á la sana disciplina del trabajo continuo y moderado, pronto se desgasta y muere generalmente de los riñones, del hígado ó de tétano. Y poco á poco, la industria moderna lo va excluyendo en sus salvajes faenas de analfabeto. El inmigrante, más económico, más constante, más trabajador, lo substituye entonces. Esto no impide que él desprecie soberanamente al «gringo», como Don Quijote á los palurdos que no eran armados caballeros, ¡y que tan buenas zurras le daban! Pero todavía sirve para algo, en su ocaso conmovedor, ese curioso tipo del gaucho, mezcla de godo, árabe, andaluz é indio: en las grotescas parodias políticas de democracia libre, se le arrea, ¡en mesnadas! á la urna electoral.

En las revoluciones, es el primero en hacerse matar. ¿Por qué? ¿por quién? No se lo preguntéis. Obedece á su capataz negrero, cuyo capataz cum-

ple las órdenes de un caudillo regional, cuyo caudillo sirve á un político urbano... que está lejos, muy lejos, sobre una montaña inaccesible, envuelto en nacaradas nubes, como Júpiter en el Olimpo. Su ira, cuando *su* gaucho, su «elemento electoral», le es infiel, se manifiesta, si triunfa su partido, no en olímpicos rayos... sino en una cascada de venganzas cuya ejecución reside, en última instancia, en el patrón y la alcaldía local. El patrón expulsa al gaucho rebelde ó simplemente rehacio, lo deja sin techo y sin pan, y en la policía local lo prenden, por cualquier causa,—vagabundez, desorden, alcoholismo, —y le doblan, en el cepo, el lomo á planazos... ¡para que aprenda á obedecer mejor á sus caciques políticos! Tal es el sombrío cuadro de la *tristeza* gaucha. Y *el mal*, diríase que ha pasado, aunque en formas menos crueles, del campo á la ciudad.

En las clases bajas urbanas y las dirigentes, la misma conformidad, la misma indiferencia, la misma falta de franca alegría. Los jóvenes parecen viejos gastados: no cantan, no beben, no ríen. Ni siquiera saben respetar con galantería y delicadeza á la mujer; la aman venal y materialmente. No la aman, la desean... Y no es sólo por *pose:* por temperamento. Calificarían de vulgares y de tontas las francachelas de Bonn, de Oxford, del Barrio Latino. Los estudiantes alemanes responderíanles con este dístico popular:

Wer nicht lieb Wein, Weib und Gesang,
Der bleib ein Nahr sein Leben lang.

«Quien no ama el vino, la mujer y el canto, será un zonzo toda su vida...» Pero éstos, los nuestros, les podrían á su vez replicar, que no tienen estómago para el vino, no tienen imaginación para la mujer, que no tienen garganta para el canto... ¡No tienen juventud para la vida! Y he aquí que de sus defectos y debilidades, — ello es la más humana de las cosas humanas, — hacen una condición, una superioridad aristocrática... ¡No aman esas puebladas, porque todos han nacido príncipes de Gales!

Ferias de cruelísimas vanidades, suelen ser, en Hispano-América, las fiestas mundanas... Ni siquiera se realiza el sano ejercicio de la danza en los «bailes»: se exhiben lujos, se toman actitudes, se satiriza... La única diversión social parece el juego; pero ¿es el juego una diversión?...

¡Oh Tristeza, diosa de la Derrota, que agostáis el ánimo de la producción y del trabajo, por qué habéis contagiado nuestras patrias, como de mortal epidemia?... Los argentinos, que han inventado una vacuna para curar esa *enfermedad* en las bestias de su rica ganadería, ¿por qué no se preocupan de atenderla en los hombres, en quienes sus ulterioridades son tanto más funestas?...

Con todo, justo es reconocer que, en la República Argentina, por la grande afluencia de inmigrantes, hay, á diferencia de las demás naciones hispano-americanas, á lo menos en las provincias agrícolas y templadas, una población, extranjera ó semi-extranjera, de modestos trabajadores que van,

como los clásicos labriegos de Chipre á la vendimia, cantando á sus faenas... ¡Que esta excepción sea alguna vez la regla!

XII

Una nota hay, vigorosa, típica, violenta, que vibra á través de toda la literatura clásica española, como una obsesión, como una avalancha, variadas formas adoptando, pero siempre la misma, siempre la eterna nota: ¡la ARROGANCIA! Es que arranca de las entrañas del pueblo; arraiga en lo más hondo del alma nacional; y como una vegetación inmensa, todo lo cubre bajo la sombra de su follaje. Si da flores, esas flores son «García del Castañar», «La vida es sueño», «Don Quijote»; si frutos, según los tiempos, Hernán Cortés ó el almirante Cervera. El invariable *leitmotiv* del teatro español, es siempre la arrogancia: la arrogancia en el amor («Juan Tenorio»), en los celos («Segismundo»), en el cumplimiento de los deberes cívicos («El alcalde de Zalamea»), en la guerra («El sitio de Numancia»), en fin, en todo, en todos los sentimientos humanos (Lope, Calderón, Tirso, Alarcón,

Moreto, Rojas, etc., etc.) Singularmente en los llamados «caballerescos» («La Estrella de Sevilla»), cuya característica es, en efecto, la arrogancia; pues en realidad no son éstos más que ciertos sentimientos nobles de la caballería *expresados en un estado de guerra*, las luchas feudales, y siempre vencedores por la arrogancia; la arrogancia en el duelo, en la galantería, en la fidelidad al Rey y á Dios... El orgullo castellano, la honra hidálgica, el desprecio del trabajo y hasta del oro, son arrogancia... En otras literaturas, la arrogancia es una nota ocasional, secundaria; en el teatro de Shakespeare, en los de Lessing, Goethe y Schiller, es un rasgo accesorio (salvo en ciertas piezas como «Goetz de Berlinchen»); en el francés es más frecuente, sobre todo en Corneille, Racine y Beaumarchais, y especialmente cuando se describen gascones ó españoles («Le Cid», «Le Barbière de Séville», «Cyrano de Bergerac»; pero esa nota no perdura... Molière la menosprecia; y si Hugo la usa en sus dramas románticos, ella no alcanza al «drama de tesis» de Dumas hijo, y menos á la comedia psicológica contemporánea. Y es de recordar que la arrogancia española no sólo ha dado alguna vez tema á la literatura seria francesa, sino también á la opereta, al vaudeville y la «pochade»... Bien conocido es el adagio de «La Péricole», opereta de Offenbach: *Il grandira, car il est espagnol!* — En Italia, la nota arrogante se ha usado parsimoniosamente; Dante y Petrarca la olvidan; los sentimientos caballerescos degeneran

en hechos de *condottieri;* Maquiavello la crucifica con su singular filosofía de la deslealtad política, tan sistematizada en la Italia del Renacimiento... — Sólo España ha sabido perpetuar la arrogancia en el teatro, porque la perpetraba en la vida real, derramando algo de ella más allá de los Pirineos. Y por ser la arrogancia la emoción que originó el drama europeo moderno, cuando finalizaba la caballería, no se hallan descaminados los críticos que aseguran que los franceses tomaron del teatro español sus primeras piezas... Fué un contagio, por ciertas afinidades de cepa celta.

Es que la arrogancia es un sentimiento eminentemente teatral. Conmueve hasta en las corridas de toros. Sólo que, por apasionarse demasiado de esa nota, se ha descuidado, en la literatura española, otra, y tanto más importante en la psicología moderna: la *delicadeza.* ¡La delicadeza, el arte de las medias tintas, de los matices suaves, de la sutileza ideólogo-sentimental de nuestros tiempos refinados y decadentes! Los españoles no la conocen, sino, por excepción, como en Bécquer. En el fondo de la ternura de Garcilaso está la pasión de Juana la Loca; en el misticismo, aparentemente delicado, de Fray Luis de León, agítase sordamente el sombrío dogmatismo del Escorial...

No sólo en el teatro, sino en toda la literatura española, y antigua y moderna, ¡y hasta en la oratoria sagrada! palpita este sentimiento-madre de la arrogancia. ¡Vedlo austero en Quevedo, bárbaro en Calderón, satiríco en Cervantes, teológico en

Granada! Finales de discursos, réplicas en octosílabos, parrafadas sonoras, miles de ejemplos clásicos vienen á la mente; si se quieren citar unos pocos, la dificultad está en *l'embarras du choix...*

El alma misma del idioma se ha impregnado de arrogancia, como un odre que ha guardado largos años la esencia de un perfume penetrante. El castellano es un idioma oratorio, eminentemente oratorio, cervantescamente oratorio. La construcción figurada es su forma más natural, como en el latín; pero carece de la ruda precisión del latín, pues su hipérbaton, de líneas amplias y enfáticas, no es lapidario, sino oratorio. Se asemeja al idioma forense y político de los latinos; porque el foro y el senado eran palestras de lucha, y la arrogancia es propia de la lucha. Horacio, Virgilio, Lucrecio ó Tácito no son tan arrogantes como Cicerón; pero el estilo de Cervantes, Solís, Mariana, Quevedo, son todos tanto ó más arrogantes que el verbo ciceroneano. La arrogancia era, entre latinos, circunstancial, estilo del foro y del senado; entre españoles es continua, propia de la épica, de la lírica, del teatro, de la novela, de la teología ¡y hasta de la filosofía! ¿Qué más arrogante que Balmes?

La oratoria es el menos sutil, el menos delicado de los géneros literarios: porque es para oirse más que para leerse, y los detalles finos que fácilmente se perciben en la lectura á solas, rara vez se notan en la conferencia, y si se notan, ello es *grosso modo*. Es casi un arte de «pintar telones». Pues

bien, por ser la arrogancia en la literatura, de carácter oratorio; por ser la literatura y hasta la lengua castellana órganos de tradicional y característica arrogancia, redundan de oratoria y merman de delicadeza. Por eso se dice que los españoles carecen del *sentido de la delicadeza*, tan típico del arte moderno; que aun hablan y escriben como Cervantes; que ignoran la ciencia de la miniatura, de la ironía insinuada, de la *nuance*. Es porque esgrimen todavía la maza de Segismundo y la lanza de Don Quijote, que, en la competencia universal de la literatura contemporánea, los escritores españoles, salvo excepciones, no saben resistir al ligero florete de Cyrano de Bergerac, ó al estileto florentino de D'Annunzio, ó al revólver de Poe y de Walt Whitman, ó al escalpelo de Ibsen ó Doutoyewski. Y así como nuestros músculos modernos no pueden ya levantar la maza ni empuñar la lanza, nuestros nervios no resisten la oratoria fuerte y transonante... Hoy por hoy, en la literatura como en las costumbres, la arrogancia cervantesca es *anacrónica:* un rasgo de atavismo ibérico, que, en su tiempo, dió sus frutos de oro al pensamiento europeo. Su fracaso para el futuro fué ya cantado por el Divino Manco, que reputaba su Sátira de la Arrogancia, esa obra maestra de la literatura española, inferior á su noveleja «Persilis y Segismunda»: porque la Inspiración del Profeta es una vidente ciega...

XIII

Hondas y curiosas huellas ha estereotipado la arrogancia en la gramática castellana, como ser su odio implacable á los «barbarismos» é «idiotismos», tanto menos execrados ¡y hasta corrientes! en otras lenguas. La ortografía misma tiene sus rasgos típicos: la forma en que deben usarse los signos de interrógación y de admiración. En francés, alemán, inglés, italiano, en todos los idiomas modernos, siguiendo en esto al latín, los signos de interrogación y admiración se emplean sólo para *cerrar* las frases; en castellano no: deben también *abrirlas*. No se puede cerrar una interrogación ó exclamación que no se halle abierta con este «¿» ó con este «¡» signo... Vale la pena hacer un poco de psicología de esta «regla ortográfica»... Es el *énfasis castellano,* — la proyección de la arrogancia del carácter ibérico sobre el estilo, — lo que hace de cada escritor español un orador; y propio es de la oratoria principiar los períodos preguntando y exclamando, cuando en otros géneros la interrogación y la admiración son un simple *retoque final*

de un párrafo iniciado sin énfasis, sencillamente, tranquilamente... En la índole de pocas lenguas cabe principiar un soneto así:

¡Vive Dios que me espanta esta grandeza!

Es decir, tan de exabrupto, en un casi delirio oratorio... ¡Ni Hugo! que con ser el más enfático de los poetas franceses, usa de la admiración, — no me refiero sólo al signo ortográfico sino también á la *cosa,* — como un golpe efectista final, que no abre sino *cierra* el verso ó la frase... ¡Cuán diverso su énfasis, su «música verbal», á la grandilocuencia de Quevedo y de Quintana! Se trata de otro *hecho.*

Ingenuamente confieso que la simple regla ortográfica enunciada constituye una de las más fastidiosas dificultades con que, al escribir en castellano, tropiezo. No me gusta desobedecer á la gramática, porque sus reglas son la expresión del espíritu de nuestra lengua (no se hicieron para la lengua, sino que la lengua las hizo); y, por otra parte, me hallo con que no cuadra á mi naturaleza moderna y acaso cosmopolita empezar mis párrafos cervantescamente... ¿Qué hacer entonces? Suprimir el signo admirativo ó interrogativo *que abre* es faltar á mi gramática... Colocarlo, es desnaturalizar mi pensamiento con una puntuación excesiva... Muchas veces he vacilado ante este dilema... La solución que menos me desagrada es ecléctica: puntuar á la española ó á la francesa, según convenga

al giro de mi frase... Así, recuerdo, por ejemplo, haber escrito este período: «Suele ser (el discurso del profesor universitario una «colación de grados»), no un discurso baladí para la frívola concurrencia femenina, que encuadra entre un vals de Waldteufel y la overtura de «Zampa», sino una pieza seria, de mucho mayor alcance, una doctrina y un ejemplo, toda una profesión de fe!» Hubiera desnaturalizado y hasta ridiculizado mi pensamiento si, punteando á la española rancia, hubiera escrito: «¡Suele ser, no un discurso baladí,» etc. Reimpresa en Madrid la obra en que iba dicha frase, el corrector, un purista, naturalmente, quiso puntearla á la española, y, por suerte, lo hizo así: «Suele ser, no un discurso baladí,» etc., «sino una pieza seria, de mucho mayor alcance, una doctrina, un ejemplo, ¡toda una profesión de fe!» Esta forma, aunque superior á la segunda, no expresa tan bien como la primera, por su excesivo énfasis, la *nuance* de mi pensamiento original... Este «¡toda una profesión de fe!» con su signo de admiración al principio, es demasiado oratorio y dice más de lo que el autor proponíase decir.

XIV

Si fuéramos á investigar, allá en los primitivos tiempos de Hispania, el *génesis psicológico* de esta *idea-sentimiento* de su arrogancia, hallaríamos que los Iberos, por ser el pueblo más invadido de Europa, la adoptaron y exaltaron para su legítima defensa, incrustándola en sus costumbres y sus nervios. Hicieron de ella, como ciertos moluscos, una concha protectora, dura y espinada. En efecto, esencialmente, la arrogancia no es más que un culto del valor personal; y el valor personal, la unidad de la potencia cívica para rechazar incómodas invasiones. En sus continuas guerras contra intrusos y más intrusos, originadas en gran parte por la posición geográfica y la feracidad de la península, los Iberos necesitaban de este estimulante culto del valor, que, conservado por el ininterrumpido uso, fué casi un talismán salvador, cuando, más tarde, invadió el ejército de Bonaparte. — Los criollos heredaron esa idea-sentimiento de la arrogancia que de tan hondo les venía en la metropolitana cepa; y no la dejaron

enmohecer tampoco: ni en el coloniaje, por sus continuas luchas con los indios; ni durante las guerras de la independencia, tan largas y extremas; ni después, con sus eternas revoluciones... ¡He ahí cómo Cartagineses, Latinos, Vándalos y Moriscos pudieron influir en las costumbres «electorales» de nuestra América, así como la lejana Luna mueve los flujos y reflujos del océano!

La arrogancia caballeresca fué, en toda la Europa, de origen bárbaro (godo, sajón, germano). Pero esta arrogancia, tan contraria al verdadero espíritu de igualdad, humildad, caridad, del Cristianismo, fué poco á poco desvirtuándose durante todo el proceso civilizador de la edad media, que yo llamaría *desbarbarizamiento de los bárbaros*. La arrogancia española, de origen ibérico, ha resistido más que la arrogancia goda, al proceso que denominaría de *latini-africanización* de España. En general, puede decirse que el último fondo del pueblo español ha permanecido impermeable á las civilizaciones latinas y moriscas; y, como lo ha observado Unamuno, en tal sentido es Segismundo un símbolo nacional, á la par de Don Quijote... Si éste es la satirización de la arrogancia española, aquél es el símbolo de la arrogancia ibera, aun barbara ó cuasi-bárbara.

Y es de advertirse que las mejores glorias de España se debieron á su carácter ibérico, original, y que cuando éste fué hibridizado (más ó menos superficial ó profundamente), cuando se terminó su largo proceso de cartagi-latini-arabización,

es cuando reinaron los Austria, se sacrificaron los Padilla y los Lanuza, se teologizó y uniformó el pueblo: y llegó, porque los iberos olvidaban su carácter original, ¡la hora de la decadencia! Sólo en la Sinceridad está el éxito; y nadie es sincero mientras no cultive su propio carácter.

En cierto modo, la arrogancia es un principio *individualista,* ó sea republicano; y tan individualista debió ser en su origen el pueblo celtíbero, como el galo, el sajón ó el germano... Pero la Inquisición aplanó este individualismo, *uniformando,* con las creencias, *las individualidades.* Esta uniformación ó aplanamiento fué el *modus operandi* y el efecto de lo que llamo la *africanización* de España; la Inquisición fué un *órgano* de este proceso, — ¡y bien eficiente! De ahí la mentada *incongruencia* del carácter español, compuesto de vibrantes restos de ibérica arrogancia repúblico-individualista y de teológica uniformidad cartago-latino-morisca, anti-individualista por excelencia...

Los hombres y las cosas de la España contemporánea pueden, pues, dividirse, como los espíritus de la vieja religión persa, en dos bandos, uno del Bien y otro del Mal, que viven en guerra de exterminio... El del Bien, — el de la Originalidad, la Libertad, la Fuerza, la Victoria, el Progreso, — el bando de Oromaze, la Luz, — es el antiguo Iberismo, la antigua sangre europea; el del Mal, — el de la Opresión, la Decadencia, la Pobreza y la Derrota, — de Arimán, príncipe de las Tinie-

blas,—el espíritu híbrido, huero, expúreo, cartagi-latini-arábigo... ¿De quién será el definitivo Triunfo, de Segismundo ó de Don Quijote? En las letras, ¡y las letras son la expresión de la realidad, *más* exacta que la realidad misma! ha vencido el Caballero de la Triste Figura... Y en los hechos... ¡los Austria, Torquemada, el Escorial!... ¡Quiera Dios que mañana, como lo anhelo, cuando resuenen en todos los ámbitos de España las trompetas de la Reacción, renazcan las antiguas legiones de Oromaze, y saliendo de sus tumbas, vuelvan á la lid de la civilización los Cides y Pelayos, los Padillas y Lanuzas, los Córdobas y Osunas y Corteses y Pizarros!

XV

En la literatura hispano-americana ha producido también la arrogancia típicas páginas, llenas de oratoria grandilocuente, como son las de «Facundo ó Civilización y Barbarie» de Domingo Faustino Sarmiento, á quien Menéndez y Pelayo llamó «gaucho de la República de las Letras.» — La amalgama de su indeleble arrogancia ancestral

con un cierto galicismo de importación, produce hoy en Hispano-América un estilo híbrido, verdaderamente «decadente»; de un culteranismo tan chocante como lo serían manolas vestidas de marquesitas Pompadour, y ¡para colmo! adornadas también con dijes indios, diademas de plumas tropicales y collares de colmillos de leones.

Y en la literatura popular gauchesca son típicas las «payadas de contrapunto», torneos de arrogancia en los cuales los cantores «se trucan y retrucan», con el objeto de vencerse á donosidades y hasta á insolencias, en versos que se improvisan cantando en la guitarra, como los trovadores medioevales en sus concursos al son de bandolinas. Pero jamás se presenta una Santa Elisabeth que, desde el trono, elevando la emulación de las musas, otorgue con su blanca mano hierática, al vencedor, ya Wolfram, ya Tannhaüser, una corona de laureles... ¡Bajo el alero de la cabaña criolla, decide de la victoria un coro de carcajadas!

Después de poner la palabra *finis* al «Quijote», cuelga Cervantes, ¡muy alto! la pluma de águila de Cide Hamete Benengeli, exclamando:

> Tate, tate, folloncicos,
> De ninguno sea tocada,
> Porque esta empresa, buen rey,
> Para mí estaba guardada.

Y José Hernández, el cantor gaucho de «Martín Fierro», del más hermoso poema popular quizás

de Hispano-América, lo termina con esta estrofa:

Echó un trago como un cielo
Dando fin á su argumento
Y de un golpe el estrumento
Lo hizo astillas contra el suelo.
«Ruempo, dijo, la guitarra
Por no volverme á tentar;
Ninguno la ha de tocar,
Por siguro tengaló,
Pues naides ha de cantar
Cuando este gaucho cantó.»

Ambos, el novelista y el «payador», — es de observarse, — acaban con la misma altivez archi-típica, y hasta emplean la misma expresión: *tocar*... ¡Alto ahí, perversos malandrines, afeminados retóricos, alto ahí, que ya nadie se atreverá á «tocar», ni la péñola del hidalgo manchego, ni la guitarra del ministril de las Pampas! ¡Si aquélla fué colocada donde jamás alcanzará una mano, ésta, más frágil, fué rota en mil pedazos! ¡Alto ahí!

Aun la coreografía popular no se libra de esta hereditaria epidemia de arrogancia. En el «gato» y hasta la «zamacueca», bailes populares de Sud-América, los danzantes interrumpen el zapateo de cuando en cuando para chocarse, desafiarse y hasta insultarse, buscando el aplauso de la rueda de público en versos de oportunidad que se llaman «relaciones»; y luego... ¡que siga la danza! No hay que enfadarse: como la «payada», las «rela-

ciones» no son un duelo sino un asalto, con caretas de alambre y floretes embolados. ¡Es la eterna edad media, pero ya no con la lanza y el broquel del rey Arthur ó de Amadís de Gaula!

En el lenguaje de los criollos, á lo menos en el de ciertas regiones, hase perpetuado, aunque modificando para pronunciar más fácilmente ciertas desinencias, el antiguo «vos» plural de los magnates, tanto más arrogante y ceremonioso que el moderno «tú» singular:

¡Que si vos sois caballero,
Caballero también soy!

Nadie quizás ha conservado mejor en Hispano-América, y acaso en todas las Españas, el antiguo espíritu de arrogancia castellana, que el gaucho, por su aislamiento. Pues bien, al gaucho suele llamársele «compadre»; y con «compadrada» se expresa una idea de réplica contundente, de gesto desafiante, de gauchesca insolencia... El «que si vos sois caballero», se traduce en las Pampas, cuando riñen dos rústicos, por un «¡á ver si sos tan gaucho!» — También llaman los argentinos «guarango» al plebeyo de las ciudades; y al adjetivo «guarango» se le adjunta la idea de insolencia, como á sus derivados «guaranguear» y «guarangada»... Despojando de su prestigio feudal á las más valientes réplicas del teatro clásico español y aplicándolas á nuestras costumbres modernas, obtiénese... «guarangada».

La heráldica hispano-americana nos da elocuentísimas muestras de arrogancia.—Un buen obispo, Trejo y Sanabria, funda en el siglo XVII, en una villa pobre y mediterránea del Virreynato del Río de la Plata, Córdoba, una universidad; fórjasele un escudo, y en el escudo un lema... ¿Qué lema? Los lemas universitarios en el extranjero fueron siempre humildes, como el Oxford: *Dominus iluminatio mea...* Pues no; el de Córdoba, ciudad que llamaron la «docta», fué nada menos que éste, en el corvo pico de un cóndor de alas abiertas: *Ut portet nomen tuum coram gentibus!* Un poco más, si es posible, y vence en orgullo al de la misma Salamanca papal: *Omniam scientiarum princeps Salmantica docet!* — ¿Y el lema del escudo de la República de Chile? ¿Es posible nada más arrogante? ¡«Por la Razón ó por la Fuerza»! Es decir: «Yo siempre triunfaré, porque llevo en mis manos, como Júpiter el rayo, la Razón y la Fuerza»! Comparadlo con el *Dieu et mon droit* del escudo inglés: «yo no me meto con nadie sino con los derechos que Dios me permite». Esto es, precisamente, el *individualismo cristiano*. ¡Ingerirse é imponerse, «por la Razón ó por la Fuerza», es el principio de conquista de los pueblos gentiles, de las águilas de Roma!

En las costumbres de nuestra América, la arrogancia asume dos formas características: la rural y la urbana. La rural, más ranciamente española, pues que en los campos se conservaron mejor las tradiciones coloniales, proyéctase, como

en los tiempos del Cid, en el *culto del coraje*. El talento, el oro y la estirpe son para los gauchos argentinos y los llaneros colombianos, méritos infinitamente menores al del valor personal. De ahí el desprecio teológico al comercio, á la literatura y á la ciencia.

La arrogancia urbana suele manifestarse, entre hombres, por el respeto hacia la potencia sexual... El fenómeno es español, como que Don Juan es español, y no menos arrogante que García del Castañar ó Sancho Ortiz de las Roelas... En España, el Cristianismo contenía esas jactancias; el dedo de piedra de la estatua del Comendador estaba siempre alzado en actitud amenazante... No así en Hispano-América, donde las viejas creencias han sido menospreciadas, por obedecer á las «modas» de la Revolución francesa; por ello ha podido observar algún viajero puritano, que, desde niños, la más secreta ambición de los criollos es llegar sino á Tenorios, por lo menos á Mejías... Recuerdo haber oído en Buenos-Ayres, á un *clubman*, hombre de acción y hasta de prestigio político y social, decir, á un joven con fama de talentoso, como una galantería, que los argentinos respetan, antes que todo, el talento... — «Después del braguetazo», repuso el aludido, con una reverencia.

Me diréis que en todas partes se cuecen habas... Os responderé que las que aquí presento son las que se cuecen, en «nuestra América», no á puñaditos como en Europa: ¡á calderadas! Es cuestión de cantidad... Si se profundiza la psicología, todo

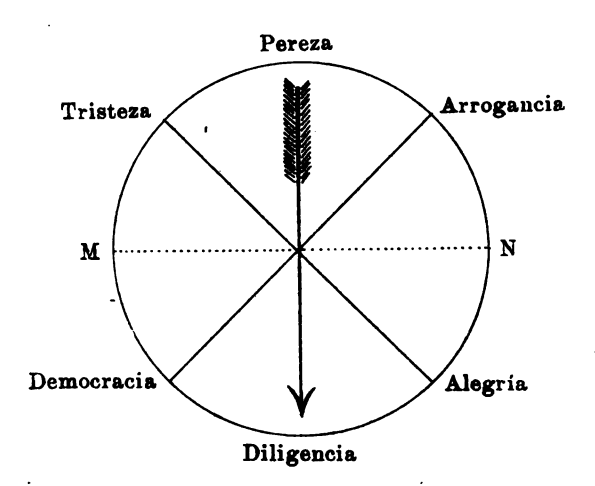
lo humano ¡y hasta lo divino! son cuestiones de cantidad.

Así, si se personificase á la Arrogancia criolla, rural y urbana, y otorgárasele un escudo de armas, éste debiera ser: una legión de yaguares rampantes y rugientes en tres cuarteles de púrpura, y en un cuartel de gules, una daga cruzada á un viejísimo símbolo egipcio...

XVI

La *pereza,* la *tristeza* y la *arrogancia* criollas, esas tres cualidades típicas de los hispano-americanos, están vinculadas tan íntimamente entre sí, que forman un todo compacto y homogéneo: el carácter de raza. Este carácter es *inverso* al europeo, al menos al carácter ideal de los pueblos más ricos y fuertes de Europa, cuyas tres condiciones capitales serían: diligencia, alegría y democracia. Contra pereza, diligencia; contra tristeza, alegría; contra arrogancia, humildad, que se traduce prácticamente por igualdad, y la igualdad, en política, por democracia. Veamos un cuadro gráfico; el círculo íntegro representa el espíritu humano; el se-

micírculo superior, el carácter criollo; el inferior, el carácter europeo, separados por la línea *M N:*



Si buscáramos cuál es la CUALIDAD MADRE en las tres condiciones del carácter criollo, hallaríamos que la *pereza;* en el europeo (ideal), la *diligencia.* Para llegar á este resultado podríamos proceder según el *método de la concordancia* de la lógica inglesa. — «Si tomamos cincuenta crisoles de materia fundida que se dejan enfriar y cincuenta soliciones que se dejan evaporar, todos se cristalizan... Azufre, azúcar, alumbre, cloruro de sodio; las diversas materias, las temperaturas, las circunstancias son todo lo diferente que cabe... Encontramos allí *un hecho común* y no más que uno: el

tránsito del estado líquido al estado sólido; de ahí concluimos que ese tránsito es el antecedente invariable de toda cristalización. Tal es la aplicación que, con un ejemplo físico, se ha dado al «método de la concordancia»; cuya regla fundamental es: *si dos ó más casos del fenómeno en cuestión no tienen más que una circunstancia común, esa circunstancia es su causa ó su efecto*». — Tomemos, pues, muchos datos y rasgos de la psicología sudamericana, crisis, instituciones, guerras, libros, ideas... Las épocas, los países, las circunstancias son todo lo diferente que cabe... Encontramos, entremezclado, *un hecho común* y no más que uno: la pereza. De ahí concluimos que esa ubicua pereza criolla es una *cualidad madre* del carácter hispano-americano. A punto de que, marcando la línea *M N* una división entre éste y el europeo, podríase construir el siguiente cuadro ampliativo del anterior:

	M	
Trabajo		**Pereza**
Acción	....	Inacción
Disciplina	....	Indisciplina
Carácter	....	Veleidad
Constancia	....	Inconstancia
Verdad	....	Mentira
Democracia	....	Arrogancia
República	....	Caciquismo
Alegría	....	Melancolía
Decisión	....	Indiferencia
Etc.	....	Etc.
	N	

En una palabra: el trabajo es progreso; la pereza, decadencia...

Se me podrá decir que hay exageración, y hasta un cierto *parti pris* al poner todo lo malo del lado del carácter criollo, todo lo bueno en su inversa, como propio del carácter europeo. Perfectamente. Pero téngase en cuenta que el trabajo representa sólo un *ideal* europeo de carácter; la pereza, un *hecho* en el carácter criollo. Además, mis esquemas, como todos los esquemas sociológicos, presentan una fase simple de cosas que, en la realidad, son muy complejas; su mérito, si lo tiene, no estribaría más que en señalar la trascendencia de la frase esquematizada... Es el trabajo de los grandes clínicos de consulta: hacer un diagnóstico general, para que luego los especialistas curen por partes al paciente, quién los riñones, quién el estómago, quién los bronquios...

¿Pero existe una verdadera *oposición* entre el carácter criollo y el europeo? Por lo menos existe *diversidad*, y en psicología, como todo es relativo al criterio que se adopte, siempre puede hacerse oposición de la diversidad. El carácter humano es un todo tan unido y tan elástico como una media: ó se estira del lado del derecho, ó se estira del lado del revés.

XVII

La pereza y la arrogancia son dos mellizos siameses, unidos, como es más frecuente, de un hígado á otro por un cordón de hígado; cualquier cirujano, cortando el exceso teratológico, puede separarlos. La tristeza y la pereza son también dos mellizos siameses, pero vinculados, tanto más íntimamente, á la altura del pecho, por un puente de arterias y venas que unifican las dos circulaciones; ni el más hábil cirujano puede separarlos en vida, porque los dos no tienen más que un corazón. Así, ni el más sutil psicólogo podrá desligar, con el bisturí del análisis, la tristeza y la apatía...

Lo enseñan los viejos teólogos. «Acidia, en su propia significación, quiere decir tristeza; más porque el triste y perezoso son tan hermanos, que por maravilla se aparta uno de otro. Al fastidio y pereza que á los tristes se consigue, llamamos acidia, *dando el nombre de causa por efecto,* como en otras muchas cosas acontece». Así dice profundamente un teólogo español del siglo XVI, fray

Melchor Cano, obispo de Canarias, en un capítulo del «Tratado de la victoria sobre sí mismo», capítulo que se titula «De la acidia» y versa casi exclusivamente sobre la tristeza.

Lo enseña la moderna psico-fisiología, que equipara la actividad vital al placer, la inactividad al dolor. El placer es el movimiento, es la vida; el dolor, la inacción, la muerte. Esta verdad es el eje de las célebres leyes de Grote, hoy experimentalmente comprobadas por Weber, Fechner, Wundt.

Lo enseña la experiencia diaria... Aquel individuo que allí veis, vegetando, sin ideales, sin ideas, sin iniciativas, aunque ría rodeado de bulliciosos camaradas, es un triste solitario en cuyo corazón aletea un vampiro. Y este otro, que comercia, que calcula, que escribe, que lucha por un ideal de gloria ó de riqueza, aunque llore en la soledad, lleva en su pecho un ruiseñor.

La pereza es una flor venenosa que abre su cáliz en el corazón del indolente. En sus pétalos liba la avispa de la derrota; á su sombra duerme el áspid de la muerte.

Así como la caballería dignificó la arrogancia y justifica la indolencia, el romanticismo ha poetizado la tristeza... ¡No creáis en el romanticismo! Más que una espontánea eflorescencia de «almas enfermas», fué una moda del siglo XVIII, nada más que una moda, y no menos ridícula que la de los miriñaques. Fué un *pose* de novedad *pour épater le bourgeois;* una *superchería de escuela* contra el

viejo epicureísmo de los clásicos, ya tan conocido, ¡tan «gastado»!

Hase creído leer en las Santas Escrituras que, en castigo del *pecata originalis,* Jehová impuso al hombre la «ley del trabajo». Tengo para mí que el texto ha sido mal glosado: debe decir que Jehová impuso la *ley del dolor,* y como único medio de *redención,* el trabajo. Esto es lo que nos dice la naturaleza humana, que es el mejor intérprete de los designios de Dios. Y también se lee en las Santas Escrituras que hay un pecado misterioso, satánico, incógnito, el más grave, el innominable, el *irredimible.* ¿Sabéis cuál es? El homicidio, el robo, la fornicación, la idolatría, son todos redimibles por el trabajo de la penitencia... ¿Sabéis cuál es? ¡Creedme, es la tristeza! ¿Qué penitencia puede redimirnos de la tristeza? Creedme, sí, creedme: es la tristeza.

XVIII

Au premier abord, pereza y arrogancia son dos cualidades distintas, antagónicas casi. Pero observémoslas con detención, analicémoslas, disequémoslas, descompongámoslas en sus partes constituyentes; apliquémosles el microscopio y los rayos Roentgen... Y llegaremos á esta inopinada conclusión: ¡que ambas son gajos de un mismo tronco!

En efecto, ¿en qué consiste esencialmente la arrogancia? En atribuirse una superioridad indeleble, ó mejor dicho *innata*. Es decir, una superioridad intuitiva, infusa, inspirada, obtenida por obra y gracia del Espíritu Santo, sin esfuerzos, sin trabajo. Es el arma de los ricos holgazanes, de los degenerados de razas conquistadoras, de los aristócratas. Es el boato que prestigia la psicología de los que, sin valer por sus propios méritos, válense de los ajenos: de la gloria de sus antepasados, de la riqueza de sus padres. Es el *orgullo de la pereza.*

Me diréis que arrogancia hubieron también los magnates que se encumbraban por el valor de su brazo; los improvisados del comercio; los sobresa-

lientes de la ciencia y del arte... Os replicaré que no debéis confundir el amor propio y la satisfacción de sí mismo con la arrogancia. Son dos cosas bien diferentes: el hombre que se goza en sus méritos es un avaro que tiene un tesoro oculto, para que no se lo roben, en el último fondo de sus arcas, el corazón; pero el hombre que hace alarde de riquezas, el arrogante, es generalmente un pobre diablo que, sin poseerlas, quiere igualar y hasta superar, en apariencia, á quienes las poseen. Es la inofensiva bestia que, como un medio de defenderse de sus enemigos ó de apoderarse de su presa, simula órganos ofensivos de que carece, hinchándose como si erizase púas, abriendo sus desdentadas mandíbulas como si poseyese venenosos colmillos. Hay en la India una débil culebra que, cuando se ve atacada, ínflase hasta tomar las siniestras formas de la cobra. Los grandes mastines no ladran tan agresivamente como los perrillos falderos... La arrogancia es, en los animales, el instinto de conservación de los indefensos; en los hombres, el de los perezosos. Es la simulación de una actividad ausente: el monstruo terrorífico estampado en los escudos de los pueblos medrosos.

La impotencia para el trabajo engendra el desprecio del trabajo y de los trabajadores: la arrogancia. Por otra parte, las tradiciones latinas y caballerescas, corroboran este orgullo de la pereza, ensalzándola como rasgo típico de superioridad de casta.

Típico caso fué uno que me contó el gerente de

una empresa ferrocarrilera inglesa de la República Argentina... Por no haberse realizado á tiempo un cambio de rieles, chocáronse dos trenes en una horrible catástrofe en la que murieron muchas personas, se destrozaron muchos vagones y quemáronse muchos fardos de lana... El «descuido» fué de un jefe de estación criollo, de pura cepa criolla. Llámaronle á declarar ante la comisión directiva de la empresa, preguntándole que cómo pudo «descuidarse», cuando se le había telegrafiado que venían los dos trenes en direcciones opuestas, por la misma vía única, para que hiciese á tiempo el «cambio reglamentario»... Es que el peón cambiista estaba enfermo en cama, repuso, y yo no tenía entonces otros peones... — ¿Y porqué no lo hizo usted? — Yo le hice avisar al cambiista, y si él no lo hizo... — Pero sabiendo que el cambiista estaba enfermo, y no teniendo otros peones, ¿porqué no lo hizo usted mismo, con sus propias manos?— ¡Yo! ¡Yo soy el jefe de estación! ¿Cómo iba á hacerlo yo? Cada uno tiene también su *dinidad...*»

XIX

En síntesis: inclínome á creer que todos los progresos y todas las decadencias pueden reducirse á la mayor ó menor actividad de los pueblos... Pienso que no sólo la arrogancia, el valor de los vencidos, y la tristeza, dolencia de agotados, pueden originarse en la pereza, sino que *todos* los demás males de las naciones hispano-americanas son también originados por la desidia. Pereza de la sensibilidad y la imaginación es la falta de ideales. Pereza de la voluntad, la falta de iniciativas prácticas. Pereza de la inteligencia, la ausencia de originalidad, de previsión y de precisión. Pereza de los músculos, su decadencia física. Pereza en el ejercicio de los derechos y deberes políticos, sus ridículas parodias de democracia.... El odio «godo» al extranjero es pereza, porque comprenderlo é imitarlo serían trabajo. El culto del coraje es el culto de la pereza, porque ninguna hazaña exige menos esfuerzos que las impulsivas de la cólera y la propia defensa, que son las más corajudas. El orgullo de la riqueza nacional es un

sentimiento de perezosos, que prefieren contemplar á producir... Pereza, pereza y pereza; todo es pereza en *South América*. Pereza, la indiferencia; pereza, la inacción; pereza, el orgullo; y pereza, en fin... ¡el aticismo criollo, la *espiritualidad* criolla! Pero, para demostrar esto último, que podría parecer paradojal, necesito extenderme en ciertos razonamientos...

Hay, en efecto, dos categorías de imaginación: la *grande imaginación* y la *pequeña imaginación*.

La grande imaginación es la que sueña, la que aspira, la que produce, la que todo el mundo llama, por antonomasia, imaginación. Es la facultad activa, *trabajadora* por excelencia del intelecto humano, cuando comprende como cuando produce. Exige un grande esfuerzo de la atención, penoso á veces. Entender la «Divina Comedia», la «Crítica de la Razón Pura», «Tristán é Isolda», es toda una tarea, y una gran tarea: la de identificarse al pensamiento de un superhombre. No basta para ello una inteligencia natural, un innato gusto artístico: se necesita un dominio especial sobre nuestro espíritu, que no siempre se amolda fácilmente, como á un lecho de Procusto, á una obra maestra.

La *pequeña imaginación* es otra cosa muy distinta: es la *espiritualidad*, frívola y simple; una graciosa y vivaz flexibilidad intelectual, que reacciona como la sensitiva, á cualquier choque exterior, casi por un involuntario movimiento mecánico, casi por acto reflejo. Tan diferentes son una y otra. que puede decirse que se excluyen. La *pequeña*

imaginación es propia de los analfabetos y de los indiferentes; la *grande imaginación*, de la ciencia, del arte, de la política; la verdadera imaginación, sólo es posible en cerebros activos y nutridos. Para todo lo digno y lo bello, hasta para la llamada *causerie* de la gente culta se requiere ésta, porque aquélla se reduce á frases entrecortadas é impertinentes... El más *espiritual* guaso andaluz, no será nunca un *causeur*... ¿Qué es entonces la *espiritualidad* criolla? No, no es la divina imaginación, la facultad intelectual, trabajadora por excelencia: es el vacío en el cerebro, el cansancio en el corazón y... la rapidez en la lengua. Es la *habilidad de los desocupados*, que destilan el veneno de su impotencia en frases agudas como el aguijón de una avispa.

En Alemania hase podido considerar como *mal del siglo*, la dualidad de una voluntad débil para ejecutar y una vasta imaginación especulativa. Este es un mal muy relativo: pueblos que piensan, no importa que á veces fracasen en el hecho. Pensar es obrar. Un mal mucho más grave, el mayor mal de los países hispano-americanos, no sería, á mi juicio, la ausencia de espíritu práctico, la ausencia de iniciativas, sino la falta de imaginación. De todas las consecuencias de la desidia. esta es la que más trascendente conceptúo... ¡Los hispano-americanos parecen no comprender la verdadera imaginación, la gran imaginación... Exaltando, como todos los hombres, sus debilidades, suelen reputar á la imaginación, enfermiza sensi-

bilidad cuando no descabellado lirismo. Creen que los yanquis carecen de imaginación: los yanquis, que construyen casas de treinta pisos, que intentan las más arriesgadas empresas, que cultivan á Hegel, que inventan con Edison, que piensan con Emerson, que sienten con Poe y con Walt Withman... ¡La imaginación se revela en algo más, señores indiferentes, que en dejarse crecer unas melenas románticas y escribir pequeñas poesías escépticas!

La falta de imaginación en las clases dirigentes, del poder y la fortuna: he ahí un principal enemigo del progreso. En muchas sociedades hispano-americanas bien fácil es de observar esa deficiencia, más desoladora que la peste y la derrota. Buscad en ellas lás grandes concepciones financieras, políticas, literarias; buscad la generosidad de los magnates para la educación y la beneficencia públicas; buscad, en fin, en el comercio, en la cancillería, en las letras, algo que revele una emulación de raza, que se sacrifica y triunfa en las vastas empresas que imagina... Y me temo que no encontréis ni siquiera la *imaginación de la riqueza,* que es la más grande de las virtudes de los anglo-americanos.. Los hispano-americanos ni siquiera sabemos reconocer esta virtud, que suponemos venalidad... Venalidad, señores críticos, es la pasión de un propietario, que, con un millón de pesos de capital, sólo piensa en divertirse en el extranjero; venalidad, el avaro sentimiento de un hacendado que no es capaz de arriesgar un céntimo en nin-

guna empresa progresista, y que sólo piensa en capitalizar lo posible de sus rentas... Pero la acción del capitalista que, con quinientos mil dollars, trata de ganar, aunque sea en el comercio de suelas ó jamones, unos veinte ó treinta millones, con los que se lanzará luego á grandes obras y favorecerá las artes y las ciencias... ¡eso no es venalidad de salchichero, es la *imaginación de la riqueza!* Si vosotros la tuvierais, vosotros, los «conservadores», que sois más mercachifles que los chancheros de Chicago, ya hubierais intentado, siquiera por ambición y patriotismo, rescatar de las manos extrañas que las explotan ciertas empresas financieras, que á veces, como en el caso del Ferrocarril del Sud de la provincia de Buenos-Ayres, son un monopolio y hasta un peligro para nuestra propia integridad política. Por alguna razón, aunque bien débil, se ha pintado á la República Argentina, en el mapamundi de las posesiones inglesas de la carátula de un libro popular escrito en Francia, del mismo color que el Cabo y el Egipto.

Así como en las grandes cosas, también en las pequeñas se sintomatiza este capital defecto de la clase dirigente de algunas sociedades hispanoamericanas... Preséntase en sus salones una mujer de belleza exótica, con el peinado que conviene á su tipo, y la maledicencia le hinca el diente, tildándola de «estrafalaria» y «ridícula», porque el medio no tiene imaginación suficiente para apreciar lo que no se someta estrictamente á los últimos clichés de la moda... Destácase un hombre munido

de una cierta dosis de ideas que no son lugares comunes y que emplea al hablar un vocabulario un poco más rico que el miserable argot mundano: tampoco se le entiende... ¡Desgraciado, si se empeña en hacerse comprender!... Salvo el caso de que se imponga por la fortuna ó el poder político, nunca deberá aventurarse tampoco á esos deliciosos salones el hombre de pensamiento, cuyo cerebro vive poblado de ciertas ideas que exigen un esfuerzo mental, y cuya exposición, en otros centros sociales, pudiera dar realce á la vida mundana... Allí parecía un pobre hombre, sin *esprit,* distraído, indefenso, impermeable... Podrá ser un buen *causeur* (en los corrillos criollos se le llamaría desdeñosamente «solista», vengándose así la gente de que la obliga al terrible trabajo de pensar); pero no será nunca, — es demasiado intelectual, demasiado generoso para ello, — un buen guaso criollo-andaluz, de oído despierto y malicioso, de réplica pronta y contundente... Entonces el grupo de indolentes elegantes, — ese grupo desanimado hasta para los sports, su única ocupación, — que sólo sabe decir á las niñas insolencias veladas que éstas no pueden comprender, pero que entre ellos se festejan; ese grupo que en el club se muere de risa al contemplar un retrato de Krüger en las revistas, porque sus botines no han sido cortados según la última horma de sus zapateros, — lo sentenciará con este calificativo, inapelable como un fallo de última instancia, indeleble como un sacramento, absoluto como el juicio de Dios: «Es un zonzo.» Pero ¿qué es un

zonzo? Un zonzo debería ser un hombre desprovisto de condiciones intelectuales, un idiota incipiente, un incapaz cualquiera, un inepto para la lucha por la vida... Y grotesco es, es trágico, es cómico, es sangrientamente cómico el uso que hacen esos zánganos criollos-andaluces,—esos divinos «vivos», cuya ignorancia es tal que no tienen ortografía y no saben sumar correctamente; cuya ignorancia es tal que si los obligáis, como me ha ocurrido, á que os contesten qué libro escribió Dante, os responderán, después de hondas reflexiones, que... «¡la Biblia!» — el uso que hacen esos despreciables parásitos del calificativo-lápida de «zonzo»... Introdúcese en su ambiente un diplomático fino é instruído; se le hace corro; se abusa de su ignorancia en ciertos matices regionales del idioma; se le zahiere vaga, cobarde y simuladamente... Y el veredicto está hecho: «Es un zonzo». Llega de Europa un joven artista ó compositor nacional, que ha expuesto sus cuadros en el Salón de París ó que ha compuesto una ópera que ha editado Ricordi y se ha aplaudido en Italia... Y ¿qué halla en esa mezquina *jeunesse dorée* sino el vacío más absoluto, porque no ha traído corbatas de Charvet y no parte su cabello en dos bandós elegantes y simétricos, á lo Cléo de Mérode? «Es un zonzo». Y zonzo es todo lo que representa buena fe, altura moral, imaginación, trabajo... ¡Para vosotros, imbéciles, que debierais, si no dar el ejemplo, alentar, por vuestras fortuna y vuestros apellidos, para vosotros, oh perezosos, oh eunucos! — ¡Cuánto más

fácil es despreciar á los que sienten, á los que piensan, á los que obran, que sentir, pensar y obrar!

Ergo: la falta de imaginación en las clases dirigentes es una de las formas más graves de la desidia hispano-americana, porque, lejos de estimular, obstaculiza el progreso.

XX

Infectada está de desidia toda la literatura hispano-americana. Los géneros que exigen un esfuerzo serio, no se cultivan. Excepto unos pocos autores muy señalados, sólo se escriben cronicones que pasan por historia, y paisajes que se pretenden sociología. Los psicólogos y los estilistas, á lo menos los *estilistas* de fondo, escasean. Autores hay que han escrito mucho, mucho, con tropical frondosidad; no han tenido pereza en la mano... Pero de ese mucho, ¿dónde está la obra de alientos, meditada, concluída? Si diligencia ha habido en la mano, pereza hubo en el espíritu... Poseen lo que Boileau llama «la estéril fecundidad de los malos escritores».

Convengo, pues, en la superficialidad é incon-

sistencia de la literatura hispano-americana; pero me atrevo á insinuar también que la culpa no es toda de los autores. Son los lectores quienes, por desidia criolla, si el escritor les obliga á fijar la atención demasiado rato, lo encuentran «aburrido», y si sus ideas necesitan, por profundas y exactas, un verdadero trabajo de comprensión, lo tildarán de «difuso». Quieren, como los dispépticos, alimentos livianos, fáciles y frívolos; y á veces, como los paladares estragados, piden también picantes condimentos... Hubieran hallado excelentes por superficiales los peores artículos de Clarín, y «pesados» los estudios más serios de Sainte-Beuve, y archipesadísimos, como las salchichas de Frankfort con chucrut, las más hondas investigaciones de Schlegel, el «Profeta del Pasado».

Si Hegel, el semidiós, hubiera nacido en Hispano-América — tal un albatros que cae á la cubierta de un barco de brutales pescadores, herida el ancha ala por una centella, — el público ¡oh ilustres lectores! hubiera calificado su metafísica, sin leerla, naturalmente, de difusa, de archidifusa, de protodifusa, de multiplidifusísima... Hallaría su estilo más indigesto que un cañón Krupp. Sin embargo, y á pesar de que son muy pocos los capaces de abarcar la *construcción* de ese pensador, aun no se ha podido medir cuánto, pero cuánto, debe hoy la civilización alemana á las ampliaciones del pensamiento de ese estilo-cañón y de esas concepciones á veces más obscuras que sombras de tinta china.

¿Qué diría un lector hispano-americano, de un voluminosísimo tratado filosófico compuesto de frases como la siguiente (no se lea hasta el fin, hojéese): «Cada cual puede observar en sí mismo que las percepciones directas de los sentidos externos, como las imágenes ó intuiciones del sentido externo, y las ideas mismas, productos elaborados de la inteligencia, en cuanto vienen á ser reflejadas ó contempladas sucesivamente por el yo bajo modificaciones sensitivas diversas, triste ó penoso, agradable ó fácil, guardan en lo tocante á los grados de claridad ó de obscuridad, de movilidad ó de persistencia, de confianza ó de duda, que imprimen á esas ideas un carácter particular y como una fisonomía propia»; etc., etc., etc. Sin embargo, el autor de ese tratado no es Duns Scott, el teólogo-astrólogo-alquimista, y ni siquiera Schelling ó Fichte; es una de las más altas glorias del pensamiento francés, del ático pensamiento francés: Maine de Biran. Ese estilo de abstracciones y generalizaciones y sintetizaciones encierra, en efecto, un concepto claro, preciso y vasto; pero ¿quién se atrevería, en Hispano-América, á traducirlo á un lenguaje concreto y común? Comprenderlo es una rudísima tarea; mas una vez comprendido y acostumbrado á él el lector, entrará en una región luminosa, como el Parsifal de la leyenda, después de atravesar las intrincadas y brumosas selvas que circundaban el Santo Graal. El más ilustrado lector criollo, que difícilmente poseerá el inocente valor de Parsifal, desde las

primeras líneas arrojará fastidiado el libro, como la mona que cogió una deliciosa nuez verde y la mordió en su amarga cáscara... Por ello, Biran, buscando los lectores más pacientes del mundo, no sometió su obra á la crítica del país de Pascal, su patria, donde acababan de escribir el clarísimo Condillac, el elegante Laromigière, el fogoso y galano Royer-Collard, donde entonces estaban en boga los filósofos burgueses de la escuela de Edimburgo, y, como tenía la felicidad de escribir en un idioma universal, la presentó á las academias alemanas, con grande éxito. Allí nació su fama, que, más tarde, reivindicando una gloria nacional, proclamó á grandes voces Coussin el generoso. — ¡Y bien vale la pena el trabajo de comprender á un metafísico! Compenetrándose en su Cosmos, figúrasele al lector que el hombre se eleva un grado más en la escala animal... Ya no lanzará esas miradas de asombro y temor que son comunes á los idiotas y á los sabios: á los idiotas, porque nada saben; á los sabios, porque, sabiendo algo, comprenden lo mucho que ignoran. Mientras no conciban un universo metafísico, ignoran casi tanto como los idiotas.

Ergo: la desidia criolla, así como anula el trabajo práctico, aniquila la labor del pensamiento, en artes y en letras, circundando sus mejores productos de invadeables tinieblas...

XXI

Y, por último, este mal de la desidia, rasgo típico de los hispano-americanos, generador de todos sus defectos, *¿es incurable?* He ahí el punto más doloroso de mi llaga... ¿Hay gangrena?

Un inteligente viajero describe más ó menos así la vida social de una ciudad centro-americana: «A las cinco de la tarde la banda de música de la plaza principal despierta á la gente de su larga, larga siesta diaria; todos se visten con trajes claros y llamativos y acuden á la plaza; allí se pasean lánguidamente, lánguidamente, bajo las magnolias y naranjos en flor, en un ambiente de jazmines, arrastrando los pies, como si patinaran con fantástica lentitud, al compás de una habanera, que tararean á media voz; el supremo chic consiste en fingir un vago reumatismo y hasta un principio de ataxia locomotriz»... ¡En esto estriba la única distracción de esta gente perezosa, hasta para divertirse, hasta para caminar!... Un extranjero que se presentase marchando en debida forma, virilmente, les parecería tan grotesco

como un mercader inglés, de casco blanco y chaleco rojo. Tienen los nervios gastados para todas las sensaciones de movimiento y reacción, que desechan como de mal gusto, como perturbadoras y disonantes... ¡Y hay *algo de eso* en todas las manifestaciones de la vida de los pueblos hispanoamericanos! La culpa está en la sangre y en el clima; la herencia y el medio hacen los pueblos. La naturaleza, al esparcir pródigamente sus dádivas en los trópicos, incita al hombre, que no necesita más que extender la mano para alimentarse de ópimos frutos, al descanso; y al trabajo en las zonas frías, donde ha sido tanto más mezquina. El calor animal exige mucho movimiento para reaccionar contra el frío; y poco ó ninguno en las temperaturas tórridas, donde la fauna y la flora invitan á la contemplación.

El índice de la civilización es, hoy por hoy, la riqueza. La civilización es la riqueza; la riqueza es el trabajo; el trabajo es el frío. Entonces, el frío, mientras no anonade como en Laponia, es la civilización. Con estas premisas... el mal, nuestro mal, ¿es curable? ¡No podemos cambiar el clima ni transvasarnos de sangre!... Me diréis que en las colonias anglo-sajonas de los trópicos, los colonizadores llevan una vida activa y europea; pero debemos tener en cuenta que esos colonos han establecido transitoriamente su *home* en la India ó el Cabo; que conservan sus costumbres ancestrales, para volver cuanto antes al país de sus abuelos... El caso es bien diferente. Y con todo, el

mal, nuestro mal, *no* debe ser incurable. Sugiérenmelo estos consoladores pensamientos: en Hispano-América hay muchas razas y muchos climas; la reacción puede venir de acá ó de allá; y además, las *convicciones* de la historia cambian con frecuencia... En tiempo de los grandes imperios orientales debió creerse que... ¡la civilización era el calor!

No hallo, pues, sino un remedio, un solo remedio contra nuestras calamidades: EUROPEIZARNOS. ¿Cómo? *Por el trabajo.* Trabajar la tierra, la usina, la escuela, la imprenta, la opinión, el arte: desgranar el trigo, despojar de su cándido vellón la oveja, sangrar la vena de carbón y de oro, mover usinas, provocar el estímulo de las letras, los descubrimientos de las ciencias, modelar la piedra, colorear el cuadro... Nunca nos será dado cambiar nuestras sangres ni nuestra historia ni nuestros climas, pero sí podemos europeizar nuestras ideas, sentimientos, pasiones. No contentarnos con tomar las formas de la cultura europea, como tomaron los escolásticos las de la cultura greco-latina; sino penetrarnos en su espíritu, que luego, ya adquiriremos nuestro propio espíritu, como lo adquirieron — ¡después de cuánto esfuerzo! — esos escolásticos laboriosísimos que engendraron en los flancos de Europa el Renacimiento... Engendremos también nosotros la Reacción en los fecundos flancos de América... ¡EUROPEICÉMONOS POR EL TRABAJO!

Y no me digáis que europeizándonos violen-

tamos nuestro carácter, y que así, por falta de sinceridad, nada eficiente produciremos... ¡La indolencia no da, *quita* carácter!

Si el carácter de los hispano-americanos es no tener carácter... ¡hagámosnos un carácter! Inventémosle, improvisémosle, imitemos, forjemos, remachemos; y si entonces aun no pudiéramos crearlo del vacío, ¡vive Dios, robémoselo á quienes lo tengan, como arrancaron los romanos sus hembras á los sabinos! ¡Sorprendamos á la Historia, tendámosla sobre la grupa de nuestros corceles, hinquemos nuestros dedos como garras en sus senos de virgen, y, bebiéndole la vida por los desmayados labios, adelante! ¡Ensangrentemos los ijares del hipógrifo, clavémosle la espuela hasta la entraña, que, en la noche de lo Desconocido, hambrienta jauría de siglos nos persigue! ¡Adelante! El Tiempo no espera... ¡Adelante!

LIBRO SEGUNDO

POLÍTICA HISPANO-AMERICANA

I

En una *pereza colectiva* hallo la clave del caciquismo hispano-americano, curioso fenómeno institucional.

Entre indolentes, fácil le será descollar al más activo. Entonces la turba, compuesta de ciudadanos demasiado apáticos para pensar y moverse por sí mismos y echar sobre sus hombros la pesada carga de la responsabilidad de sus actos, delega con gusto su soberanía... ¿En quién? En el que mejor se impone por sus cualidades y en el que ha sabido captarse mejor las simpatías de todos... ¿Es el más apto? Ello se presume; pero no basta ser el más apto: es preciso ser el más temido y querido...

Está en el interés de todos entregar la simbólica chuza emplumada del mando al más idóneo; pero, para medrar á la sombra del poder, está en el interés de cada uno que quien mande sea su personalísimo amigo... Esto es lo que del caciquismo hace, á veces, un régimen de vergonzosas compla-

cencias. Antes que de méritos, debe el cacique hacerse de amistades, y para mantenerse, mantenerlas... ¿A costa de las leyes, de la riqueza nacional, del progreso?... ¡Qué importa, si contra el retroceso y la injusticia no hay sanción social!

La sociedad caciquista no estará á favor del mejor sino del que se imponga mejor, sin averiguar por qué se ha impuesto, — aunque sea por los compadrazgos y las complicidades.

En la carrera de un cacique hay siempre una época inicial en que éste engaña á la turba con supuestas ó superficiales virtudes... Cimentado su poder, suele desembarazarse de esas apariencias como de un incómodo traje que estorba sus movimientos. Una vez propalada la primera laudatoria de esas virtudes de un día, el fallo está hecho, inapelable, en última instancia, porque el público no se tomará ya la molestia de rever el expediente... ¿Para qué investigar, juzgar de nuevo, acaso condenar? Eso daría mucho trabajo; más cómodo es callarse; y más cómodo todavía, servir y adular al cacique, especialmente en sus trances difíciles, porque en premio, llegado el momento, recompensará á su tribu, hombre por hombre. ¡Nada de independencia y de lucha individual! La lucha individual es el esfuerzo individual, á veces penoso, aplicado al comercio, las industrias, las ciencias y las artes; y el objeto de la vida es el descanso... Los dioses han creado á los hombres para verlos descansar elegantemente... Si más descansa el rebaño que el pastor, ¡rebaño seamos y no pastores!

II

Por «derecho divino» el rey europeo es rey; el cacique criollo es cacique por *derecho humano*. El uno se impone por la voluntad de Dios; el otro, por voluntad de hombres sin voluntad... De ahí dos bien diversas maneras de gobernar: aquél por la justicia, éste por la astucia. Aquél representa la justicia de Dios sobre la tierra; éste, en su patria, los sórdidos intereses de su indiada.

En Europa, los monarcas son hoy símbolos de un pasado histórico, cuyas formas ha convenido conservar para felicidad de los pueblos: el feudalismo. Los jefes políticos, diputados, ministros y presidentes son también símbolos en Hispano-América; símbolos de un pasado pre-histórico que, para desgracia de los pueblos, el presente no ha podido destruir: los cacicatos.

Régimen regular fué el feudalismo; los cacicatos, entidades caprichosas y variables. Por ello, las modernas monarquías constitucionales, símbolos del viejo feudalismo, son gobiernos de estabilidad y disciplina; las repúblicas hispano-america-

nas, símbolos de cacicazgos, de indisciplina é irregularidades de fondo... El espíritu del sistema cacical se aviene muy imperfectamente á la letra de las constituciones republicanas... Sin embargo, las regularidades son *de fondo* y no de forma, por lo mucho que se ha conservado del antiguo formalismo metropolitano; de las simetrías administrativas del Consejo de Indias, que, contrariamente al conocido aforismo práctico del parlamento británico, suprimía toda anomalía por el solo hecho de ser anomalía, aunque fuese justa, útil, insustituible...

Bien conocidas son las rigurosas manifestaciones del formulismo en la española corte de los Austria. Un día, «la etiqueta española mató al rey de España...» Felipe III, que se asfixiaba por el humo de un brasero, pedía socorro; el oficial que estaba encargado de mover el trípode, como las cariátides que le llevan en su dorso en los cuentos orientales, estaba ausente; nadie se atrevía á tocar el brasero; buscóse al oficial hasta que se le halló; y cuando á toda prisa se le trajo... el rey estaba muerto. Este estricto rigor, casi litúrgico, de las fórmulas y las formas que hemos heredado, es lo que conserva las apariencias de las extraordinarias repúblicas españolas, con sus grotescos simulacros de sufragio popular. Pues aunque el cacique sea en verdad un mandatario de su pueblo ó su partido político, es decir, de su clan, horda, toldería, tribu, — no gobierna por elección política y por lucha de ideas... Todo esto suele ser en Hispano-América

una mascarada; gobierna por su poder sugestivo, la apatía de los hombres y la inercia de las cosas. Y al fin, tanto monta este diploma, tácito pero inequívoco, como el que otorgase cualquiera asamblea electoral...

¡Pero se mantienen las formas externas! Este apego á las formas es, como hemos visto, de pura cepa española... En ninguna nación medioeval ni moderna se llevó el sentimiento del *decorum*, ingénito en los latinos, más allá que en las Españas. Los anglo-sajones casi lo ignoraron; y en Italia, en el Renacimiento, el culto griego de la animalidad humana, lo transformó. ¡Bien conocida es la vida anecdótica de la corte de León X! Pero en Madrid, la teología de la Inquisición, rechazando el Renacimiento como insubornación en lo intelectual y como concupiscencia en lo moral, exageró el *decorum* romano hasta el absurdo... Y un cacique, por cacique que sea, por arbitrariamente que gobierne, sigue en Hispano-América casi siempre las formas seculares del expedienteo español... Esto es más decoroso que proceder por simples úkases.

III

El régimen cacical es, en síntesis, algo como una *federación de clanes*. A veces se presenta bajo la forma de una *superposición de feudos,* que encajan uno en otro, desde el cacicato-baronía, que rinde pleito homenaje al cacicato-condado, hasta el cacique-duque, que se reconoce vasallo del cacique-rey. Es un engranaje de cacicatos, de menor á mayor, que recuerda á esas grandes cajas japonesas, que encierran otra y otra y otras, cada vez más pequeñas... ¡La última, que es diminuta, está siempre vacía!

Basta esta enunciación para insinuar cuán difícil problema es el de la «responsabilidad» del cacique por los actos cometidos en el desempeño de sus funciones. Recuerda lo que se ha llamado, en los juicios de imprenta, «responsabilidad por cascadas». Acusado un director-propietario de un periódico por injuria ó calumnia, se excepciona en el redactor; el redactor, en el editor; el editor en el regente; el regente en el tipógrafo que compuso el artículo... En suma: del delito no son responsables

sus principales autores é instigadores, sino los meros mandatarios ó ejecutores autómatas... «La cuerda se rompe por lo más delgado»... Ocurre como en el infantil juego del «Martín-Pescador»; la Justicia dice al pueblo: «Pasará, pasará, pero el último se quedará...» El último, para rendir las cuentas del delito común, será el primero. Bajo este aspecto, como bajo muchos otros, el reino caciccal se parece al Reino de los Cielos, del cual está escrito en los Santos Evangelios que «los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos.»

La *irresponsabilidad* casi absoluta del cacique se funda además en este otro fenómeno: el cacique no es un funcionario constitucional... En el hecho, el cacicato es un cargo vitalicio, concedido *ad perpetuam*, aunque deba sólo durar mientras un cacique nuevo no manotee al antiguo el favor popular...

Enseña la docta teología, que en cada sacerdote residen dos categorías de poderes: la potestad de orden y la potestad de jurisdicción. La primera es indeleble, pues ninguna fuerza humana puede destruirla; la segunda depende de las cosas y los hombres. Un sacerdote apóstata pierde su potestad de jurisdicción; pero conserva la de orden, á punto de que hasta su muerte podrá válidamente bautizar, bendecir, consagrar y absolver. Algo semejante ocurre en el cacique, que en suma, es un rey instituído tal por el pueblo; adquiere un «carácter indeleble», *ad vitam*, que conservará aunque pierda

el mando y la vergüenza... Es porque es. No importa que no desempeñe ostensiblemente ningún puesto público. No importa que, so pretexto de salud, se retire del escenario político ó se ausente á Europa. Como San Pedro, aunque peregrine por Sicilia ó Antioquía, está siempre presente en Roma.

Más de ocasión que por cánon, es alcalde municipal, diputado, gobernador, ministro, presidente; pero siempre en alguna forma, funcionario ó no, al menos si es pobre, vivirá del presupuesto... ¿Cómo? ¡Misterio!... — Por no reconocer nuestras leyes europeas su poder asiástico, muchas veces es un simple particular... Si en la contienda política se comete entonces cualesquiera atentados, ¿cómo esclarecer quién es el sugerente de un delito político, si el cacique que lo ha sugerido, es un simple ciudadano protegido por las penumbras de la vida privada?... Además, el cacique es disimulado y sabe disfrazar su complejidad... El cacique es poderoso, y se hace temer de los jueces... Y, así como anexo al cargo de rey de la Gran Britania está el de jefe de la iglesia anglicana episcopal, anexo al cargo de cacique va el de Gran Encubridor... Este cargo no se delega jamás, como delegaban los Austria el de Gran Inquisidor; es intrínseco al cacicazgo, inviolable, insustituible... ¡Que descuide un cacique su cargo de Gran Encubridor y ya veréis qué huracán de otoño lo despojará de su follaje! Sus corifeos, al sentirse amagados, sin protector, de una sanción social, se desbandarán como las golondrinas, buscando un sol más ca-

liente; y así como anidaron en las santas cornisas de la Catedral de Toledo, empollarán ¡tan frescos! bajo la vilipendiada torre de una pagoda de Confucio y hasta en los graciosos arcos de una infame mezquita de Mahoma... Mahoma, Confucio ó Cristo, ¿qué les importa? Como descendientes ó continuadores que son del pueblo incásico, sólo adoran al sol... ¡Especialmente cuando abre, como en los antiguos templos peruanos, sus largos rayos en gruesas barras del purísimo oro del Potosí!

Sólo la muerte ó una derrota demasiado humillante pueden destruir el poder jurisdiccional del cacique, magnético como el de los ojos de la serpiente. Aunque á veces, después de la derrota, se dispersen sus huestes en todas direcciones, cada uno de sus hombres, como si hubieran recibido consigna, en un momento dado, volverán á rodear al cacique, reconstituyendo la tribu é incitándolo á que reconquiste el poder perdido. Tales los soldados cosacos vencidos en la batalla, que se pierden sobre sus potros en todos los rumbos de la estepa, para luego reunirse, reorganizarse y combatir de nuevo...

La autoridad del cacique es el eje mismo de su horda. Después de caído y acusado y derrocadas sus estatuas, Guzmán-Blanco, prófugo en París, conservaba tanto prestigio en Venezuela, que cinco secretarios no le bastaban á contestar su correspondencia. Y aun después de muerto el «*ilustre* sud-americano», y de haber sido severamente juzgado por la historia, en 1903, el presidente Castro,

en una situación difícil contra potencias europeas coaligadas, buscó la alianza, para prestigiarse, de la familia del presidente rapaz y *bon viveur*... Pues los cacicatos no se instituyen por *ideas*, sino por *personas*.

IV

Los partidos caciquistas son siempre personales. No hay liberales, ni conservadores, ni moderados, ni libre-cambistas, ni demócratas, ni republicanos; si los caciques se llaman Rodríguez, Fernández, Martínez, González; habrá sólo gonzalistas, martinistas, fernandistas, rodriguistas...

En algunos instantes parece que los caciques hispano-americanos representan ideas; que son los jefes institucionales de un partido político de principios... Ello no es más que una ilusión de óptica, ¡bendita ilusión! que responde á ciertas *necesidades regionales* del punto donde radica la toldería del cacique. Voy á aclarar esta observación con un ejemplo. Pereira es un cacique gaucho, jefe de los pereiristas. Pereira, y por ende, los pereiristas se han declarado por el libre-cambio... ¿Creeríais por

ello que el partido pereirista es un grupo de convertidos que se han reunido bajo una bandera económica? ¡No, mil veces no! Y la prueba está en que Pereira no ha abierto jamás un libro de economía política; y aunque dogmatice con autoridad y hasta con elocuencia, no sabe una palabra de libre-cambio ó de protección... ¿Por qué es entonces jefe de un partido libre-cambista?

Es que no es jefe de un partido libre-cambista: no es más que el cacique de un clan á cuyos intereses regionales conviene el libre-cambio. Nada más. Pereira no tiene más bandera que Pereira. Pero como á Pereira lo sostienen los pereiristas y la región pereirista, él á su vez sostiene, sin comprenderlo bien, por instinto de conservación, los intereses libre-cambistas de ésta y aquéllos... No como un *fin* patriótico, sino como un *medio* de mantenerse en el poder. Porque Pereira, como he dicho, no tiene más bandera que Pereira. Suponed que los pereiristas fueran un partido de ideas, de convicciones, de principios, ¿hubieran elegido entonces á Pereira, que nada entiende de sus principios, que no es un convencido de nada, que no sería capaz de sostener en ninguna forma las ideas económicas del partido?

Si los pereiristas se hubieran constituído en partido político para sostener esta ó aquella doctrina económica, elegirían á un hombre de preparación superior, un hombre de estudio y de acción, capaz de ser el leader de sus teorías... — De aquí el siguiente corolario, el más desconsolador para los

jóvenes de aspiraciones: para sobresalir en la política criolla no se necesita saber, sino imponerse por los compadrazgos... Al contrario, el saber puede á veces estorbar para adquirir la popularidad política hispano-americana... ¡Aprended, producid, oh jóvenes, que la patria os recompensará algún día, cuando cualquier cacique, ignorante y orgulloso, os necesite y os llame para que le sirváis de amanuense ó asesor!

En su fuero íntimo, aunque se sirva de vosotros no os lo agradecerá; os menospreciará, porque apegado al obscurantismo, odia á las ciencias, á las letras, como el buho á la luz. Porque los resplandores de la civilización lo fastidian y lo ofuscan, estigmatiza á las universidades... Es un ave nocturna y silenciosa, que se contenta con merodear en las sombras de la noche. Para rehuir responsabilidades, ocúltase, en los momentos de peligro, en lo más profundo de su cueva... Nunca levantará las alas para volar hacia el sol y de cara al sol, como el águila.

En la política internacional, el cacique criollo es manso y «cuerpeador», pues más que ideales de nacionalidad agitan su pequeña alma rencores de terruño. Más que un sentimiento de representación total, encarna el espíritu de su aldea. Por ello suele ser, como una Maritornes, chismoso é inconstante en sus amores.

V

Llamo, pues, ***política criolla,*** á los tejes y manejes de los caciques hispano-americanos, entre sí y con sus hordas, cuyo objeto es siempre conservar el poder, no para conquistar los laureles de la historia, sino por el placer de mandar.

Por falta de móviles elevados, la política criolla, — política interna, naturalmente, — es de una fe púnica. Pero á diferencia de la cartaginesa, su mala fe es embozada, enmascarada por conceptos rimbombantes, por frases «huecas y sonoras como campanas». Todo cacique gaucho de fuste tiene siempre en los labios expresiones engañadoras, como «constitucionalidad», «sufragio popular», «voluntad de los pueblos», «generoso sacrificio á los intereses de la patria»... Jamás presentará á la opinión como Q. Fabio, el embajador romano ante el senado cartaginés, para que ésta escoja, la guerra ó la paz. Un cacique hace siempre ostentación de escoger la paz en sus relaciones con la opinión de los hombres buenos é ilustrados. No cesariza: romaniza. Nunca dará el frente á la opinión, ni la espalda; la toma de costado y la espía de reojo.

Para gobernar por ella fáltanle condiciones; para provocarla, arrogancia. Y si la provoca, si se le pone en el apuro de provocarla, gobernará por el terror que es fácil de imponer. Sabe que sucumbiría si presentase á las avanzadas leal batalla en campo abierto. No desnudará su pecho á los tiros de la civilización europea: le hará una guerra de emboscadas y montoneras. Porque por gauchas que sean las poblaciones hispano-americanas, siempre, sobre todo en las grandes ciudades, hay una minoría que se ilustra y que combate... ¡Ojo á esa minoría! *Voilà l'ennemi!* Por otra parte, esa minoría, por débil y aislada, se compra fácilmente... ¿Su precio? Sinecuras, diputaciones, ministerios. Pocos son los sublevados peligrosos; es posible contentarlos. Y si algunos no se contentan y gritan, ¿qué importa? Su prédica caerá en el vacío de la indiferencia, de la desidia del pueblo, aunque, como San Gregorio Nacianceno, hable desde la cumbre de una montaña que está en el centro del mundo, con apocalípticas bocinas que desparramen sus truenos en los cuatro rumbos del horizonte... *Tuba mirum spargen sonum por sepulchra regionum...* ¡No importa! Su voz no galvanizará corazones muertos, á quienes sólo podrán despertar, en el *dies iræ*, las siete trompetas de oro de los siete arcángeles de la resurrección... ¿Que protestan en el parlamento? ¡Qué importa, si los boycotea una mayoría abrumadora! Aunque una cabra montaraz salte las vallas, el rebaño carneril en la dehesa queda. ¡Y que siga la comedia de oratoria campa-

nuda, de luchas mezquinas, de criminales complicidades! ¿No oís los aplausos de la barra?...

Dentro del sistema caciquista, no cabe el parlamentarismo. Un congreso cacical es una irrisión sangrienta, compuesta en su casi totalidad de hechuras del cacique jefe. Si se debaten allí cuestiones, son simples riñas de gallos, contiendas de preponderancia individual y no cambio de ideas gubernamentales. El parlamento, desde la «Magna Charta» otorgada por Juan sin Tierra á sus barones, debe ser un dique á los desbordes del poder real, ó si se quiere, cacical... En Hispano-América es, á veces, por el contrario, un coadyuvante. Simplemente, porque es el cacique quien, directa ó indirectamente, nombra en mayoría á sus paniaguados, diputados y senadores. He leído en un diario bonaerense una anécdota al respecto, que si no es del todo verdadera es altamente descriptiva; un compadre de un grande y sagaz político, habiendo sido elegido diputado, exclamaba: «¡Qué bien se ha portado conmigo mi compadre! Le pedí un puesto de poco trabajo y 500 $ mensuales, y me da uno (la diputación) de 1000 $ y ningún trabajo!»

¿Habláis de ideales? ¿Y quién os entiende?... Los ideales de las gentes sin ideas están en sus vientres. Comer, beber, dormir, mandar... ¿Hay algo más?

Y para que los jóvenes no se subleven se les dice: «¡Alto ahí, atajo de inservibles! No paséis las columnas de Hércules. El más allá es un océano poblado de hidras, donde reina el Vértigo infecun-

do. La Thule del Ensueño es un país de ruinas. ¡Atrás! ¡Atrás!» Y para refrenar los bríos de esa generación que le viene mordiendo los talones, tiene el cacique una frase de una ironía sangrienta: «¡Sed prácticos!» Ser prácticos en su boca, significa todo lo contrario de levantar la frente y realizar el progreso: es doblar el dorso y contemplar la tierra... Lo principal es que dobléis el dorso — ¡oh cándidos Prometeos! — y el pretexto, que cultivéis la tierra... ¿Para qué? ¡Oh, no es para enriquecer al país, que para ello convendría ante todo aumentar la cultura nacional... ¡no es, no, para contener las concusiones y los despilfarros!... Es para que reinen el silencio y las sombras propicias á la rapiña de los caciques-buhos.

Y es por la clásica pereza hispánica de los que ofenden y los que se defienden, que la política criolla es política de componenda y compensaciones. ¡Luchar, luchar, siempre luchar, es un trabajo de titanes que no resisten biceps bizantinos! Ergo: transemos... ¡Sacando un buen bocado, se entiende!

VI

Caciquismo es sinónimo de paz, casi de patriarcado. Sólo muy extraordinarias circunstancias pueden hacer de tan sapientísimo sistema un régimen de violencias. Momentos históricos anómalos, produjeron pasajeramente caciquismos anómalos, como los caudillajes argentinos de 1820 á 1861. Ahí principia la explicación de esta rara anomalía que podría llamarse «caciquismo sangriento»...

Cuanto más débil sé halle el individuo, más fácilmente se le sugestiona. Como las enfermedades á los hombres, las crisis políticas y económicas debilitan á las sociedades; las dejan en un estado patológico de postración é inquietud, propicio á la revuelta, á la dictadura, á la sugestión... Después de tres lánguidos siglos coloniales, el ex-virreynato del Río de la Plata, de 1810 á 1820, se conmovió por bruscos sacudimientos, políticos y económicos. Tan debilitado quedó y sugestionable, después de la guerra de la independencia, que Artigas, Ramírez, López, Quiroga, Rosas, Aldao, Peñaloza y demás, cada cual en su terruca, con

una mirada fuerte se impusieron. En años de desorganización, debilidad y sobreexcitación impulsiva, debían imponerse los más sobreexcitados é impulsivos. Impuestos, sacudieron el yugo de los funcionarios civilizadores, de los reflexivos calzonudos, y la barbarie se expandió como una tormenta de sangre...

El caudillaje, como gobierno de sangre, fué, pues, una deformación del caciquismo hispanoamericano, provocada por dos órdenes de antecedentes: antecedentes políticos españoles y antecedentes de atavismo indígena.

VII

Por una de esas maravillosas coincidencias de la historia, España conquistaba las Indias Occidentales en momentos en que la Inquisición la despoblaba de herejes, moriscos y judíos. Al culminar la crueldad española, inicióse en América una fusión de razas crueles que, más tarde, provocarían una nueva crueldad, la gaucha, la hispano-americana, la hispano-asiática... En el país de los conquistadores, las estatuas de los apóstoles erguidas en los cuatro

ángulos de la hoguera de Sevilla, sudaban el hollín grasoso y fétido de millares de víctimas... En el de los conquistados, los sombríos monjes que seguían á Cortés, hallaron también «dioses carnívoros alimentados por sacerdotes verdugos». La Muerte era el dogma de la religión mejicana; las torturas, sus ritos. Para oficiar, revestíase el Gran Sacrificador de una túnica purpurada en sangre humana; arrancaba el corazón de las víctimas encadenadas á las piedras del altar, y en una cuchara de plata lo depositaba en la monstruosa boca del Idolo... Mientras el Santo Oficio sacrificaba en la vieja España en dieciocho años diez mil quemados vivos, al inaugurarse un templo en lo que iba á ser la Nueva-España, santificábalo una inmensa hoguera en que se consumían sesenta y cuatro mil víctimas.

Es curioso observar en cada pueblo, los caracteres de su crueldad. — La crueldad de la decadencia romana fué de lucha. Su *great atraction* era el combate de gladiadores con gladiadores y de mártires con fieras. Un griego, acostumbrado á los elegantes juegos olímpicos, al presenciar las brutales tragedias del circo, se descomponía. — La crueldad rusa es autócrata; aterrorizar y exterminar los enemigos de sus déspotas es su único objeto. Siberia no sirve al placer sino á la más triste necesidad de los czares. — La crueldad española, que durante la dinastía de los Austria floreció como una inmensa rosa sangrienta, fué mística y caballeresca. Moda de los cortesanos era flagelarse

en la Cuaresma; maestros de disciplinas les enseñaban, como prebostes de armas, la esgrima de la verga y el garfio. Los jóvenes *flagelantes* recorrían las calles, durante las noches de los grandes días de Semana-Santa, envueltos en togas negras, enmascarado el rostro con un puntiagudo capuchón, que sólo dejaba ver dos vibrantes ojos... Bajo las ventanas de sus damas venían á ostentar sus maceraciones, engalanadas las disciplinas con los lazos que ellas les habían regalado en otras oportunidades. «La mayor elegancia consistía en flagelarse moviendo el puño y nunca el brazo, de manera que la sangre corriese sin manchar los trajes. La dama, prevenida de antemano, tapizaba su balcón y de antemano lo iluminaba. A través de las celosías, encorazonaba el martirio. Cuando pasaba una mujer de calidad, el *flagelante* debía golpearse de manera de salpicar su rostro de sangre; esta cortesía le valía una graciosa sonrisa. A veces, dos caballeros de las disciplinas se encontraban, escoltados de pajes y lacayos con encendidas teas, bajo los balcones de una misma ricahembra. Del instrumento ascético hacían entonces un arma de duelo». Los campeones se batían á golpes de látigo; sus servidumbres se batían con las antorchas: el campo quedaba al más fuerte ó al más valiente. Un gran banquete terminaba estas amorosas maceraciones. Los penitentes se sentaban á la mesa con sus amigos... se jactaban de sus flagelos... barajaban en la conversación salmos á la Virgen y anécdotas galantes... y cuando amanecía el día de

Pascua muchos no podían ir á misa, por enfermos. Entonces comulgaban, si se les permitía, en el lecho del dolor, como agonizantes. Todo esto nos lo cuenta una bella embajadora francesa, Madame de Villars, de tiempos de Carlos II, horrorizada de la transición de la amable corte de Versalles á la tétrica corte de Aranjuez. ¡Y eran de compadecer las jóvenes princesas francesas y alemanas, que, casadas por razón de Estado á algún monarca español, iban á enclaustrarse, engrilladas por la inexorable etiqueta, en el Escorial, que más que un palacio era un convento, y más que un convento, una tumba construída en forma de un instrumento de suplicio! Recuerdan á la Pulgarcilla en la cueva del topo; pero ningún genio benéfico venía jamás á libertarlas de su cárcel subterránea, remontándolas en sus hombros, por el poder de sus alas irisadas.

La crueldad española era una función intelectual, idealista, que se realizaba por aspiración al Más-allá, que suprimía cien vidas de una plumada, bajo las bóvedas de un claustro, á la sombra de los extendidos brazos de un Cristo. La oriental, un voluptuoso placer que disponía sabiamente del suplicio, como de una arcilla en que se modelan obras de arte pura, con un mágico jardín, bajo un cielo de pintada porcelana. — Un Austria español, un Torquemada, es un hambriento *gourmand* de carne humana, que no quiere más que satisfacer su insaciable hambre de antropófago; un emperador chino, cualquiera de sus tenientes, un *gourmet* que

se sienta al banquete de la sangre, á gustar de raros y deliciosos manjares.

Felipe II ordena á un virrey que tienda la espalda al látigo del Santo Oficio, por haber golpeado á uno de sus familiares, y dice al arzobispo de Toledo que «si en sus venas corre sangre herética, da su sangre»... Cuéntase que sacrificó á la Inquisición á su hijo Carlos, en el fondo de su cárcel... Cuéntase que Felipe III, por expiar una palabra de compasión al contemplar un auto de fe, tendió al verdugo su brazo, para que arrancara lágrimas á sus venas... Carlos II el Hechizado no halla mejores espectáculos para festejar su casamiento, que un auto-de-fe y una corrida de toros. El baile y el teatro estaban proscriptos de esa corte penitenciaria como un purgatorio; aquél se reservaba á la plebe, éste á la burguesía.

¡Cuánto más alegre es la crueldad china, bajo su túnica de seda bordada de dragones, con el fino escalpelo en la mano y el corvo sable guarnecido de pedrería al cinto, — la crueldad que reclama eruditos jueces para discernir valiosos y hermosos premios al inventor de los suplicios más adelantados! A un poeta panfletista se le aherroja á un madero bajo una inmensa campana, que, sonando, sonando, sonando, lo estrangula de desesperación entre sus ligaduras... Cuando agoniza, en las más diabólicas expresiones de contracción muscular total, se vela el sonido, piano, pianísimo, para alargar la agonía... A un ninfómano, amarrado á una mesa muy baja, una bella mujer, con

hábiles caricias, le absorbe la vida, gota á gota... Los verdugos son sabios cirujanos que saben hacer de un hombre, sin matarlo, una masa informe, sangrienta y gelatinosa. Los presos, en jaulas en que no pueden adoptar ninguna postura definida, engrillados y encepados, no comen sino una vez á la semana, de limosna, los días que se da acceso al público para que les lleve sus sobras... Y allí va ese pueblo, ufano y curioso, á ver aquellos esqueletos podridos cuya vida se refleja en una pupila dilatada y siniestra, que agonizan lentamente, lentamente...

VIII

Veamos ahora qué influencia tuvo el atavismo indígena, en ese fenómeno que se ha llamado «crueldad gaucha» en las guerras de la organización argentina, y en las revoluciones chilenas, «crueldad araucana»...

En efecto, no fué europea, ni siquiera española, la crueldad desplegada por el caudillaje argentino en las luctuosas guerras civiles que, de 1820 á 1861, encenagaron la «confederación».

Ante los orientales, exentos de estetismo griego y de caridad cristiana, cuyos nervios saben saborear toda la voluptuosidad de contemplar el dolor ajeno, cuya imaginación es tan fecunda en inventar los más agudos y prolongados suplicios, los europeos, en materia de crueldad, son inocentes niños, aun los españoles, á pesar de su impavidez morisco-inquisitorial, que todavía revelan en ciertos ajusticiamientos públicos y en las corridas de toros. Pero en las venas de la plebe hispano-americana la sangre azul de los hidalgos godos corre mezclada á la obscura sangre de los indios, de origen asiático... Diríase, la preclara sangre de los héroes de la conquista aliada á la sombría sangre de los dioses de Moctezuma y Atahualpa... ¡y á la roja, la archiplebeya sangre de los esclavos importados de Coromandel y Mozambique!

De ahí que las muchedumbres argentinas hayan podido dar alguna vez á sus desmanes un sello de verdadera «crueldad china». De ahí que la fantasía oriental haya podido inspirar, por atavismo, los suplicios fabulosos que imponían á los vencidos caudillos y turbas semi-indígenas que desolaron esas tierras, en épocas no remotas, desatadas, como furias infernales, en luchas fratricidas.

Admíranse algunos militares argentinos, entre ellos Paz, La Madrid y Mansilla, de la beatífica fruición con que la plebe *de color* sud-americana, se goza en martirizar al enemigo vencido, sin objeto práctico, sin venganza, sin compasión... El triunfo, en vez de calmar su sed de sangre, lo

irrita. Tocando «á degüello» en la batalla, el «chino» soldado de mejores sentimientos, se transforma en un verdadero verdugo chino; «se marea» y mata y mata, no por fanatismo ni para escarmiento, sino por el placer de matar; espía la agonía y la paladea como un glotón profesional al que se le presenta un manjar exquisito; y aun oyendo el llamado á descanso, no puede contenerse y continúa, embriagado, descabezando, á diestra y siniestra, heridos y enfermos, mujeres y niños... Para sofrenarlo, como á ün potro desbocado en el estruendo de la pólvora, el oficial blanco necesita de toda la fuerza de sus puños. Sin embargo, ese soldado es bondadoso, disciplinado, sufrido... ¡Y aun después del crepúsculo, suele volver al campo de batalla, con el sigilo de un fantasma solitario protegido por las sombras, y, degollados ya los vivos y los agonizantes, degüella los muertos!

El hecho evoca las viejas leyendas chinas, japonesas é indomalayas, de los demonios-vampiros que merodean alrededor de los cementerios, las cárceles supliciatorias, las ciudades apestadas y los campos de batalla. Durante el día, metamorfoseados en vistosos pavo-reales y en faisanes de oro que vuelan en bandadas, espían, aquí y allá, sus presas, para caer sobre ellas, cerrada la noche, en sus horripilantes formas espectrales, y cebarse en su humana carne, viva ó muerta. Bajo tales apariencias nadie los ha visto, porque quien así los ve, muere. Su mayor regalo es absorber la sangre palpitante por una herida en la garganta...

¿Y qué fué la Mazorca, aquella achinada soldadesca, sino una demoníaca hueste de vampiros? Al menos así la hubiera transmitido á la posteridad la ignorancia y la imaginación de Oriente... ¡Lástima grande que nuestros burgueses abuelos no hayan sabido envolverla en el medroso Misterio de los lotus blancos y los dragones de laca que pueblan el silencio de los biombos chinescos!

Fué Rosas de origen español; más aún: hidálgico. Pero su temperamento de déspota expandido en un momento histórico de anárquicas pasiones y una gota de sangre «china» en el corazón de sus tenientes, bastaron para convertir el campamento europeo de Santos-Lugares en un asiático Jardín de los Suplicios.

La crueldad gaucha ha revelado, en las guerras del caudillaje argentino, su doble abolengo. Hubo en ella la intelectualidad española y la sensualidad oriental. Cuando Rosas extiende esta orden: «fusílese», — es Torquemada. Pero cuando un achinado sargento de Santos-Lugares, á prisioneros de guerra que vienen á pie de una terrible jornada de leguas y leguas, con los pies engangrenados, los prepara para morir *emparejándolos,* es un Chi-hung-li cualquiera. El proceso del *emparejamiento* consistía en ponerles las manos, antes de fusilarlos, en el mismo estado que los pies; lo cual se verificaba atándolos á un poste con las palmas hacia afuera, para que, á la manera de los estudiantes de anatomía en los restos de anfiteatro, los soldados procedieran con su afilado facón

á arrancarles cuidadosamente toda la parte exterior, hasta dejárselas sin una tira de cutis, sangrando, las venas y los músculos descubiertos... Si las aves de rapiña que venían en bandadas á arrancar los ojos á los prisioneros atados no dejaban concluir á sus verdugos, éstos apuraban la operación cortando torpemente hasta el hueso... Como no era fácil que la vida resistiera á las hemorragias y al dolor, cuando luego se procedía al fusilamiento oficial, las balas herían cadáveres. Sólo los chinos, para el hambre, y los gauchos, para la sed, en tiempos de vandalaje, han solido usar con maestría del suplicio de Tántalo. En Europa y en Africa, ni siquiera la Inquisición española supo emplear sistemáticamente esas torturas únicas, que, por el Dolor, elevan á los hombres que las sufren á la categoría de dioses.

IX

Pero es un error, un grave error, suponer que el caciquismo debe ser *siempre* un sistema retrógado y tumultuario. Caciquismo no es anarquía, ni es tiranía, ni es retroceso; es simplemente pereza, nada más que pereza. Sólo en tiempos anormales ha podido aparecer ante Sarmiento como un espectro envuelto en un andrajoso poncho rojo, que blande, á manera de guadaña, una lanza.

Pudo ello ser así en su génesis de anarquía; pero á través de las evoluciones de la historia americana, el caciquismo llegará á adoptar, espero, una forma pacífica, la más pacífica acaso de los gobiernos demagogos y hasta demócratas. Y digo pacífica, porque evitará la lucha de ideas y partidos, reduciéndose sus agitaciones, cuando más, á las guerras personales de cacique á cacique. El pueblo, embargado por su incurable desidia criollo-hispánica, los dejará luchar impertérrito, como simple espectador, sin decidirse antes del triunfo de uno ú otro. Tal será el *caciquismo civilizador* de nuestra edad moderna, por contraposición al caciquismo bár-

baro de nuestra edad media. ¡Largo paso hay de Facundo Quiroga á Porfirio Díaz! Alcanzado el sistema todo su perfeccionamiento, percibo que hasta se podrá llegar á adquirir una organización política casi tan sabia como la de las abejas...

Rige cada colmena una reina. Ella sola se ocupa de politiquear; el pueblo trabaja y trabaja. Cuando en época de enjambre nacen otra ú otras, la antigua soberana sale, seguida de una porción de sus súbditos, la más fiel, en busca de una nueva Tierra Prometida... Nada de luchas fratricidas; es un cercenamiento casi de grado, sólo impuesto por la fuerza de las cosas. — Si se disputan dos reinas una colmena que no es posible dividir, el pueblo, ocupado en laborar la miel, las deja pelear solas, una con otra, en un combate singular y mortal. Apelando al juicio de Dios, saca cada cual el corvo alfanje de su aguijón, y, rodeadas de obreras y zánganos, impávidos testigos, iníciase el duelo. Si durante el lance se encuentran una y otra tan inmediatas que pudieran mutuamente matarse en un cuerpo á cuerpo, *ipso facto,* á pesar de su ferocidad, se apartan... y descansan para reemprender luego la lucha. Ocurre alguna vez que el pueblo ¡oh imprudencia! desea favorecer á una ú otra de las dos reinas combatientes... No creáis que entonces ataque á la contraria, ó á los partidarios de la contraria; pues nunca se ha dado el caso de que una obrera emplee la ponzoña de su recto aguijón contra una reina, ó contra otra obrera que no trate de robarle su miel... No; los parciales se

contentan con apresar á la reina que quisieran ver derrotada en el centro de un enjambre, que la aprieta, la aprieta, la aprieta hasta dejarla mareada, sofocada, dislocada, es decir, en condiciones desventajosas para reanudar el ataque... Asimismo, la estrujada no huye; espera valientemente á su contraria, que, más fresca, puede entonces sacrificarla de un vigoroso embate, hasta quedar vencedora, en medio de la indiferencia glacial del pueblo, que ni aplaude ni vitorea, sino que mira el triunfo como un pequeño rasgo de egoísmo y crueldad, fatal, forzoso, sin mérito, sin importancia... Tan sapientísimamente se dirime el conflicto, ya por la excisión de una colmena demasiado copiosa, ya por la muerte de la reina más débil y menos simpática, siempre en favor de la multiplicación y la riqueza de la especie, — ¡sin concusiones, ni revoluciones, ni agitaciones políticas, ni farsas electorales, ni parlamentos costosos y serviles!...

¿No es esto el ideal de un caciquismo refinado, depurado, perfeccionado, que si no es una monarquía hereditaria, no está muy distante de una monarquía electiva, — no constitucional, por cierto, no constitucional, pero siempre monarquía, es decir, siempre un régimen de orden para la *nata ad vanum tumultum gens?*

X

Dos rasgos tipifican el caciquismo: es *consuetudinario* y es *tácito*. O sea: arraiga en la costumbre, y aunque no se halla expresado en las constituciones, es consensual, porque todos lo acatan... No está en las leyes; está en la sangre, está en el clima: está en la indolencia nacional...

Si me preguntaseis por qué llamo al alto funcionario de este sistema político cacique y no monarca, guardián, cabecilla, rector ó prior, os diré que es porque procede, en la guerra y en la paz, á la manera imperativa, categórica, astuta y silenciosa de los caciques de nuestra antigua América, y no á modo de prior, rector, cabecilla, guardián ó monarca... En tiempo de convulsiones, se le puede llamar con propiedad «caudillo», porque maneja sus huestes como los caudillos bárbaros que conquistaron á Roma.

Arriesgado sería bosquejar *definitivamente* una semblanza general del tipo del cacique hispanoamericano, pues de tiempos y lugares depende que sea liberal ó creyente, despreocupado ó fanático,

altivo ó modesto, virtuoso ó licencioso, belicoso ó cobarde, ilustrado ó ignorante... Tan cacique fué Oribe como García-Moreno, ¡y véase si hubo entre uno y otro diferencias de carácter y de ideas!..

En dos largas familias pueden dividirse los caciques criollos: los *pequeños* y los *grandes*. Los pequeños son simples tiranuelos regionales ó de partido que se dedican á revoluciones y piraterías; los grandes son los pequeños que han crecido por sus victorias en las contiendas civiles, hasta llegar á déspotas de pueblos y trascender á la política internacional. Como los tiburones, los grandes, cuando pueden, se tragan á los pequeños.

El caciquismo es un régimen oligárquico. O es engendrado por una oligarquía, ó la engendra. Unas veces el núcleo oligárquico es *nepótico,* es decir, constituído por los miembros de la familia cacical, novísimos Borgias; otros, por sus amigotes y compadres. Pero nunca por *copartidarios:* siempre por *partidarios*. Entonces se forman tres entidades en la nación: el jefe supremo ó cacique; el núcleo oligárquico, sus privados ó sobrinos; y el pueblo, ¡el pueblo «libre»!

Siempre que un grupo de cacicuelos transige en sus luchas personales para formar una *comandita gubernamental*, una oligarquía aristocrática pero no monárquica, fracasa. Por falta de orden, de disciplina, de unidad en la acción. Hácese necesario nombrar un gerente con amplios poderes, y este gerente caerá por la fuerza de las cosas, si no se constituye en Cacique Sumo.

Y cuando el Senado cacical, para salvar una situación equívoca le encarga de designar ese Sumo Cacique, no vacila en proclamarse á sí mismo, como Sixto V: — *Ego sum Papam!*

Dentro del tipo genérico del gran Cacique, caben sus especies: el cacique caballero, como Artigas, Lavalle y Benito Juárez; el cacique rapaz y gran señor, como Guzmán-Blanco; el cacique conquistador, como López I, del Paraguay; el cacique sanguinario, como Rosas; el cacique inquisidor, como García-Moreno; el cacique progresista, como Porfirio Díaz... Estos tres últimos ejemplos — Rosas, García-Moreno y Porfirio Díaz, — son arquetipos que merecen un estudio aparte... Otros hay que son tipos intermediarios: semi-inquisidores, como Facundo Quiroga y el fraile Aldao; semi-sanguinarios, como Melgarejo; semi-liberales, como Vintimilla; semi-republicanos, como Urquiza; semi-grandes, como Ramírez, Estanislao López, Rivera, Oribe, Urbina, Mosquera, la mar... con todos sus tiburones, grandes y pequeños.

XI

El concepto político-filosófico de la república, de una sociedad democrática cuyos individuos posean el derecho y aun el deber de manejar la *res pública* por medio de sus representantes elegidos al efecto, es eminentemente europeo. Nació en Grecia y de ahí pasó á Roma, aunque degenerara luego. Fué la grande innovación que introdujo la Europa en la historia antigua, reaccionando contra las autocracias de Oriente; fué algo como un *Cristianismo precristiano,* pues adelantó el principio de la *igualdad,* sino en todos los hombres, por lo menos en los ciudadanos que componían la nación. La república no es, por lo tanto, asiática ni africana, sino institución arraigadamente europea, propia tan sólo de las razas europeas más puras... Aunque en la edad media adoptara formas monárquicas, estas monarquías son más republicanas que autocráticas; el principio republicano permanece latente en el pueblo, y se revela en libertades comunales, parlamentos, gremios, etc. Inglaterra fué siempre una perfecta república mo-

nárquica, que arrancó y sostuvo contra sus reyes la «Magna Charta», que suplició á Carlos II, cuya Cámara de los Comunes reservóse siempre el derecho de fijar los impuestos. Suiza es república típica; en los Estados alemanes, los más absolutos reyezuelos respetaban ciertas libertades populares; en Francia, antes de Luis XIV existió un parlamento, después una revolución; en Italia misma perduran ciertas repúblicas aristocráticas *sui generis*... Quedan, como excepciones, Rusia, Turquía y sus adyacencias, y España y Portugal. Rusia es una prolongación del Asia; Turquía y sus adyacencias un trasplante de Arabia... ¡Eso no es Europa! Y en cuanto á Hispania (España y Portugal) es de notarse que sus primitivos habitantes, los iberos, eran europeos tan aptos para la república como los sajones; que fué romanizada en la época de la decadencia, de la degeneración de la República Latina en un imperio asiático; y, finalmente, y esto es lo más importante, que luego, vecina de Africa como Rusia lo es de Asia, fué africanizada por invasiones, primero cartaginesas y luego moriscas; estas invasiones, refundiéndose en el pueblo, desvirtuaron ó ahogaron los sentimientos republicanos de los primitivos habitantes, los iberos, hasta dejar impunes á Carlos V y Felipe II... He apuntado ya que podría llamarse á este proceso sociológico de muchos siglos, *africanización* de España, su *deseuropeizamiento*... Concretando el hecho en una frase gráfica, Alejandro Dumas, que, como mulato que era, por sus afinidades psicológicas debía conocer

bien el carácter de los africanos, dijo que «la Europa terminaba al pie de los Pirineos...» Si el viejo sedimento ibero del pueblo español, rico, fuerte y generoso sedimento de roca, potencialmente conservado hasta el presente, reaccionará algún día contra la africanización de España, es aventurado de afirmarse... Lo que más nos importa consignar aquí es que la conquista y colonización de Hispano-América se realizaron después de semi-africanizada España, después de haber sido destruídas sus últimas libertades; que esa nación, hasta hoy, no reacciona; y que, aunque haya imitado la letra de las monarquías constitucionales, el espíritu público, sus fracciones políticas, sus luchas cívicas, no se han *desafricanizado* todavía: las cuestiones políticas son generalmente personales, las religiosas diríanse fetiquistas... Con todo, como sociólogo, y casi diría como patriota, poseo un firme convencimiento de que España, nuestra venerada y vieja madre patria, la tierra generosísima de Pelayo y de Cortés, la que tan bravamente rechazó á Drake y á Napoleón, reaccionará un día, para ponerse otra vez á la vanguardia del progreso universal; este Renacimiento no sería más que una manifestación final del proceso hipotético que llamo de *desafricanización* de España... Para ello poseen los españoles su antiguo iberismo innato é imperenne; así como descascarando al ruso se halla el cosaco, rascando al español — latino, godo ó morisco, — se halla el ibero. Y la reacción, obra será del ibero, en colaboración con el éuskaro, ambos de

razas purísimas europeas, razas conquistadoras, razas fuertes... Todas las evoluciones de la historia de España, — cartaginezación, latinización, conquista goda y arabeización, — pueden, pues, sintetizarse en la palabra DESIBERIZACIÓN de España; y á la inversa, su actual proceso regenerativo, podría llamarse REIBERIZACIÓN de España... ¡y hasta de las Españas!...

Por otra parte, sabemos que los indígenas americanos, de origen asiático, tuvieron gobiernos tan absolutos cuanto lo fueron las más absolutas autocracias orientales; y que los negros africanos llevan su servilismo á sus feroces reyezuelos, hasta hablarles postrados, besar sus rastros y comer sus excrementos!

¡Con tales antecedentes hispano-indígeno-africanos, no podían improvisar repúblicas, después de la independencia, ya que nada se improvisa en la historia, los pueblos latinos de América! Allí, los Cabildos fueron los únicos baluartes de las antiguas libertades comunales ibéricas, ¡y eran bien pobres baluartes! En cambio, los pueblos norteamericanos tenían, al independizarse, el individualismo republicano en sus ideas, en sus costumbres, en sus instituciones, — en su sangre, — desde los tiempos de César, de Amílcar, de la prehistoria! En éstos, la república es sincera, original, propia; en aquéllos, si adoptaron sus formas, es imitativa, convencional, híbrida... Y si es que «ningún pueblo puede ser grande si no cultiva su propio carácter», prefiero, para nuestra América, los cacicatos abier-

tos, francos, desembozados, y si fuere posible, ¡hasta sus antiguos nombres indígenas! ¡Seamos leales siquiera con nosotros mismos! Aunque acaso es más difícil ser leal consigo mismo que con los extraños...

La *cacicabilidad* de cada nación hispano-americana está en razón inversa á su proporción de sangre europea. Por ello la tiranía de Rosas sobre Buenos-Ayres, que era el más europeo de los Estados de Hispano-América, fué también la más sangrienta de su historia (hoy, después de transformada la Confederación Argentina en República, por la agregación de provincias de más sangre india que dan otro término medio de raza, corresponde ese primer puesto á la República Oriental del Uruguay). Y por ello, á la inversa, en México, que es el pueblo más indígena de América, el despotismo de Porfirio Díaz ha sido el más pacífico y el más largo. ¡Bendito despotismo!!

Creeríase que el cacique, para poseer una psicología de tal, debiera ser siempre mestizo ó mulato... Gente pesimista hay que piensa que ese cargo debe repugnar á un europeo puro; que el éxito político en los países hispano-americanos depende de poseer un color más ó menos subido... ¡No es cierto! La raza fuerte es la blanca, siempre la blanca... Y como la vanidad del europeo, vanidad humana, se halaga caciqueando, tanto como la de cualquier mandingo, explícase bien que purísimos godos, disfrazándose para mandar, se hayan coronado de vistosas plumas y empuñaran una lanza

sangrienta hasta la cuja... Además, es de considerarse, al caso, la Teoría según la cual una raza invasora, aunque se conserve intacta, toma rasgos antropológicos de la indígena, por influencia del medio-ambiente... Bien puede ello pasar, como en lo físico, en lo moral, y hasta en lo político... Si es que lo político, como insinúan ciertos espíritus malignos, no va incluído en lo moral!

Sobre este poder del medio ambiente para modificar las costumbres, y por lo tanto los órganos, y en consecuencia el animal mismo, — sea ó no político, — los naturalistas presentan ejemplos interesantísimos... Entre ellos, ninguno lo es más que el de la *ballœna,* vulgo ballena, la cual, aunque marítima, es tan mamífero y de sangre tan caliente como pueden serlo el asno ó el cerdo... En efecto, diz que en remota edad geológica era cuadrúpedo ó reptil terrestre; pero que, como el *mammuth* y el *megatherium* la fuesen desalojando de prados y montañas, se refugió en los mares; y de tal modo fué adaptándose á este nuevo elemento que, con el tiempo y la costumbre, acabó por echar órganos natatorios, las aletas y la cola. ¿Por qué no había de ocurrir algo semejante á la gente europea que pobló á América, y hasta á Hispano-América?... ¡Ah, sí, es por esa «ley de adaptación» que pululan en los mares revueltos de la política criolla innumerables ballenatos de sangre caliente, pero muy caliente, y tan mamíferos, tan mamíferos, que no tienen otro ideal que hallar la ubre en que han de prenderse! De ahí que, como las ballenas á la

par de los tiburones, los blancos á la par de los mestizos puedan ser tan buenos peces...

XII

La historia de todos los grandes caciques hispano-americanos puede siempre dividirse en *tres períodos,* más ó menos caracterizados: primero, el proceso de encumbramiento ó la conquista de la popularidad; segundo, la consolidación del encumbramiento por medio de arbitrariedades, destituciones, procesos, fusilamientos, en fin, del Terror; tercero, el apogeo, la dictadura triunfante, pacífica, omnipotente. Puede llamársele al primero, período de fascinación; de fuerza, al segundo; al tercero, de paz. Artigas, Rosas, Guzmán-Blanco, Porfirio Díaz, todos pasan por estos tres períodos; después viene la muerte ó la derrota y la expatriación... ¡ó la apoteosis!

El período primero es toda una conquista por la hipocresía; se rige por la *ley de la oferta y la demanda.* El pueblo, las regiones, las facciones, piden sus caciques; ésta es la demanda. Aunque en una república perfecta cada ciudadano debía

ser un aspirante, sólo se presentan, por la apatía general, dos, tres, seis, veinte aspirantes; ésta es la oferta. Cuanto mayor es la oferta en relación á la demanda, menos valor general tienen los aspirantes; valorizándose tanto más alto cuanto mayor es la demanda, cuanto más apremiante es la necesidad de cabecillas...

Por esto, el mejor talento del cacique es el de la *oportunidad.* Debe saber iniciar en el momento psicológico su trabajo de zapa, astuto y silencioso como un cortesano bizantino. Debe saber poner y retirar á tiempo del fuego su olla, y tenerla siempre pronta, como los fonderos el *plat du jour,* para servirla, ni cruda, ni quemada, ni fría, en cualquier instante... Llegado ese nuevo instante psicológico, todo ya á punto de caramelo, se erige en «candidato constitucional»...

Pues aunque cueste creerlo cuando se las ve con su severo continente, su cabello descuidado, su túnica de lino y su rojo gorro frigio, las repúblicas tienen también sus «cuartos de hora» rabelaisianos; el galán que no sepa aprovecharlos, perderá todo el tiempo que gaste en suspiros y serenatas. Su propia limpieza personal peligra, porque, como en las caricaturas y las operetas, esas damas, cuando se enfadan, pasado á solas el instante crítico, suelen arrojar al trovador que espera un beso al pie del balcón, líquidos mal olientes... Y como si tanto escándalo no bastase, cuando gestan algún nuevo infante bajo el disimulado peplo, tienen «antojos» como cualquier ve-

cina, y piden fresas en invierno, ¡y si les dan fresas, quieren pavo, como los «maderos de San Juan, que cuando les dan pan piden queso»!... ¡De damas antojadizas y románticas, *libera nos Domine!*... Mujeres al fin, esas encopetadas señoras de gorro y túnica, son, como el Demonio, según la honda perspicacia de san Ignacio de Loyola, «fuertes de grado y débiles por fuerza»... ¡Guay del tenorio que no sepa hacerse fuerte en el cuarto de hora propicio!... Corrido, avergonzado é infecto como si saliera de una cloaca, tendrá que huir á mudarse de ropa... ¿No es preferible á semejante fracaso, á la ira de una república moderna, la ira de una reina antigua, que, como Isabel de Inglaterra, manda ahorcar, sin ridiculizarlo ni ensuciarlo, al favorito de un día? — Otras veces, no ya los odios sino los amores de algunas repúblicas recuerdan á otra reina, Cleopatra, que, para no dejar testigos de sus depravaciones, hacía decapitar, al aparecer el indiscreto sol, no ya los favoritos de un día sino á los de una noche... Con todo, nunca le faltaron cómplices, por amor... A las repúblicas tampoco les faltan candidatos: ¡por hambre!

En fin, dejando las diademas á los elegantes de la literatura, volvamos, simples rústicos, de Isabel y Cleopatra á nuestros carneros... digo, á nuestros políticos; de la tragedia al sainete, á los caciques que dejamos erigidos en «candidatos constitucionales»... Dejarémosles también, como el «pueblo soberano», alcanzar el cargo que ambicionan...

Y, una vez en el poder, segundo período, se hallarán cada uno con este dilema: ó gobierno republicanamente, según las leyes, y mi gobierno será, por falta de preparación en el pueblo, un desastroso desgobierno; ó gobierno cacicalmente, según las costumbres, y mi gobierno, aunque de orden, será retrógrado, porque, como verdadero cacique que soy, no tengo ideales... Ello no obstará á que el elegido lance sus manifiestos al «pueblo soberano», que, por ignorante y apático, ha tolerado que la «elección» se perpetre por una minoría, facción, región, partido; y le promete un «gobierno de orden, de libertad y de progreso»! Recuérdanme estas promesas á Frank Brown, un clown inglés muy popular en Buenos-Ayres, que ponía en los programas de la función de circo (á la que llama «colosal suceso de hilaridad») un número titulado «maravilloso concierto instrumental y vocal por el campeón artístico del mundo, maestro Frank Brown»; y llegado el número, lo anunciaba así: «¡Voy á hacer un desconcierto, un gran desconcierto!... ¡Atención!... ¡Atención!... ¡Estad todos bien desatentos!... (Aquí, grandes golpes de bombo en la orquesta). ¡Sabed que todo el orbe me tiene en el más alto desconcepto!... En París, Berlín, Londres he desfigurado al lado de Paganini y Rubinstein... Tengo el violín un poco resfriado, pero lo toco con bastante desacierto... Tengo una poquita voz, pero bastante, bastante desafinada...» Si los gobernantes hispano-americanos adolecieran de la ingenua tartamudez del payaso, podrían también

parafrasear así sus retumbantes proclamas, esas proclamas en que prometen «hacer gobiernos de organización y de orden, ser el amparo de las libertades, administrar, economizar, atender y velar por la justicia, merecer aprobación total», etc., etc.: y no se equivocarían mucho en sus traspieses lingüísticos (el de psicología europea por intentar lo imposible, el de psicología criolla por caciquista) cuando dijeran: «¡Voy á deshacer un desgobierno, pero de desorganización y de desorden!... Seré el desamparo de las libertades!... Desmejoraré en lo posible la industria y el comercio!... Desencarrilaré el progreso y desmereceré el desaprecio universal!... Desadministraré, como hombre deshonesto que soy, y por mi deshonor, los caudales públicos!... (Aquí, en la orquesta, grandes y prolongados golpes de bombo). ¡Seré deshonra de la historia!... ¡Desatenderé á todas vuestras justas reclamaciones!... ¡Desvelaré por vuestras vidas y vuestras desdichas!... ¡Todos debéis, pues, desacatar mi desautoridad, oh conciudadanos de quienes desespero unánime desaprobación!...»

Terminado el segundo período, el de la defraudación de las promesas, el del terror, viene, si no se interrumpe ahí la carrera por una oposición reaccionaria y revolucionaria, el tercero, el gobierno pacífico. La carrera cacical nace, pues, como un hilo de agua; en su primera época engrosa el hilo con ríos y rías afluentes; en la segunda, conviértese en torrente devastador; y en la tercera, la benéfica, si llega, en un plácido estancamiento de aguas...

Los tres ciclos son tres vértigos: el vértigo de la popularidad, el vértigo del terror, el vértigo de la tiranía...

XIII

Las periódicas é intermitentes reacciones armadas de la opinión pública en las repúblicas hispano-americanas, son resultado de la inacción habitual del pueblo, que deja hacer pero acumula bilis... Estas crisis epilépticas de las naciones caciquistas son, pues, efectos de su ingénita apatía, que sólo obra por sacudimientos periódicos, breves, semi-inconscientes. A un histero-epiléptico ningún trabajo le cuestan sus convulsiones...

Repúblicas hay que se revolucionan con la regularidad de los movimientos de un péndulo. La Argentina, por ejemplo, hase convulsionado desde 1810, cada diez años: 1810, 1820, 1830, 1840, 1849-52, 1861, 1870, 1880, 1890, 1901.

Estas revoluciones detienen el comercio, y, por afianzar más á los caudillos que triunfan, no mejoran la situación política. Para mejorarla, no bastan estas breves sacudidas, que por su violencia

misma resultan contraproducentes: es necesario el trabajo lento de la gota de agua...

Pero á pueblos perezosos, no se les puede pedir constancia, ni en sus opiniones. Porque una opinión constante significa una convicción hecha, trabajada, martillada, cocida á fuego lento. Las revoluciones sud-americanas son fuegos fatuos. Asustan á las hembras y á los niños (cuando estallan, las viejas se santiguan), hacen desertar á la medrosa plebe de las faenas del campo hechizado, y aprovechan á los hechiceros, hombres astutos que saben sacar partido ¡y hasta partido político! de la superstición y la ignorancia... Casi prefiero á estos fuegos fatuos, el fuego sagrado de la pira que se consumía ante Moctezuma y que hoy se quema ante Porfirio Díaz: porque al pie del ara se cultiva el trigo, y, debajo, se abre la vena de la mina, de donde se sacará el sol de oro que ha de iluminar el Templo...

Es para contrarrestar estas reacciones histero-epilépticas que los caciques usan, como medio de mantenerse en el gobierno, del terror. El terror puede dividirse en tres categorías: el ***administrativo,*** que es consuetudinario y consiste en ejercer una fuerte coacción sobre los empleados oficiales, destituyendo á los que se permiten tener opiniones más ó menos republicanas; el ***suspensorio*** de las libertades y garantías públicas, que algunas Constituciones, como la argentina, autorizan para casos de extremo desorden y denominan «estado de sitio»; y, finalmente, el ***militar,*** ó de sangre, en el

cual, el poder dispone, *manu militare*, so pretexto de sedición y rebeldía, de vidas y haciendas.

Curiosísimos son los medios de que se valen los grandes caciques, una vez en el potro del gobierno, para mantenerse derechos, resistiendo sus corcovos....

Ante todo el boato, que hiere la imaginación de la plebe... El primer cacique español que soñara en gobernar un imperio independiente, un virrey de Nueva-España, comenzó por erigirse una morada de asiático fausto, el histórico alcázar de Chapultepec; y la metrópoli, al saberlo, justamente celosa, lo destituyó á tiempo. ¡Era una afrenta al Escorial!

Después del boato, el homenaje... En una cartilla gramático-religioso-política de tiempos del tirano Francia del Paraguay, léense preguntas y respuestas como las siguientes: «¿Cuál es el mayor crimen que puede cometer un ciudadano? — Murmurar contra las autoridades de su patria. — ¿Qué debe hacer un ciudadano cuando encuentra al presidente de la república? — Descubrirse y bajar la cabeza.— ¿Y si el presidente se detiene? — Arrodillarse.» Y de estos homenajes participa la familia del cacique; como «Carmelita», esposa de Porfirio I, el «Angel tutelar de Méjico»; como doña Encarnación de Ezcurra, mujer de Rosas, la «Heroína de la Federación», á quien se le hicieron los funerales más pomposos que hasta ahora registran los anales del Río de la Plata; y á su hija doña Manuelita, pensaron seriamente algunos fieles en declararla,

por si moría su padre, heredera de su gobierno... Las estatuas levantadas á Guzmán-Blanco, en vida, pululaban en Venezuela.

Después del homenaje de hecho, el incienso de la crítica, mucho incienso, muchos dictados pomposos, hasta sofocar al pueblo arrodillado, como en los antiguos templos persas...

Y como consecuencia del boato, los homenajes y el incienso, — la fascinación. El cacique quiere siempre fascinar, á la manera de los antiguos magos. Fascinar es robustecer la disciplina. Válese para ello de dos medios singulares: la religión católica, con sus ritos deslumbrantes, y especialmente el ejército, con sus galones y bayonetas... Como no pueden ser obispos, casi todos los grandes caciques son «generales».

Y como el hombre, si no es absolutamente indio ó negro, es rebelde á la fascinación, hay que mantenerle por la *disciplina del terror*, que no siempre consiste en el destierro y la muerte... Frecuentemente el cacique se sirve de insinuaciones finísimas y de sarcasmos sutiles... Para mantener siempre de pie al ejército, por los frecuentes pronunciamientos, obligaba Guzmán-Blanco á sus soldados y oficiales á dormir con las botas puestas, lo que era harto incómodo en los grandes calores del verano... Pero la orden se cumplía. Una noche en que el general presidente se paseaba por los cuarteles, observó que un oficialito, acaso por necesitar pedicuro, se había sacado las pesadas «granaderas» y dormía como un bendito... ¡Imponíase

un correctivo ejemplar para que el ejemplo no cundiera! ¿Qué hace entonces aquel cacique rapaz y gran señor? Toma las botas sin despertar al oficial; llama á su ayudante, y le ordena que... busque dos hombres que tengan necesidad de evacuar el vientre, para que cada uno lo haga adentro de una bota. Por miedo á la ira del general... no faltó quienes cumpliesen su orden. Fecho, mandó poner sigilosamente las botas donde estaban, y, de una pieza contigua, se hizo anunciar con estruendo... Todos los milicos, como un solo hombre, pusiéronse de pie, y entre ellos el oficialito, que, con el apuro, se calzó las botas tales cuales se las prepararan... Encarándolo, intimóle Guzmán-Blanco, con amable sonrisa, á que lo siguiese en una excursión urgente; y ¡lo tuvo todo un día, bajo un sol de plomo, con las botas puestas! En aquel clima venezolano, todo fermenta pronto... El oficial tuvo para tres meses de cama. El ejército lo supo, ¡y desde entonces nadie se descalzó para dormir! ¡Era lo que quería el presidente, que, más tarde, en Monte-Carlo, ante un grupo estupefacto de aristócratas, contaba la anécdota, con su fina sonrisa de *bon viveur,* entre dos bocanadas de un «puro» de veinte francos!

XIV

La forma clásica de *enganche* y *reclutamiento de adeptos* del cacique criollo, son los *compadrazgos*. El compadrazgo es una *institución* coadyuvante del caciquismo hispano-americano, así como la Facultad de Derecho, por ejemplo, lo es del Foro. Consistió, originariamente, en el vínculo de amistad, casi parentesco espiritual, que se anudaba entre dos personas mayores cuando una de ellas se hacía padrino de bautismo de un hijo de la otra. En nuestras antiguas costumbres españolas, el vínculo religioso del padrino al ahijado tenía su importancia; se le consideraba un padre espiritual, viniendo á ser, por consiguiente, *copadre* del verdadero padre. De aquí el término «compadre», por eufonía. Como el padrinazgo era respetado, los padres no elegían así como así un cualquiera para padrino de sus hijos, sino una persona de condiciones, capaz de dirigirlos y protegerlos. ¿Quién podría ser esta persona sino el cacique en gestación ó ya efectivo? Cuando un nuevo adepto quería confirmar sus vínculos tácitos al ca-

cique con el concreto del compadrazgo, siempre hallaba oportunidades, pues las familias eran muy largas y nunca faltaba un niño que cristianar...

Es, por consiguiente, muy de notarse que el origen del caciquismo criollo, del vínculo cacical, es *privado* y *religioso*. Tal ha sido también en la historia el origen de los imperios bárbaros: el patriarcado es la primera etapa; la segunda, la sanción religiosa del patriarcado, ó sea el absolutismo teocrático. La familia, y luego la religión apretando los vínculos de la familia. ¡Así prestaron las sencillas costumbres coloniales una peregrina sanción á la institución indígena del gobierno cacical!

Mientras duró la dominación colonial, la palabra «compadre» tuvo en América la misma significación que en la metrópoli. Después de la independencia y singularmente al comenzar las luchas internas de la «organización» política, fué cuando adquirió un matiz político, llegando luego á significar «compañero, amigo, aliado, partidario, copartidario»... Cuando se lee la correspondencia de cualquier caudillo hispano-americano, escrita durante esta época de la «organización», época de desorganización por excelencia, admírase la cantidad innumerable de ahijados que debería tener, pues las cartas á sus adeptos las encabeza siempre con las palabras «mi estimado compadre», «mi querido compadre y amigo» y firma «su compadre», «su atento servidor y compadre», etc. Es que ya entonces se había desnaturalizade la genuina acepción del vocablo. Fué más tarde, cuando el ca-

ciquismo criollo asumió formas menos ingenuas en las ciudades, que la palabra «compadre», como hemos visto, significó gaucho, campesino, rústico, chusco ó *guaso*.

En esas famosas épocas de la «organización», el segundo período de la carrera caciquista suele caracterizarse por un hecho original y carnavalesco al rojo blanco: la otorgación al cacique, por asambleas y congresos delirantes, de un título propio, nuevo, tan sonante como fuera posible hallar... Á Santa-Cruz, un mestizo aymará, sacerdote apóstata, general improvisado y cacique idiosincrásico, en Bolivia se le llama «Supremo Protector»; á Rosas, «Héroe del Desierto»; á Fructuoso Rivera, un gaucho oriental, mestizo ó mulato, rapaz é ignorante, «Padre de los Pueblos». Con un poco más de inspiración oriental se les llamaría «Hijo del Sol» como á Atahualpa, ó «Principio de la Divinidad» como á los emperadores de la Gran China... Y no siempre basta á los prosélitos el dar — ¡con todas las formalidades de una ley constitucional, naturalmente! — un solo título á sus caciques, por rimbombante que sea: al «Padre de los Pueblos» se le llama también «Columna de la Constitución»; al «Héroe del Desierto», «Restaurador de las Leyes» y «Defensor de América»!... Verdad es que hoy ya no se estila adjudicarles tales títulos en los parlamentos hispano-americanos; pero sí en las gacetillas políticas y en los discursos de comité... Por lo menos se les saluda, con música de Verdi, como á Radamés: — *Salvatore di la patria!*

XV

Siempre ha juzgado á los grandes caciques criollos, la clase patricia, como palurdos. Rara vez lo son, sin embargo. Explícase el error, que es arraigadísimo prejuicio, por dos razones. Primera: una antipatía aristócrata al caudillo demagogo, ya que todo gran cacique basa su poder sobre su popularidad en la mayoría, ó sea la plebe. Segunda: porque, para acaudillar esa plebe, él debió ante todo captarse su confianza, y para captarla, ponerse á su nivel, *afectándose* su igual, con el disfraz de rústico... — La crítica malevolente no quiere ver más que ese disfraz degradante... La leyenda de absoluta barbarie con que la gente de las ciudades rodea á los caciques de las campañas, esos «Atilas», esos «azotes de Dios», casi nunca es historia.

Es cierto que los caciques gobiernan casi siempre *como* bárbaros; pero ello es porque las huestes gobernadas, más que ellos mismos, son bárbaras. Aunque los «historiadores» (que como tales pertenecen á la clase ilustrada) tilden de ignorantes á

los Artigas, Estanislao López, Urbinas, Flores y Mosqueras, éstos no fueron, en general, de una cultura inferior á los Miranda, Bolívares, San Martines y Rivadavias, á los «estrateges» y á los más ó menos fracasados estadistas... Habría sido en Inglaterra, Rosas, un distinguido *country gentleman;* García-Moreno, en España, en caso de seguir la carrera del sacerdocio á que lo impulsaba su misticismo, hubiera quizá alcanzado, como algún pariente, el capelo cardenalicio.

Pero también es verdad que después de largos años de acaudillar bárbaros, muchos caciques concluyen por perder su original cultura, y algunos, por barbarizarse hasta la médula... Pásales lo que á ciertos cómicos que, una vez posesionados y triunfantes en un gran papel, ponen algo de él en todos los demás que se les encomienda; si un Talma se apasiona de Hamlet y continuamente lo representa, corre el riesgo de hamletizar después á Otelo, á Fígaro, hasta á Tartufo.

No se domina la turba sino por una cierta *superioridad concordante,* y esa superioridad no puede hallarse en simples rústicos. Por ser más inteligente que el indio cautivo, Robinson le pone el pie sobre el cuello; los náufragos europeos que llegan á asimilarse á las tribus salvajes, las gobiernan. El mal está en que la *verdadera* superioridad de los mejores ciudadanos, de los ciudadanos de espíritu europeo, es casi siempre, respecto á la plebe criolla, á la plebe hispano-indígena-africana, una *superioridad discordante.* De ahí que

los caciques no sean, ni tan bárbaros ni tan cultos: su superioridad concordante es *intermedia.*

El general José-María Paz, uno de los mejores estrategistas argentinos, que escribió sus «Memorias» con cesárea elegancia, nos da, en la historia de América, uno de los más conmovedores ejemplos de superioridad discordante. Vencedor siempre en las batallas, jamás supo amoldarse, durante las guerras interminables civiles, á la política caciquista. El mismo nos lo dice: «Jamás seré ni podré ser caudillo; como militar de orden puedo servir de algo, como caudillo nada». Y este militar de orden que nunca fué derrotado porque usaba armas europeas, al hacer una vez un reconocimiento cerca de un campo de «montoneras» enemigas, fué sorprendido por gauchos que le «bolearon» el caballo y tomaron preso para muchos años... He ahí el peligro que corren los redentores de la plebe hispano-americana: que, sin comprenderles, un brazo anónimo les «bolee» el Pegaso...

En las costumbres de los gauchos montañeses hay un bellísimo símbolo de estas caídas de hipógrifos: lo que llaman «remontar el cóndor». Al cóndor prisionero, vácianle las pupilas con una punta de ardiente hierro, y luego lo sueltan. Con majestuosos aletazos, el cóndor ciego se levanta en una línea recta perpendicular al suelo, y vuela y vuela hasta perderse de vista; siempre derecho, como temiendo chocar con invisibles montañas; siempre derecho, buscando la luz... Y cuando llega á alturas irrespirables, no logrando vencer las tinie-

blas que le rodean, plega las alas, baja la cabeza... y se desploma. Su muerte es la del reformador sin esperanzas, que, entre sombras, cae sobre el punto de partida. ¡Cuánto más feliz el águila que, bebiendo luz y más luz, en el espacio, alcanza, si la fulmina el rayo, un fin breve y deslumbrante: la muerte de los héroes cantados, en las epopeyas de los pueblos blancos, por Homero y Ossian!

XVI

Cuando una nación es orgánicamente monárquica ó republicana, su forma de gobierno no es nunca una abstracción independiente de sus demás actividades, — industriales, científicas, artísticas, literarias, — sino que, por el contrario, se proyecta en todas las esferas de la vida nacional. Monarquiza ó republicaniza los talleres, los laboratorios, las artes, los libros. Pues bien, lo mismo ocurre con el régimen cacical. Si se arraiga en la política de un pueblo, lo *caciquiza* todo: salones, usinas, academias, clubs... Está en el aire que se respira: y médicos, abogados, artistas, funcionarios, todos caciquean, es decir, todos re-

conocen tales ó cuales caciques profesionales que se imponen por el terror. Y ¡guay de los simples *particulares* que se rebelen! Porque en un círculo cacical cualquiera hay que distinguir siempre: el gran cacique, los caciques menores y los *particulares,* los súbditos. Estos «particulares» deben pleito homenaje al gran cacique, y apenas si los caciques menores tienen el derecho de poseer una relativa individualidad opinante. Si un médico gran cacique dice: — «Este sujeto está enfermo de pulmonía», — todos los médicos deben creerlo, aunque su enfermedad sea un quiste del hígado. El «particular» que se permita contradecir al gran bonete... — *¡pardon!* al gran cacique, — será en adelante, si no se le presentan circunstancias muy favorables, un hombre al agua. Fulmínalo éste; y los caciques menores (por miedo al grande y á que el «particular» llegue á ser uno de sus rivales) lo escribirán en su index... Y la mano invisible del Desprestigio cerrará la boca del imprudente con un candado cuya llave llevará en adelante en su bolsillo el gran cacique.

XVII

Caben dos criterios para juzgar todo cacique hispano-americano: el europeo y el criollo. Juzgado á la europea, *á la republicana,* es siempre un déspota odioso. Juzgado á la criolla, puede ser, según los casos, benéfico ó maléfico, simpático ó antipático.

Pues bien, no sólo los autores que escriben en Europa, sino los hispano-americanos de cultura europea, juzgan frecuentemente á estos caciques más ó menos blancos, con el criterio republicano. ¡Error!... ¡Horror! Dicen como los niños: — «Esta higuera es mala porque da higos que á mí no me gustan. ¡Qué buena sería si diese ananáes!» — ¡Déjese á la higuera que rinda higos, siempre higos, y hasta algunas veces brevas; pero no le pidan, ni injertada, ananáes! ¡No se pida á los gobernantes hispano-indígeno-africanos, que gobiernen como el Parlamento inglés ó como Mac-Kinley! Y si del tronco de la higuera se quiere hacer un santo, aplíquesele de rodillas, ante los

altares de la historia, golpeándose la frente, la advocación de la vieja del cuento andaluz:

> Santo que de higuera fuiste,
> ¡Cuánto higo comí de ti!...
> Los milagros que tú hagas...
> ¡Que me los claven aquí!

Entre ambos criterios, aconséjoos que, si queréis medrar y llegar también á «ilustre hispanoamericano», elijáis el criollo... «Donde estuvieres haz lo que vieres».

Como á todas las imposiciones de la fatalidad, bendecid el caciquismo ¡oh ciudadanos de nuestra América! No temáis ya, á pesar del pasado, por vuestras vidas y haciendas. Los tiempos críticos que favorecían el desborde de las atávicas pasiones de antaño, no pueden volver, no volverán jamás... ¡Amad, pues, y respetad á vuestros caciques, que velan por vosotros y os dan el ***derecho al descanso***, el más sagrado, más que el de la libertad, que el de la vida, que el del honor! Vivid la retirada vida de los sabios, la modesta medianía de los poetas, ni envidiosos ni envidiados, el sueño de los filósofos, y si podéis, la plácida inacción, la ***aurea mediocritas*** de los presupuestívoros! No olvidéis que los sociólogos modernos han descubierto que el patriotismo reside en el estómago; dejad que otros, á través de las borrascas, gobiernen la nave del Estado, mientras gobiernen á vuestros estómagos buenos almuerzos y mejores siestas...

Si algún miserable pesimista se atreviere á inquietar vuestra digestión hablándoos de despilfarros y concusiones y dolos y desórdenes administrativos y favoritismos injustos y monopolios ejercidos por capitales extranjeros, y deudas públicas siempre crecientes, siempre crecientes... y legados bochornosos al futuro... burlaos de él, con esta sola frase: — «Conozco á mi patria y tengo ciega fe en su porvenir.» — Y que esto sea todo, que si algún día sufriese la patria la irreparable desgracia de perder vuestra preciosa vida, no faltarán oradores y escritores que os proclamen un «sincero, virtuoso y útil ciudadano.» R. I. P.

LIBRO TERCERO

POLÍTICOS HISPANO-AMERICANOS




Juan M. de Rosas

I

Juan-Manuel de Rosas, gobernador de Buenos-Ayres y encargado de las relaciones exteriores de la Confederación Argentina.

Preguntad á un historiador, en la República Argentina, quién fué Juan-Manuel de Rosas, y os dirá: «un tirano». Preguntadlo á un médico y le oiréis responder: «un neurópata». Alguien, muchos descendientes de sus amigos y partidarios, os contestarán: «un gran hombre». Los políticos opinan: «un habilísimo político». Los filósofos: «un hijo de su país y de su tiempo». Los poetas: «un canalla». Olegario Andrade, vate hugiano, dice que, para escribir sobre Rosas, se necesitaría poseer — ¡curiosa dualidad! — «el alma de Nerón y la pluma de Tácito». Para el cronista-historiador Vicente Fidel López, las escenas culminantes de la vida del «tirano» son dignas de Shakespeare; Rosas es un bufón trágico, un Hamlet ingerto en un Falstaff... Y, finalmente, el pueblo de Buenos-

Ayres, al que gobernó con poder omnímodo desde 1829, puede decirse, hasta 1852, execra, como una maldición, su memoria...

¿Qué fué Rosas? ¿Será el caso de aplicarnos, como los escolásticos, á «concordar discordancias», para extraer, de ese cúmulo de opiniones diversas, su verdadero carácter?... Pero así como los magos antiguos poseían á veces una sola palabra mágica para resolver los problemas más arduos, pienso que también éste, el problema de la personalidad política de Rosas, podría ser resuelto por una sola expresión: fué un *cacique gaucho*. Ó sea: fué un prestigiosísimo caudillo de una región habitada por gauchos argentinos, la provincia de Buenos-Ayres, fracción de pueblo, la menos mestizada de Hispano-América, que en ciertas circunstancias históricas impuso á la ciudad-capital y más ó menos á casi toda la «confederación», la omnipotencia de su caudillo.

Para explicarse su actuación política es necesario, ante todo, tener en cuenta la época en que actuó y la configuración geográfica de la Nación Argentina. Dividida ésta en distintas provincias interiores que bregaban por hacerse «estados federales» y una grande y rica provincia-capital que pretendía un gobierno unitario; entregado todo á facciones y caudillos provinciales, el antagonismo del interior pasaba sobre la capital como una sombra funesta... El unitarismo hacíase imposible; las provincias del interior, en gran mayoría, oponíanle su veto; las guerras civiles eran guerras

regionales, de provincia á provincia... López, caudillo de Santa-Fe, y Ramírez, caudillo de Entre-Ríos, llegaron triunfantes hasta la capital misma, donde un grupo de figurones, hombres cultos y teóricos, sostenían el gobierno unitario, que, en definitiva, sería la hegemonía de la provincia-capital... Los caudillos regionales no querían esto, y los figurones de la capital eran impotentes para contenerlos. El localismo, una especie de furor suicida de la unidad nacional, triunfaba en todas partes menos en la provincia-capital de Buenos-Ayres... Y ésta sentía la oposición y la afrenta, y, por consiguiente, un vago deseo de revancha... Pero ¿cómo vengarse? Los personajes unitarios de la ciudad nada podían... Quedaban las masas incultas de gauchos rurales...

Rosas, aunque de familia ciudadana, habíase hecho hombre rural, «estanciero», en su juventud; trabajaba en el campo en un gran establecimiento en Cerrillos, manejando los gauchos de los alrededores. Atacada la provincia por los indios del Sud, los prohombres del Cabildo de la capital nada habían hecho, y Rosas, al frente de un escuadrón voluntario de gauchos, cuya base era la peonada de su estancia, les había combatido y vencido: de ahí arranca su prestigio.

La ciudad lo nombra comandante militar de la provincia. Este título es una confirmación de su autoridad conquistada en la «jornada del desierto». —Así, cuando las masas rurales «porteñas» (de Buenos-Ayres, la ciudad puerto) quieren un go-

bierno fuerte que las defienda, no ya sólo contra los indios sino también contra los caciques provinciales del interior que vienen á robarle sus haciendas, y contra los mismos hidalgos de la ciudad, republicanos de nuevo cuño que hasta ahora han gobernado sin consultar al pueblo, no hay más que un hombre con autoridad suficiente para tomar las riendas de ese gobierno local: Rosas. De ahí surge la dictadura de Rosas.

El origen de esta dictadura recuerda una fábula de Bello: el caballo pide auxilio al hombre para vengar una afrenta que le ha inferido el toro; el hombre se presta á ser instrumento del caballo; lo enfrena, lo ensilla, lo monta, lo guía, lo venga del toro; pero luego le exige, ensangrentándole los ijares con la espuela, que para siempre lo sirva... El toro es el caudillaje del interior; el caballo, el pueblo rural de Buenos-Ayres; el hombre, Rosas. El «federalismo» que alza Rosas como bandera contra los calzonudos y pelucones de la ciudad, unitarios natos, es un pretexto; y Rosas, un astuto demagogo que conoce las pasiones populares, las sirve, y sabe luego servirse de ellas, á su turno, dando rienda suelta á su concentrada ambición personal. Se hace instrumento del pueblo, para hacer luego al pueblo su instrumento.

Verdad es que Rosas hace alianza con los caudillos del interior; que sus primeros pasos en política los da de acuerdo con el caudillo santafecino López, al cual se alía para derrotar á los unitarios de cepa porteña en Puente de Márquez (1820).

Pero no hay que engañarse por las apariencias: el «federalismo» porteño de Rosas es un sentimiento político distinto, y hasta cierto punto antagónico, del «federalismo» provincialista de los caudillos de tierra adentro. Uno y otro tienen sólo de común esto: que son sentimientos regionales y propios de turbas incultas, en lo cual se diferencian fundamentalmente del lírico unitarismo y hasta del federalismo, también lírico, de los hombres cultos de la ciudad-capital. Esta ciudad-capital es la cabeza de la provincia-capital; con el régimen unitario aspira á imponer á toda la república su supremacía; y la república se subleva y se divide en provincias federales. La propia provincia-capital no está muy conforme en que la ciudad-capital prescinda de ella. De ahí que las turbas rurales de esa provincia-capital alimenten un doble sentimiento político de antipatía: primero, contra el caudillaje del interior; segundo, contra el hidálgico orgullo de los gobernantes de la ciudad-capital, que no sólo han soñado con el unitarismo republicano, sino hasta con la monarquía. El ojo político de Rosas percibe esta dualidad, la aprovecha, y en cuanto puede, se inicia contra el partido utópico del unitarismo. Y como no es bastante fuerte para combatirlo solo, se auna á los caudillos del interior; pero una vez que lo ha derrotado, cuando se siente bastante seguro en el gobierno de la provincia y la ciudad-capital, no ahorra humillación á sus aliados de ayer... Para consolidar su gobierno debe ante todo fusionar esa ciudad y esa provincia: lo hace

por medio del Terror. Expatría, destruye, aniquila so pretexto de unitarismo, á los pelucones y calzonudos...

Preséntase tal, *grosso modo*, la política de Rosas. Pero esta política no nos revela más que un temperamento despótico dotado de una inteligencia hábil y enérgica; una pasión del mando por el mando, sin ulteriores ideales de cultura y de progreso; á lo más, el ideal del patriotismo localista, como un caudillo gaucho cualquiera. Estos rasgos generales y sus accesorios son comunes á todo cacique hispano-americano. Faltan aquí los rasgos particulares, que distinguen á uno de otro, que dan á cada cual su fisonomía moral propia. Políticamente todos son semejantes, diferenciándose según el tiempo y la región en que actúen; pero todos ellos, individualmente, presentan caracteres personales interesantes, como que nunca son, por más que se pretenda, hombres vulgares... Siempre, la política de un tirano es más clara, más uniforme, que su individualidad humana; su personalidad política que su personalidad privada. La política de un Nerón ó de un Felipe II es sociológicamente neta y una; las personas de Felipe II y de Nerón son, como la de todos los hombres descollantes, complejas y múltiples. Tal la de Rosas, llena de claroscuros. La designación de neurópata es vaga, aplicable al pobre de espíritu y al hombre de genio; deberíase dibujarlo, si se quiere enterar al público, con rasgos más precisos. Además, si la política de un déspota, en conjunto, puede com-

prenderse haciendo abstracción del hombre, no así en detalle. Para profundizarla, para hacer, más que historia, psicología de la historia, se necesita conocer al hombre de cuerpo entero. No bastan las palabras enigmáticas de la sibila para comprender todo el misterio; es necesario conocer á la sibila. Y es más instructivo y agradable hacer psicología de la historia, que hacer simplemente historia. — Hemos visto la política del hombre, veamos ahora el hombre de esa política...

Rubio, blanco y de ojos claros, Rosas nació de sangre hidálgica, acaso azul, por lo menos «goda» sin mezclas. Su padre fué un capitán del Rey, hombre mediocre; su madre, activísima matrona, dirigía, con singular energía, á la antigua usanza española, las muchas personas y las ricas haciendas de la numerosa familia colonial. Como esta señora quisiera obligar á Juan-Manuel á formarse en el comercio de tienda, éste se rebeló por ciertas menudencias del servicio, desde el primer día; encerrósele á pan y agua, y durante la noche, se desnudó, dejó todas sus ropas y abandonó la casa paterna, dejando con lápiz escrito en un papel: «Dejo todo lo que no es mío». Firmaba «Juan-Manuel de Rosas», con s, cuando su nombre de familia, Ortiz de Rozas, era con z. El adolescente prometía ya el hombre.

Desnudo, buscó refugio en casa de unos parientes, hacendados de grandes tierras, los Anchorena, quienes le dieron ropa y le habilitaron para

que fuera á trabajar al campo. ¡La suerte estaba tirada!

Trabajando en las soledades de la Pampa, fué donde debió adquirir la idea fija de su vida: acaudillar, mandar, constituirse en cacique gaucho. No tardó en hacerse una posición. Parco en su sexualidad, sobrio en el comer y beber, sin los vicios de la plebe, como el jugar; activo y enérgico como su madre, trabajó sin descanso; astuto, fino, adoptó el traje, los usos y la lengua gauchesca, en la que hablaba y aun escribía según á quien se dirigiera (hizo una vez copiar cinco veces una carta porque su amanuense escribía «jesuitas» y no «jesuditas», como decía el guaso á quien la carta iba dirigida); no pretendió hacer subir hasta él el gaucho, sino que él bajó hasta el gaucho... Su primera política fué, como la de todo cacique criollo, la de la ***sugestión afectiva***. — Con esa base ya emplearía más tarde la sugestión por el Terror, segundo grado de la política cacical. — Pero no llegará al tercero y último grado, al ***despotismo pacífico***...

Su idea fija del mando hace de él un mixtificador continuo; primero para adquirirlo, luego para conservarlo. Por eso se ha dicho que fué «una mixtificación para todos, excepto para sí mismo». En la campaña parece campesino y es burgués. En el orden nacional habla de patria y es localista. Se dice federal y es concentrador. Habla de una Santa Causa Americana, cuando nadie atenta contra América. Tal vez se refiere á las intromisiones de Europa, y en esto prevé nebulosamente una

doctrina de Monroe, que nunca llega á formular por falta de cultura y de ideales... Esta falta de ideales es precisamente característica de todo cacique hispano-americano. — Cuando en su destierro de Southampton le recuerda un grande ex-personaje los veinticinco años de batallas de su gobierno, y agrega: — «¡Lástima que no pudiéramos constituir constitucionalmente el país!», — el ex-gobernante le contesta, que eso nunca fué su intento... Su intento no era otro que el de todo cacique hispano-americano: el poder por el poder...

Su temperamento era nervioso; cambiaba de colores y aspecto como un camaleón. El crítico vulgar lo supone un gran «cómico»; el psicólogo diría un notable caso de *poder auto-sugestivo.* No poseía valor personal y bélico, por lo que se le ha tildado de «cobarde»; pero sobrábanle audacia y energía. Era meticuloso en el manejo de los fondos públicos, detallista y formulista; satírico, arrogante, ponía frecuentes sobrenombres más ó menos ofensivos á sus enemigos, y á veces, á sus mismos partidarios; siempre necesitaba tener una víctima cerca para hacerla blanco de sus burlas, á veces crueles, á cuya necesidad respondían los locos-histriones de que se rodeaba y á los que solía tributar sangrientos honores... Aceptaba dádivas de la Junta de Representantes, pero no robaba, como hubiese podido, del erario. Por otra parte, gracias á su habilidad de estanciero, era acaudalado. Si no hubiese distraído su tiempo gobernando, y continuara sus anteriores faenas de ganaderista, habría

llegado á ser uno de los más ricos, sino el más rico, de los patricios de su tierra.

Un grafólogo señalaría ante todo en su letra la nitidez de los detalles y la abundancia de curvas ociosas. De viejo, desterrado en Southampton, donde hacía la vida rural de un *country gentleman*, sus cartas eran notables por su estilo machacón y repetido y por la manía de los acentos ortográficos: ¡acentuaba casi todas las palabras! Y es de advertir que en este prurito de acentuar y detallar es la antítesis completa de la pereza hispano-americana... Ahí se revela, respecto á la plebe, su *superioridad concordante*: criollo, pero, sin llegar á europeo, más activo que los criollos.

Hásele comparado con Nerón, Tiberio, Calígula, Pedro el Cruel, Pedro el Grande, Felipe II, Luis XI... Thiers lo llamó *brigand* en el parlamento. Y un *attaché* á la legación francesa en Buenos-Ayres, Alfredo de Brossard, danos de él una excelente fotografía, acaso la mejor que existe... «El general Rosas, — dice en *Les Républiques de la Plata,* — es un hombre de talla mediana, bastante grueso y dotado, según las apariencias, de un gran vigor muscular. Sus facciones son regulares; tiene la tez blanca y los cabellos rubios, y no se parece en nada á un español. Su fisonomía es una notable mezcla de astucia y de fuerza. Es generalmente tranquilo, y aun bastante dulce; pero, por momentos, la contracción de los labios le da una singular expresión de voluntaria dureza. — Se expresa con mucha facilidad, y como un hombre

perfectamente dueño de su pensamiento y su palabra. Su estilo ***hablado*** es muy desigual: ya se sirve de términos escogidos y aun elegantes, ya cae en la trivialidad. Hay acaso algo de afectación en esta manera de expresarse. Sus discursos no son nunca categóricos; son difusos, complicados de digresiones y de frases incidentales. Esta prolijidad es evidentemente premeditada y calculada para confundir al interlocutor. Y, en efecto, es bastante difícil seguir al general Rosas en las vueltas de su conversación». Tal es la impresión ***de visu*** de un sagaz observador que lo contempla durante una conferencia diplomática de cinco horas... «Decir todas las frases de esta conferencia que se prolongó cinco horas, sería imposible: Rosas se mostró ***tour á tour*** consumado estadista, particular afable, infatigable dialéctico, orador vehemente y apasionado; representó, según los momentos, con una rara perfección, la cólera, la franqueza y la bonhomía. Se comprende que visto frente á frente, pueda intimidar, seducir ó engañar.» Y allí se trataba de engañar, seducir ó intimidar nada menos que á un plenipotenciario como el conde de Wolewski, mandado expresamente á solucionar el interminable conflicto franco-argentino. ¿Creéis que todo pudo arreglarse en la conferencia? Absolutamente; quedaron como antes de iniciarla; y Rosas mandó entonces al diplomático á que se las entendiera con su ministro Arana, personaje moroso y vacilante que pronto le ultimaría la paciencia...

Tan favorablemente nos lo pinta un observador que, como francés, debió ser enemigo; oigamos ahora á otro enemigo, pero connacional, Rivera-Indarte, que presencia y aprecia los sucesos desde la otra orilla del Plata, lejos de las garras de la fiera y del puñal de la Mazorca... «Las cárceles se hicieron lugares de horrible sufrimiento, — nos dice en las columnas de «El Nacional» de Montevideo. — Amontonados los presos en calabozos fétidos y húmedos, privados de toda comunicación con sus familias, y hasta de la luz del día, si no era las horas en que ellos personalmente tenían que hacer la limpieza cargando enormes barriles de inmundicias; obligados á alimentarse con dos pequeños pedazos de mala carne cocida en agua inmunda y sufriendo verdadera hambre; privados de toda asistencia en sus enfermedades y de todo consuelo en sus últimos momentos, cubiertos de andrajos, gusanos y de miserias; eran y son con frecuencia diezmados por el verdugo, y todo esto sin notificación de la causa de tales padecimientos, sin que les sea permitido decir nada en su favor. Jóvenes, viejos, comerciantes, eclesiásticos, abogados, literatos, pertenecientes todos á la primera clase de la sociedad, arrastran en esas horribles cloacas pesados grillos. Casi diariamente uno ó dos de ellos eran llevados á la muerte, y no pocas veces fusilados á pocos pasos del calabozo común, sin que les hubiera sido permitido arreglar sus negocios, dar sus últimas disposiciones, dejar una palabra á su familia. Los perros de la cárcel,

únicos encargados de limpiar el suelo enrojecido por las víctimas, lamían la sangre que vertieran. Sus cadáveres, arrastrados con escarnio hasta la puerta de la cárcel, se llevaban en un carro sucio, y se lanzaban á una zanja del cementerio, sin que fuese permitido á las familias de los ejecutados consagrarles una sepultura, marcar con una cruz el sitio de su última morada. El vestir luto, el llorar por los asesinados por Rosas, es crimen. Más respetados eran, sin embargo, esos cadáveres que los de centenares degollados en campaña. A éstos se les desuella, se les castra, se les descabeza, se les hace *maneas* de su piel, se come su carne por diversión, y se dejan insepultos, pasto de las fieras y juguete del viento. Tiene pena de muerte el hombre piadoso que se atreve á cubrir con un poco de tierra uno de esos cadáveres...» En las «Tablas de Sangre», estadística más ó menos verdadera ó fantástica de las víctimas del Terror, que levanta este mismo Rivera-Indarte, preséntasenos el siguiente «resumen general»:

Envenenados.	4
Degollados	3,465
Fusilados	1,393
Asesinados	722
Muertos en acciones de armas.	14,920

Mueren, según cálculo muy bajo, en escaramuzas y persecuciones que han precedido á las batallas y combates generales, fusilados y lanceados por deserción, en la formación de los diversos

ejércitos que han combatido desde 1829 hasta este momento (1845), debiendo advertir que Rosas ha castigado con profusión bárbara hasta el conato de desertarse	1,600
Estas diversas partidas dan el total espantoso, atendida á la escasa población del Río de la Plata, y teniendo en vista que las cantidades que figuran en estos resúmenes son muy reducidas, y que otros muchos no entran en ellos por no haber llegado á nuestra noticia de un modo preciso, pero que indudablemente existía.	22.030

«Le cuestan al Río de la Plata los gobiernos de Rosas, por los cálculos más bajos, *¡veinte y dos mil y treinta* habitantes! los más activos é inteligentes de la población; muertos á veneno, lanza, fuego y cuchillo, sin formación de causa, por el capricho de un solo hombre, y casi todos privados de los consuelos temporales y religiosos con que la civilización rodea el lecho del moribundo. La inmigración de las familias argentinas que han huído de los gobiernos de Rosas y se han asilado en la República Oriental, en el Brasil, en Chile, Perú y Bolivia, no bajó de treinta mil personas. ¡Qué administraciones tan caras las de Rosas! Qué precio tan subido cuesta á Buenos-Ayres la *suma de poder público,* la *maz-horca* y el placer de estar gobernados por Rosas!» Y el mismo Rivera-Indarte proclamaba, desde la prensa montevideana, que «era acción santa matar á Rosas», y así lo demostraba con gran abundancia de argumentos filosóficos, históricos, jurídicos y hasta teológicos; con

infinitas citas de Horacio, Virgilio, Séneca, Grotius, Rousseau...

Pero las grandes matanzas, más que obra de Rosas, lo fueron de sus gauchos. Estaban preparados, por gigantescas carnicerías de ganado, para la de hombres: conocían, á través de muchas generaciones, los vapores de charcas de sangre que parecían mares... Los animales vacunos y caballares que, traídos de España en 1534, por el adelantado D. Pedro de Mendoza, y abandonados luego en las fértiles y dilatadas llanuras, habíanse prodigiosamente multiplicado ya en los primeros años del coloniaje. «Recorren la Pampa — escribe Robertson — vacadas de treinta y cuarenta mil cabezas, y el infeliz pasajero á quien acaece dar en medio de ellas, se detiene á veces muchos días para poder desembarazarse de esta innumerable muchedumbre que llena la superficie de la tierra...» «El sistema de que se valen las peonadas de los *accioneros* que tenían derecho de *vaquería,* es decir, de matar vacas, otorgado por el Cabildo de Buenos-Ayres, — dice el padre Cattaneo, — para hacer en brevísimo tiempo tantos estragos, es el siguiente: se dirigen en una tropa á caballo hacia los lugares en que saben se encuentran muchas bestias, y llegados á la campaña completamente cubierta, se dividen y empiezan á correr en medio de ellas, armados de un instrumento, que consiste en un fierro cortante de forma de media luna, puesto á la punta de una asta, con la cual dan un golpe al toro en la pierna de atrás,

con tal destreza que le corta el nervio sobre la juntura; la pierna se encoge al instante, hasta que después de haber cojeado algunos pasos, cae la bestia sin poder enderezarse más; entonces siguen á otro toro ó vaca, que apenas reciben el golpe se imposibilitan para huir. De este modo, diez y ocho ó veinte hombres postran en una hora siete ú ochocientos. Imaginaos qué destrozo harán prosiguiendo esta operación un mes entero, y á veces más. Cuando están saciados, se desmontan del caballo, reposan y se restauran un poco. Entretanto, se ponen á la obra los que han estado descansando y enderezando los animales derribados, se arrojan sobre ellos á mansalva, degollándolos, sacan la piel y el sebo, ó la lengua, abandonando el resto para servir de presa á los cuervos». Con esta educación y atavismos de crueldad inquisidora é indomalaya, se comprende la posibilidad de las cifras que arrojan las citadas «Tablas de Sangre»: mataban á los enemigos como á los toros salvajes...

Cualesquiera que sean las exageraciones partidistas, es indiscutible que Rosas gobernó por el Terror, el cual, bajo la hegemonía de Buenos-Ayres, extendíase por toda la Confederación Argentina, confederación no de provincias entonces, ni de estados, sino de bárbaros cacicatos. — El momento más crítico de la tiranía, por verse asediada de ejércitos opositores, fué el año de 1839; y después de vencidas esas dificultades, el subsi-

guiente año de 1840, el período álgido de la Venganza y la Intimidación. «La ciudad de Buenos-Ayres estaba silenciosa, — dice un coetáneo, Víctor Gálvez, en sus «Memorias de un viejo»; — las calles sin gente, y los pocos, muy pocos que por necesidad ó por miedo salían, iban á los sitios solitarios... Todos estaban aterrados; aterrados por el miedo que infunde un espíritu desconocido que no se puede evitar, y que era preciso esperar sin aparecer que se temía. Las madres temían por sus hijos, por sus maridos, por ellas mismas, por sus hermanos, por la familia entera.» Los criados, los negros y mulatos, que constituían la casi totalidad del servicio doméstico, adictos á Rosas por no sé qué obscura ley de servilismo atávico, eran siempre posibles espías. Una palabra indiscreta podía comprometer la vida ó la fortuna: no se podía ni reconvenirles, ni mirarles con severidad; la tiranía estaba en los de abajo, esa tiranía obscura, inconsciente, anónima, que no está representada por un hombre, sino por una muchedumbre, por chicos, por mujeres, por todos. Ni en sueño se estaba seguro porque una pesadilla podía revelar un secreto... ¡Cuántas muertes han tenido en ello origen! Los que han vivido siempre en el goce de sus libertades legales no saben, no conciben lo que es esa vida de temor incesante, en la cual el espíritu se apoca porque teme por todos; porque no es la fuerza ni el valor lo que salva: es la fatalidad que arrastra!» El fantasma de la Delación se veía en todos los rincones, atisbaba

detrás de todas las puertas... «Los niños eran tristes porque la tristeza es contagiosa».

El principal órgano de acción del Terror era la «Sociedad Popular Restauradora», constituída, por iniciativa de un grupo de particulares, con objeto de apoyar la dictadura, en 1835, cuando la junta de Representantes y un plebiscito (!), representando una grotesca farsa de gobierno republicano, concedieron á Rosas la «suma del poder público», que éste aceptó después de hacerse mucho de rogar y de reiteradas renuncias. Y el órgano victimario de la «Sociedad Popular Restauradora» era la «Mazorca», grupo de foragidos que degollaban á los presuntos opositores y rebenqueaban á sus mujeres, arrancándolas de sus lechos, en largas noches trágicas; ó porque tenían correspondencia con el «traidor» Lavalle, ó porque no usaban divisas federales, ó porque guardaban cortinas y lazos celestes, color emblemático de unitarismo; procediendo siempre sin orden expresa, por insinuaciones esbozadas... ¡Pero contando siempre con la impunidad! Así era Rosas: él no ordenaba los crímenes necesarios á su sistema; pero los sugería, los perdonaba, y hasta premiaba á sus fautores... Cuando él condenaba á muerte, siempre era por medio de jueces aparentemente legales, y después de un largo expedienteo á la española.

En ciertos momentos, la «Mazorca» se desbordaba en un río de sangre... «A media voz se decía cada mañana cuántos y quiénes habían sido dego-

llados, qué casas habían sido asaltadas, qué damas azotadas con vergas é infamadas con las pardas coloradas (divisas) pegadas con cola...» — «El club de jacobinos, en 1793, no fué más terrible á la antigua nobleza de Francia, — escribe un funcionario francés que estuvo con el almirante Mackau y que presenció los horrores de 1840 *(Revue des Deux Mondes, 1er février 1841, Affaires de Buenos-Ayres)*. — Compuesto de una reunión de personas sin carácter, manchados la mayor parte de crímenes, de la hez del pueblo, se sostiene, en fin, por el terror que inspira. Se llama «Sociedad de la Mazorca» del maslo de maíz: los asociados pretenden que están unidos entre sí como los granos del maíz sobre la planta...»

Sobre el origen de este símbolo, hase dicho que proviene de un juego de las palabras «más horca»; que, porque la pedían sus miembros componentes, que como criollos no pronunciaban la *z*, llamáronse la «Mazorca». Pero esta explicación no es muy verosímil, porque horca no ha sido usada sino por excepción en el Terror argentino: era una muerte demasiado suave. Fusilábase, lanceábase, «estoqueábase», degollábase, y hasta con daga mellada (á lo que los mazorqueros llamaban «tocar violín» y «violón»); pero nunca se ahorcaba. Más aceptable es interpretar el símbolo como un instrumento de suplicio y de degradación. Así aparece por primera vez, cuando se festejaba el advenimiento de Rosas á la dictadura; en las siguientes cuartetas de un poeta anómino, exhibidas, en el embanderamiento

de las calles, en una gran inscripción, debajo de una enorme mazorca de maíz, y transcripta, como una *trouvaille*, en el diario oficial:

¡VIVA LA MAZORCA!

Al unitario que se detenga á mirarla

Aqueste maslo que miras
De rubia chala vestido,
En los infiernos ha hundido
A la unitaria facción;
Y así con gran devoción
Dirás para tu coleto:
«Sálvame de aqueste aprieto
¡Oh Santa Federación!»
Y tendrás cuidado
Al tiempo de andar,
De ver si este santo
Te va por detrás.

Peligroso es, pues, formular un juicio definitivo sobre Rosas. Bástenos arribar á la siguiente definición: fué un cacique criollo, de origen español puro, que gobernó por el Terror, durante una veintena de años, en la época más difícil, la entonces más ingobernable región de Hispano-América. De esta definición emergen dos corolarios: no podía ser un hombre progresista ni normal. Progresista, porque hubiera escollado contra la barbarie gaucha. Normal: porque para dominar con barbarie se necesitaba una crueldad imposible en un europeo sano,

después de tantos siglos de herencia psicológica cristiana. Era, pues, un neurótico; pero su morbidez no fué la neurosis de progreso del hombre de genio, sino la de infatuación y ausencia de sentido moral del degenerado superior, el atávico, misterioso intermediario del Heroísmo y la Locura.



G. Garcia Moreno

Torquemada - Emperador

II

Gabriel García-Moreno, presidente del Ecuador

Ni sobre Inocencio III, ni sobre Luis XI, sobre ningún personaje histórico, existen juicios más contradictorios que sobre Gabriel García-Moreno, el famoso presidente del Ecuador. Abrid una bien documentada historia hispano-americana que no sea ecuatoreña, y leeréis pasajes incidentales como éste: «García-Moreno, el más inicuo de los déspotas; asesino, traidor y ladrón...» En otros estudios, y de críticos notables, oiréis aclamarlo «Caballero del Derecho; vengador y mártir; poeta, orador, químico y estadista tan grande como Carlo-Magno y tan santo como San Luis rey de Francia...» — «¡Hum! — dirá entonces el lector frunciendo desagradado el entrecejo. — ¡Esto huele á sectarismo religioso, y en pleno siglo XIX!... El rompecabezas no vale la pena de resolverse.» — Sin embargo, ¡el rompecabezas debe resolverse! García-Moreno es algo más que un sectario apa-

sionado: uno de los notables gobernantes criollos. Aun más: su gobierno es *único* en la historia contemporánea, pues no existe otro en que la acción se haya amoldado tan estrictamente á los principios absolutos de la Iglesia Católica, á punto de que los ultramontanos puedan hoy presentarlo en sus escuelas como arquetipo de estadistas. Si Godofredo de Bouillon resucitase en nuestros tiempos, adoptase un confesor jesuita y gobernara, gobernaría como García-Moreno. La sangre que llegaba hasta las rodillas en el templo de Jerusalén, llegaría hasta la cintura en una nación europea, ilustrada y republicana... ¡Pero la República del Ecuador no era entonces una nación europea, ni ilustrada, ni republicana!

Veamos, pues, en qué estado estaba esa «república»... Ante todo, su población: componíase, según cálculos aproximativos, de tres cuartas partes de indígenas, tres octavas de mestizos y una octava de blancos españoles. Su clima: aunque en regiones montañosas, ecuatorial. Su posición geográfica: sobre el Pacífico. Sus antecedentes: tres siglos de coloniaje según el sistema de absolutismo español. En este sistema de aislamiento, fué la colonia *más aislada* de Hispano-América: no se podía comunicar directamente por el Atlántico con Europa, como Méjico, Centro América, las Antillas, Colombia, Nueva-Granada, el Río de la Plata; ni por un pequeño desvío en la ruta de sus buques, como Chile; ni fué tan rica y codiciada de propios y corsarios extraños, como el Perú y el Alto-Perú.

Carecía de caminos expeditos, dificilísimos de construir y mantener á través de montañas y pantanos; á principios del siglo XVII proyectóse uno de Quito á la bahía de Caracas, que no se llevó á cabo porque el virrey de Bogotá se opuso, diciendo que era abrir paso á los piratas que infestaban los mares, ¡y el siglo XVII duraba hasta fines del XIX! Y tanto, que aun entonces, cuando se agotaba el kerosene en épocas de lluvias en que los caminos se hacían impracticables, las ciudades, sin gas ni otro alumbrado público y escasas de recursos, permanecían en la obscuridad más completa, coadyuvando tinieblas materiales á tinieblas de barbarie hispano-indígena... Tanto aislamiento conservó, en Quito, más que en cualquier otra colonia, las rancias ideas teocráticas de los Austria. Pero su catolicismo debió fatalmente viciarse por influencia de la raza indígena, supersticiosa, cruel, y algunas veces de una notable civilización precolombiana. Declarada la independencia, los revolucionarios, siguiendo los rumbos señalados por la filosofía del siglo XVIII, la Revolución francesa y la norte-americana, proclaman la república. — Por falta de *raza republicana* y de educación democrática, cunde la anarquía, que convierte al país, como á las demás ex-colonias españolas, en una bolsa de gatos. Pero aquí, por las apuntadas razones etnográficas, climatéricas, geográficas é históricas, el mal arraiga más hondo, si cabe. ¿Cómo conjurarlo? Con una *monarquía católica*, tanto más factible allí que en las otras «repú-

blicas» hispano-americanas, que hubiera salvado, como en el Brasil, el *Ordem e Progreso*. Desgraciadamente para los ecuatoreños, oponíanse á ello las ideas de la época, en las que estaba demasiado imbuída la clase dirigente. ¡Pues á luchar contra esas ideas surge, como un fantasma de los viejos tiempos, García-Moreno, en una mano la espada del Cid, en otra la cruz de Gregorio VII, y todavía en la oreja, la pluma de Santo Tomás! ¡Adelante!

Observad su fisonomía en los retratos: es elocuente de austeridad y de firmeza. Era un místico, pero un místico de acción. Por eso no siguió la carrera eclésiastica como su hermano mayor, ni hizo, como el segundo, un serio estudio de la liturgia católica. Era de una familia de ascetas y de intelectuales; un tío fué arcediano de Lima; un primo hermano, arzobispo de Toledo y cardenal.

Siguió la carrera del foro, y en cuanto obtuvo su título, lanzóse hambriento á la palestra de la política, como impulsado por un destino ciego. Hizo sus primeras armas como periodista atacando á los «liberales», — entonces triunfantes en el caos de aquella nueva república independiente, — con estilo vibrante y sarcástico, en todas las formas, en prosa y en verso. Como simple ciudadano, perseveró largos años en las filas de los «conservadores», en una oposición radicalísima al «radicalismo».

Por un pronunciamento, el general Urbina asumió la dictadura, en 1851, é inició su política

«liberal» atacando á los jesuitas, cuyo abogado oficioso fué naturalmente García-Moreno. Decidióse expulsarlos. Y cuando partían del convento, rodeados de tropas, el abogado, que aunque enfermo había ido á despedirlos, dijo al superior: — «¡Adiós, padre!... ¡De aquí á diez años cantaremos el *Te Deum* en la catedral!» — Era el juramento de Aníbal, que formulaba á los treinta años de su vida.

Esta expulsión desencadenó las iras de su pluma de jefe de la oposición, cargo que espontáneamente desempeñaba, por convicción y por carácter. Y ¡cosa extraña á su edad en que se apagan en los hombres de acción los fuegos de la musa! atacó en verso, especialmente en una «Epístola á Fabio», que llevaba por epígrafe estos endecasílabos de Moratín:

Yo ví del polvo levantarse audaces
A dominar y perecer, tiranos;
Atròpellarse efímeras las leyes
Y llamarse virtudes los delitos;

epístola en la que desafiaba valentísimamente las iras del dictador, y terminaba así:

Conozco, sí, mi porvenir y cuántas
Duras espinas herirán mi frente,
Y el cáliz del dolor hasta agotarle,
Al labio llevaré sin abatirme.
Plomo alevoso romperá silbando
Mi corazón tal vez; mas si mi patria
Respira libre de opresión, — entonces
Descansaré feliz en el sepulcro.

Urbina amenazólo con la deportación. Respondióle con un artículo virulento en que le comparaba á Tiberio: *Oderint dum metuant.* Parecía sentir, como los perseguidos de Nerón, hambre de martirio. El dictador dió entonces orden de arresto contra García-Moreno y dos de sus cómplices de oposición periodística. Expatrióseles á Nueva-Granada. García-Moreno salió á los pocos días, de incógnito, en momentos en que se le elegía senador. Asilóse entonces en un buque francés y elevó una solicitud al gobernador de Guayaquil, provincia de su nacimiento y que lo había elegido, para quedarse en el país y ocupar la banca del Senado. No levantándosele el destierro, se refugió en Lima, desde donde lanzó, en 1854, un panfleto titulado «La verdad á mis calumniadores», de cuyo ardor nos da muestra, entre otros, este párrafo en que pinta al presidente y su ministro: «¿Queréis saber lo que son, lo que valen mis acusadores? Pues preguntadle á Espinel quién es Urbina, y á Urbina quién es Espinel. En *El Veterano* de 1849, dijo Espinel que Urbina no era general, sino *voluntaria,* palabra de torpe insulto en las provincias interiores del Ecuador, donde se emplea para designar á las Maritornes del ejército; de suerte que con esto le dió á entender que era un cobarde, corrompido, infame como la mujer más envilecida. Por su parte Urbina no fué más amable con su digno ministro; pues en el número 3 de *La Oposición,* le describió en los términos siguientes: «Com»prado por el despotismo, asalariado para difa-

»mar, defiende los abusos del poder; por esto él »escarnece la ley, burla la justicia, ataca la liber»tad y amolda á sus miras el orden público; por »esto interpreta los principios y hace mentir á la »historia; y por esto, cuando habla, sólo habla el »idioma de la difamación y la calumnia... Dejé»mosle en su oficio vil... Siga atacando reputacio»nes, injurias personales, sembrando la discordia, »derramando la calumnia... Siga, pues, en su tarea, »haga progreso en su oficio, gane su pan»... Basta; no es necesario copiar más, para que decidáis qué crédito haya de darse á mis acusadores, supuesto que por confesión de ellos mismos, el uno es un difamador venal, un calumniador de profesión, y el otro el tipo más ruin de la inmoralidad y de la ignorancia.» ¡No las gastaba chicas, el jefe de la oposición!

Formalmente desterrado, dirigióse á París, isla encantada donde cualquier Calipso podría distraerlo, rendido á sus pies como el joven Telémaco... Lejos de ello, parece que fué allí donde mayormente se concentró su espíritu; allí donde, en la meditación y el recogimiento del templo, al cual recién entonces comenzó á asistir, y diariamente, se intensificaron, en su nostalgia del terruño, el misticismo y la tiranía de su temperamento de inquisidor; allí, en fin, donde comprendió que el Ecuador no podía gobernarse sino por el despotismo, y que la única base sólida de ese despotismo, la única que pudiese hacerse carne en aquel pueblo ingenuo, era el concepto terrorificante

de Jehová, que él también, como ecuatoriano típico, llevaba en sus venas. ¡La república y el sufragio popular eran pues palabras huecas para su tierra; de ahí la fragilidad de los gobiernos que se pretendían liberales: el pueblo hispano-indígena no las comprendía, ¡no las sentía! Sólo sentiría á Jehová; sólo comprendería que «la Iglesia católica es la emperatriz del mundo, á quien deben obedecer los reyes lo mismo que los pueblos»... París fué, pues, para aquel nato reformador-cacique de clanes mestizos que se sentía aislado en medio de la civilizada turba de blancos, el luminoso retiro del desierto, los cuarenta días del Huerto de los Olivos. De ahí iba á dar su salto inmenso, como, desde un trampolín improvisado y oculto entre el follaje, la hambrienta pantera, que se agacha sobre la elasticidad en sus elegantes patas para caer sobre la presa largamente ojeada... «Un presentimiento, — dice Luis Veuillot, viendo las cosas á su modo, — ese presentimiento que no falta jamás á las almas grandes, le advertía que con el tiempo tendría algo que hacer por su país.» Preparándose, observó y estudió. «Solo en tierra extraña, desconocido, pero alentado por su fe y su gran corazón, García-Moreno se educó á sí mismo para reinar, si tal era la voluntad de Dios. Aprendió cuanto debía saber para gobernar á un pueblo en otro tiempo cristiano, pero que se estaba volviendo salvaje, y no podía ser conducido de nuevo á la civilización de la cruz, sino con un freno bordado con las chucherías de Europa. Con este fin

trató de ser sabio. París, á donde la Providencia le condujo, era el taller más apropiado para este aprendiz. París cristiano también, pero bárbaro y salvaje al propio tiempo, ofrece el espectáculo del combate de los dos elementos. Tiene escuelas de sacerdotes y de mártires y una vasta fábrica de antecristos, de ídolos y verdugos. El futuro presidente y misionero futuro del Ecuador, tenía ante sus ojos el bien y el mal... Cuando volvió á su lejano país, su elección estaba hecha: ya sabía dónde se hallaban la verdadera gloria, la verdadera fuerza, los verdaderos operarios de Dios. Si fuese menester marcar el punto de donde partió; el último lugar donde quedó ligado su corazón, tendríamos que nombrar su querida iglesia de San Sulpicio, ó tal vez alguna humilde capilla de los misioneros, donde acostumbraba á orar por su patria.»

Después de una serie de largas peripecias políticas, de un alzamiento nacional en que se grita: — «¡Muera la constitución! ¡Viva la religión!» — de negociaciones y batallas, García-Moreno, de vuelta en el Ecuador, es electo presidente, «con facultades extraordinarias.» Sus primeros actos tienden á afianzarse en el poder, reprimiendo al ejército, para substituir el despotismo militar por el despotismo civil. «Quiero que el frac negro mande á la casaca roja, — dice. — O mi cabeza será clavada en un poste ó el ejército ha de entrar en orden.» Y pone un pie sobre la soberanía popular y otro sobre la soberanía del ejército.

Afianzado, su acto más trascendental de esa primera presidencia, un acto único en la historia contemporánea, fué el Concordato de 1861, cuyo objeto no era otro que poner en vigencia al pie de la letra, en el Ecuador, las más absolutas teorías de la teocracia católica. Nada menos. Al efecto, nombra á un clérigo, el padre Ignacio Ordóñez, su emisario ante Pío IX, y le da un pliego de instrucciones por el que debe «suplicar» al Sumo Pontífice acepte las ofertas del Ecuador, cuyo «gobierno desea únicamente que la Iglesia goce de toda la libertad é independencia de que necesita para cumplir su misión divina» (1.ª base); el Poder civil será su ejecutor y garante. Asegura el ejercicio *exclusivo* de la religión católica, porque «no faltan hombres extraviados que procuran abrir la puerta á la introducción de nuevos cultos, estimulando á la impiedad y la apostasía» (2.ª). Todas las bulas, breves y rescriptos tendrán su ejecución inmediata sin necesidad del «pase» del poder civil (3.ª). «La inoculación de las malas doctrinas en la infancia y en la juventud son la causa más poderosa de los desórdenes y catástrofes de que la sociedad es víctima, como los miasmos venenosos son la causa de las epidemias asoladoras. Para impedir ó atajar los estragos de una enseñanza perniciosa, los Obispos deben tener la facultad de requerir, y el gobierno la obligación de mandar que no se permita en las escuelas, colegios, facultades y universidades, libros y doctrinas condenadas por la Iglesia»... (4.ª). Pero «lo

que precede no basta todavía. La reforma del Clero es imposible, mientras la autoridad y jurisdicción eclesiástica esté sometida á la civil, por medio de recursos de fuerza, de los cuales se valen los delincuentes y díscolos para impedir el castigo. Los recursos de la fuerza de toda especie deben por tanto suprimirse, y en vez de ellos debe dejarse la aplicación á Roma de todos los asuntos graves»... (5.ª). «El fuero eclesiástico ha sido desconocido por la ley de jurados en los delitos comunes de más gravedad; y la impunidad que se produce», exige una radical forma por las autoridades eclesiástico-romanas» (6.ª). Y finalmente renuncia al Patronato (7.ª), que las ex-colonias españolas heredaban de los Reyes Católicos, á quienes bien se lo había reconocido la Santa Sede... ¡García-Moreno era más católico que los Reyes Católicos!

Firmóse el Concordato *ad referendum*, pactándose todas sus bases como fueron propuestas, menos las relativas á la reforma del clero (5.ª y 6.ª). Pío IX, que nunca fué un *leo rugens*, no se atrevía á tanto, aunque se le dijera que la Iglesia ecuatoriana estaba en un triste estado de corrupción y holgazanería, que los obispados de Guayaquil y de Cuenca vacaron muchos años... Pero García-Moreno no era sólo más católico que los Reyes Católicos, sino también más papista que el Papa. Mandó de nuevo á Ordóñez, para que lo instase á aceptar su absoluta jurisdicción sobre el clero nacional, y el Pontífice, no sin vacilaciones, aceptóla entonces. ¡Era todo un enfeudamiento del Ecuador á la San-

ta Sede, reconociendo García-Moreno, antes que ésta, que la «Iglesia libre dentro del Estado libre» era la mayor de las herejías políticas! El «dar al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios», interpretábalo así: siendo el César cosa de Dios, todas las cosas del César son de Dios, y por lo tanto, caen bajo la supremacía de su Iglesia, que es Dios mismo sobre la Tierra! Y si no proclamó herético el aforismo bíblico es porque lo dijo el mismo Cristo, acaso en un momento de divina distracción... ¡También querría ser más cristiano que Cristo!

Más fácil de afirmar era que de sostener, aun en el Ecuador, el rebelante pacto del Concordato... Los indios lo soportaban todo; pero los liberales blancos se oponían. El clero mismo no parecía entusiasmarse mucho con su «regeneración». El arzobispo de Quito, tímido anciano, prometió, á requisición del presidente, reunir el concilio regenerador en Enero de 1863, «con tal que para esa fecha se hubiera publicado el Concordato», es decir, obtenido el *placet* del poder civil. ¡Pero el impaciente García-Moreno no quería decretar el *placet*, porque ello era reconocer por acto público una autoridad «cismática» de que carecía el poder civil sobre la Iglesia, autoridad suprema! Si era más papista que el Papa, tenía que serlo también más que un simple arzobispo... Bajo su promesa de tomar sobre sí las responsabilidades del caso, reunióse el concilio; y el procurador fiscal, como lo había previsto el prelado y era de su deber de funcionario

republicano, acusó á los obispos, ante el Supremo Tribunal de Justicia, de violar la ley, aun no derogada, de patronato, y pedía su expatriación... García-Moreno repúsole que «había incurrido, *como católico,* en una «doble excomunión», por haber violado las libertades de la Iglesia y haber entregado los ministros del Señor á la autoridad civil...» «Vos queréis condenar á los obispos al destierro por haber violado una *ley cismática* (el patronato originario en Sus Majestades Católicas de la ex-metrópoli): os condeno á la misma pena por haber ultrajado la constitución persiguiendo la religión del Estado». En efecto la Constitución, aunque «cismática», reconocía al catolicismo como religión del Estado. ¡Y el presidente que echa por tierra el patronato constitucional, destierra al procurador, en nombre de la misma Constitución, por sostenerlo! «Cosas veredes»... Usaba de las facultades extraordinarias en un despotismo teocrático, el más terrible, porque justifica en la Divinidad todas sus arbitrariedades... En fin, puso en ejecución el Concordato, exprofesamente sin el *placet;* recibióse un nuncio papal con plenos poderes; sometióse el clero á las autoridades eclesiásticas, aboliéndose el «recurso de fuerza» ante las civiles; trajéronse cofradías y corporaciones religiosas; colocó la enseñanza en sus manos y la universidad de Quito bajo la jurisdición del arzobispado; multiplicáronse los obispados... ¡y excomulgáronse y condenáronse al destierro y hasta la muerte á quienes protestasen contra esta tan insó-

lita retrogradación á la edad media! Amordazó la prensa y disolvió la «Sociedad Republicana», núcleo de liberalismo, alentando en cambio la católica «Sociedad Patriótica» y la «Sociedad Conservadora»...

Encendióse en todas partes una oposición revolucionaria, que obraba principalmente, por acción de los extrañados, desde las naciones limítrofes, Perú y Nueva-Granada, siéndole casi imposible manifestarse, bajo la dictadura teocrática, en el mismo Ecuador; «donde faltaban todos las libertades, la de la prensa, de elección, de asociación, de enseñanza, esos grandes medios de que disponen las sociedades civilizadas para propagar la verdad, la justicia, las ciencias y las artes». Los diarios del Perú, sosteniendo al general Urbina, jefe de los liberales, declamaban contra el asesino que empuña el puñal fratricida cuando la marca de Caín aparece en su rostro.» Acusósele de «traidor», publicándose cartas según las cuales había intentado vender su patria á Francia... Lo cierto es que, cuando gobernaban sus enemigos, «para evitar la anarquía», había pretendido negociar, no una anexión á Francia, como se decía, sino un «protectorado eventual»... Porque á pesar de la execrable impiedad de su revolución, Francia era el pueblo de sus simpatías, lamentándose de que no se impusiese pronto un déspota que volviera otra vez á encarrilarla para que recuperase «su puesto de primógenita de la Iglesia...» Y sus enemigos, los

expatriados, seguían vociferando que «para desembarazarse del monstruo, asesino y traidor, que, no contento con haber confiscado durante cuatro años las libertades públicas, quería sobrevivir para completar la ruina del país, debían buscar los buenos ciudadanos hierro, fuego ó veneno...»

El presidente presentó entonces su dimisión, en momentos en que, como debía constarle, no podía aceptarse, pues traería la más espantosa anarquía; y el Congreso no la aceptó. Esta dimisión, expuesta en un mensaje altisonante, quería bien decir: «Soy el hombre necesario; no me quedo si no me lo pedís; y si me lo pedís, esperad que proceda como crea conveniente, no asombrándoos de ninguna exorbitancia.» Así fué. La sangre corrió á torrentes. El presidente tenía un corazón atávico de duque de Alba. Nunca lo demostró mejor que en el combate de Jambelí. Era el momento crítico de la elección presidencial (1865). El primer magistrado duraba cuatro años en sus funciones, y no podía ser reelegido, según la Constitución; de la cual, en cartas confidenciales, decía «que sólo desorden, anarquía, sangre y miseria, contiene esta funesta caja de Pandora». Él impondría su sucesor, á su hechura. Su apasionadísimo panegirista, el padre Berthe, habla ahí del «*abominable* régimen del sufragio popular...»

Una tarde, como cincuenta urbinistas, armados de puñales y revólvers, emboscáronse en una islita del río Guayas y apoderáronse del buque mercante norteamericano «Washington». Remontaron el río

hasta Guayaquil, y allí, en el silencio y las sombras de la noche que cubrían las aguas y la ciudad, aproximáronse al «Guayas», único buque de guerra del Ecuador, sorprendiéronlo y lanzáronse al abordaje, acuchillando al capitán y á algunos marineros que intentaron resistirse. Cortan luego las amarras, atan el «Washington» á remolque del «Guayas» y lánzanse á alta mar. Al día siguiente súpose que estos dos buques, con un tercero, el «Bernardino», componiendo una flotilla revolucionaria, proclamaban al «libertador» Urbina. García-Moreno, que se hallaba enfermo de un ataque al hígado, púsose en campaña. Espera febrilmente la llegada de un vapor inglés, el «Talca». No bien llega, suplica al cónsul inglés que se lo preste para armarlo en guerra y «dar caza á los filibusteros», mediante una indemnización. Discútese sobre el monto... El presidente ofrece un buen precio, y el cónsul cede. Entonces García-Moreno lo arma con varios cañones, lo tripula, y acompañado del vaporcillo en descubierto «Smyrk», improvisándose almirante *ad hoc,* lánzase á perseguir la flotilla revolucionaria. Sorpréndela y da la orden, bajo la metralla: «¡El puñal en mano y derecho sobre el enemigo! ¡A todo vapor! ¡La proa sobre el costado del «Guayas»!...» De un cañonazo abre una brecha en el casco de este buque, y, presto como el rayo, lo embiste y se lanza al abordaje. A los pocos que se salvan de la carnicería los lleva prisioneros al «Talca». Los tripulantes del «Washington» y el «Bernardino», entre los que

estaba el mismo Urbina, desembarcan y huyen, mientras García-Moreno condena sobre la marcha y fusila á sus prisioneros, como piratas y rebeldes, en una sola sesión, salvando unos pocos que estaban por la fuerza, ¡y vuelve á Guayaquil, sangriento y triunfante!

El primer candidato del presidente para sucederle declaró en una carta que se hizo pública, que «rehusaría una candidatura impuesta por la violencia». Picado éste, escogió á otro, don Jerónimo Carrión, quien, en efecto, le sucedió. Menos déspota que su antecesor, no pudo evitar que la oposición liberal tendiese á reorganizarse y hasta pidiese una acusación contra el ex-presidente, «á causa de los actos arbitrarios é ilegales de que se había hecho culpable durante los últimos años.» Los partidarios de García-Moreno, que al descender de su alto puesto habíanle tributado honores de «Héroe del Ecuador», ciñéndolo de laureles en discursos ultrapomposos, fijaron en los muros de la ciudad carteles en que se decía que, á realizarse la acusación, se registrarían «en las efemérides del Ecuador un contraste único en su especie. Un pueblo arrodillado ante el Arbitro supremo pidiéndole gracias y bendiciones para el Magistrado á quien llama con el dulce nombre de Padre»... y un grupo de perversos acusadores. «¡A la barra del Congreso, ciudadanos! — terminaba el manifiesto anónimo. — ¡A la barra! ¡El día en que se introduzca la acusación conoceremos á los enemigos del pueblo!»

Creyendo obviar inconvenientes alejando á García-Moreno, Carrión le dió una misión para Chile, que entonces se hallaba en dificultades con Perú y España. Al bajar éste del tren en Lima, donde debía detenerse un tiempo, parece que un señor Viteri, deudo de Urbina y hermano de uno de los ultimados en Jambeli, intentó matarlo á tiros. Una oportuna intervención y acaso la presencia de ánimo de García-Moreno, que también sacó su pistola, salváronle la vida. Ante el tribunal, Viteri refirió «que jamás había tenido la idea de cometer un asesinato, y que únicamente, al ver á García-Moreno descender del tren, se había acordado de los crímenes perpetrados por el ex-presidente contra su familia y su patria, y por un movimiento súbito de indignación, había ido á provocarle á duelo. Se aproximó al efecto, para proponerle un encuentro leal; pero desde la primera palabra García-Moreno le contestó con un tiro de revólver, al cual habían seguido otros disparados por los individuos de la legación. El presidente del Ecuador, — añadía Viteri, — no merece que nadie le aseste el puñal de Bruto; porque donde quiera que se le encuentre ó se oiga su funesto nombre, tiene que recibir el más horrible de los castigos: el anatema y el desprecio universales.»

El Ecuador no se podía gobernar moderadamente, como lo pretendió Carrión. Por querer conciliar á liberales y radicales con católicos y

conservadores, ocurrióle lo que al murciélago de la fábula, que, en las alternativas de una guerra entre los cuadrúpedos y los volátiles, decíase cuadrúpedo cuando los primeros triunfaban, y ave cuando los segundos... Apercibidos unos y otros de su juego, lo corrieron; y desde entonces, avergonzado, ocultóse en la sombra... Los urbinistas y los morenistas, todos se ensañaban contra el presidente... Entonces García-Moreno, que, de vuelta de Chile, se ocupaba en dirigir su hacienda, tomando de pronto una ingerencia directa en la política, «hizo prevalecer la idea de que un cambio de gobierno, llevado á cabo con prontitud y resolución, restablecería el orden». O sea: la vuelta del despotismo católico. Porque los radicales, aprovechando y sosteniendo la política moderada del presidente Carrión, emprendíanla ya resueltamente contra García-Moreno, quien, nuevamente electo senador, amenazaba á su vez atacarla en el Congreso, con su característica violencia; hacer frente á los que clamaban el «intruso, el usurpador del sufragio popular, el déspota cuya audacia llegaba á forzar las puertas del Senado para volver á emprender el curso de sus ejecuciones ilegales y sangrientas.» Queríase negarle la entrada en el Senado, y para tranquilizar á los senadores tímidos, jueces de la elección, decíaseles que «García-Moreno, el tirano, el Catilina, la fiera rabiosa, privado de sus esbirros, no era más terrible que Nerón abandonado de sus pretorianos». A pesar de esta oposición *à outrance,* García-Moreno se incor-

poró al Senado; impúsose en su autoridad de cacique inquisidor; y envió al presidente este lacónico ultimátum, que debió sorprenderle como el estallido de una bomba: «Acordaos de que la salud de la república está sobre la vida del hombre que la conduce á los abismos». Ante esta amenaza de sus primitivos partidarios, de su propio padrino político, el presidente dimitió (1868); y García-Moreno escribía luego á un amigo: «Ya sabrá usted que mi llegada fué providencial; y como el candidato que presenté, el virtuoso y católico Dr. Espinosa, fué aceptado con entusiasmo, aun por parte de los rojos (los liberales, lo cual es por cierto dudoso) las elecciones han sido unánimes y pacíficas. Tenemos, pues, electo un inmejorable presidente...»

Pero este «inmejorable presidente» no podía durar. La espada de la revolución, de esa eterna revolución ecuatoriana, se alzó sobre su cabeza. Para contrarrestarla, García-Moreno, así como antes se improvisara almirante *ad hoc*, improvisóse, contra la liga libero-radical que volteaba á Espinosa, jefe del ejército, y sin dar batallas, asumió interinamente el mando (1869), jurando solemnemente, para infundir confianza en sus intenciones, no aceptarlo en definitiva... Y su primer acto de gobierno fué suprimir, de una plumada, so pretexto de liberalismo, la universidad de Quito, el Consejo General de Instrucción Pública, los Consejos académicos y comisiones de provincias y el Colegio Nacional de Río Bamba. ¡Así como suena: ***suprimir***, porque eran nidos de francmasonería! Inme-

diatamente «como la Santa Sede *concedió* que las causas criminales de los eclesiásticos, en atención á los tiempos, se substanciasen ante los jueces civilés», y considerando «que ello ha servido para molestar á los sacerdotes virtuosos y asegurar la impunidad á los delincuentes, decreta: Se restablece el fuero eclesiástico...» «Este decreto será presentado humildemente á la Santa Sede... para obtener su aprobación, quedando el gobierno obligado á reformarlo conforme al deseo del romano Pontífice». *¡C'est trop fort,* para una presidencia interina asentada en una revolución! Pero García-Moreno no paraba en pelillos... Luego citó al pueblo á una «convención católica», que «iba á constituir un Estado cristiano», y ¡claro! á designar quien debía ocupar la presidencia... Pero él había jurado no aceptarla... ¿A quién elegir para que no cayese como Carrión y Espinosa, sino al mismísimo García-Moreno, cuyo bilioso temperamento de cacique y cuya intolerancia é inteligencia lo hacían el «hombre insubstituible»? Y él, que lo sabía, elegido presidente, coqueteaba con su juramento: jamás aceptaría... ¿Qué iban á pensar de él los liberales y los radicales?... Necesitaba conservar su intacto purísimo nombre de cristiano... Una insurrección acabó de producir el pánico entre los católico-conservadores y los indiferentes: ¿quién vendría? Empezáronse á recolectar firmas para rogarle que aceptase definitivamente la presidencia; y en el periódico oficial apareció entonces la siguiente nota: «El presidente de la

república ha sabido con no menos sorpresa que indignación, la extrema libertad que se toman algunas personas de recoger firmas, á fin de obligarle, moralmente, á revocar un juramento solemne. Nada en el mundo le obligará á deshonrarse por la violación de su palabra, y amonesta á estas personas celosas que se abstengan de inútiles gestiones, y apela á su derecho para mandárselo. Todo se debe sacrificar á la patria, menos la fe, la conciencia y el honor»: La Convención Nacional, servil como todos los conciliábulos políticos de aquella difícil época de la historia hispano-americana, esperando que aceptase la presidencia, lo nombró general en jefe del ejército. Era dar al católico cacique, sin restricciones, las fuerzas efectivas... Vaciló siete días... y aceptó el generalato, modestamente, «convencido de su carencia de méritos; pero contando con la lealtad del ejército y la protección de la divina Providencia». La Convención puso entonces á la orden del día un proyecto de Constitución elaborado por el *factotum* García-Moreno... Y reunida en la iglesia de la Compañía de Jesús, aplazando ese proyecto, después de una misa solemne, reeligiólo presidente... Para que aceptara hubo que rogarle, que exhortarle, que invocar los designios nuevamente del Cielo.

Por segunda vez en la presidencia García-Moreno, votóse su Constitución de 1869, la que estaba á la orden del día, más característica aún, si cabe, que el Concordato de 1863; era una aplica-

ción en toda regla de las doctrinas del catolicismo absoluto, emitidas por Pío IX en el *Syllabus*, y, más tarde, por León XIII, en sus encíclicas *Immortale Dei*, y *De constitutione civitatum christiana.* ¡Nada menos! Con ella quería extirpar de raíz la *herejía liberal*, el mal del siglo; no era posible una «Iglesia libre dentro del Estado libre», porque dos potestades independientes no pueden coexistir en el mecanismo social; una de ellas debía supeditarse: ¡la profana, en aras de la divina! Se declaraba que el catolicismo sería la religión del Estado; que no podía ser elector ni elegible ¡es decir, ciudadano! quien no profesara la religión católica; prohibíase todo otro culto, aun á los extranjeros; restablecíase el fuero eclesiástico; poníase la instrucción pública en manos del clero... ¡En fin, entregábase maniatada la República del Ecuador, y esta vez para siempre, constitucionalmente, afectando hasta sus rentas, al poder del Papa-Rey! «Es necesario levantar, — decía García-Moreno, — un muro de división entre los adoradores del verdadero Dios y los de Satanás...» «En el frontispicio de las constituciones emanadas de la Revolución (francesa), — dice su panegirista el padre Berthe, — los legisladores inscriben el nombre de la nueva divinidad: el pueblo soberano.» Al frente de su constitución, García-Moreno puso estas palabras de las viejas cartas medioevales: «En nombre de Dios, uno y trino autor, conservador y legislador del universo, la convención nacional del Ecuador ha decretado la

siguiente Constitución.» Con todo, por más que el panegirista declare que «es menester romper con la civilización moderna», García-Moreno no invocaba su poder, á la manera de los antiguos reyes, como emanado de la Divinidad. Concedió á su siglo el sufragio, no de todo el pueblo, pero siquiera de los buenos católicos, á juicio del clero, que venía así á ser, en definitiva, quien otorgaba el permiso de votar, ó sea, de hecho, quien elegía los gobernantes... En cuanto al período de la presidencia, aumentóse de cuatro á seis años, haciéndose el presidente reelegible en el subsiguiente, y en adelante, después del intervalo de un nuevo período... Promulgada semejante Constitución, hubo que sostenerla; y la mano de hierro de García-Moreno la sostuvo: por el destierro y por la sangre.

Es un error juzgar á García-Moreno como uno de tantos caciques hispano-americanos que hacen de la religión una farsa para conservar el poder. No: podrá el catolicismo haberle servido de pretexto para cumplir su vocación de inquisidor; pero era un pretexto *sincero,* tan sincero como cualquiera de los ideales del héroe. Que este ideal teocrático-católico en pueblos europeos del siglo XIX hubiera sido un tanto anticuado, convengo; pero; en el Ecuador, por las preapuntadas razones, fué una palanca de orden y hasta de relativo progreso. ¡Lástima que no perdurase!...

Como una concesión al espíritu del siglo, García-Moreno también enunciaba la «libertad» en

su lema favorito; pero ¡qué libertad! «*Libertad para todos y para todo, excepto para el mal y los malhechores.*» Y como el «mal» era todo lo que reprobaba la Santa Madre Iglesia, desde el maniqueísmo hasta la moderna metafísica, y singularmente el «libre examen», el más íntimo sentimiento de la individualidad humana; y como eran «malhechores» todos los hombres de gran vuelo intelectual que no se ajustaron á la Iglesia, antes ó después de ella, desde Buda hasta Darwin,, — ¡la libertad resultaba bien efímera! No podía existir ni en el pensamiento ni en el corazón, desde que quien no era católico no podía ser ni ciudadano; y desde que el catolicismo *absoluto* es esencialmente uniformador é impositivo... Pero más aún, completaba su lema sobre la libertad con este corolario de hierro: «No se hace el bien sino por la fuerza»; y el bien era el absolutismo romano. Y añadía que por ello «la fuerza debía estar al servicio del derecho»; y entendía por «derecho» la facultad de llevar al Cielo, mal grado buen grado, ¡á todas las almas ecuatorianas! A los que se oponían demasiado perturbadoramente, contentábase, según los casos, con expatriarlos ó fusilarlos, y esto, después de otorgarles todos los «auxilios religiosos», se entiende... «Hacer el bien por la fuerza» es, precisamente, la última esencia de la arrogancia hispánica; el polo opuesto del individualismo á lo anglosajón, primera base de la democracia.

Decididamente, así como García-Moreno nació después de su época natural, el Ecuador, como

casi toda la América española, perdió la mejor oportunidad de declararse independiente: el siglo XVIII, que le hubiese conservado la reyecía hasta que, con la independencia, hubiérase preparado para la libertad. Se dice que la libertad es el mayor bien de una nación. Yo pienso que *ser apto* para la libertad es la mejor condición de un pueblo; pero, dad libertad á los Zulús, los Neozelandeses ó los Bochimanos, y veréis ¡qué repúblicas constituyen! Para ellos, un despotismo civilizador es infinitamente más fecundo, y para refinarse en lo interior y hacerse respetar en lo exterior... Este despotismo civilizador cabe dentro de la teocracia católica. Y la prueba de que el gobierno de García-Moreno, especialmente el de la segunda presidencia, donde desplegó mejor su alma, no era tan antiprogresista como se pretende, *para el Ecuador,* nación entonces hispano-indígena del Pacífico, está en la sensatez de ciertas reformas que introdujo en el orden interno y de la energía de su política internacional. Regeneró el clero, disciplinó el ejército y mejoró la magistratura. Aunque sectarizara la enseñanza entregándola al clero, la aumentó y mejoró, creando muchos colegios de varones y difundiendo en grande escala, tal vez por primera vez en pueblos españoles, la instrucción de las mujeres; en Quito, estableció una universidad católica. Fundó muchas instituciones de caridad, y, considerando que los doscientos mil indios salvajes eran ingobernables por las autoridades civiles y militares, los entregó

á misioneros. Mejoró la hacienda y construyó las obras públicas que los recursos nacionales permitieron.

Su religiosidad era incansable. Todas las mañanas oía misa, ayudándola él mismo casi siempre, en vez del indio monaguillo que era de costumbre. Todas las tardes rezaba en familia su rosario. Todos los domingos comulgaba públicamente, y á veces, también entre semana, con ocasión de ciertas festividades. Siempre vestía de negro, con un traje casi sacerdotal; pero en las grandes procesiones religiosas, poníase su vistoso uniforme de general en jefe, y, con un estandarte de la Virgen ó del Corazón de Jesús, iba delante del Sagrario, con su frente sombría, como heraldo de una Divinidad implacable. Su respeto á los clérigos y su adhesión á Roma no tenían límites. Rogaba á un simple fraile que se cubriese en su presencia mientras él se descubría, por ser un simple hombre y el sacerdote un ministro de Nuestro Señor. Escribía al Papa las cartas más humildes y suplicantes, acaso de rodillas. Como Pío IX encareciese la devoción al Corazón de Jesús, resolvió consagrar á él la república; y así lo decretó, preguntando, irónico, á alguien que le observaba que ya el país estaba bajo la advocación de Nuestra Señora de las Mercedes, si creía, por ventura, «que la divina Madre pudiese tener celos de su Hijo»... El tercer concilio de Quito confirmó el decreto, disponiendo que en todas

las catedrales del país, expensadas al efecto por el Estado, se consagrase un altar al «símbolo nacional.» Y debo advertir que en esos concilios no faltó clérigo que estigmatizara la imprenta, llamándola tal vez, como el antiguo prelado alemán, «ese monstruo, nacido á orillas del Rhin, entre Estrasburgo y Maguncia, que se alimenta de trapos sucios y vomita infamias...» El gobierno aceptó también con entusiasmo la idea de que se levantara, al Corazón de Jesús, un nuevo y suntuoso templo. Y desde entonces comenzóse á publicar una revista titulada «La República del Corazón de Jesús», que era, al propio tiempo, órgano del gobierno y del clero, y presentaba con frecuencia al presidente como el más edificante ejemplo de piedad. En uno de sus primeros números transcribió el siguiente programa de vida, que diz tenía él apuntado en las últimas páginas de su Kempis: «Decir cada hora *infernus domus mea est,* y «soy peor que los demonios». En las dudas y tentaciones, pensar como pensaré en la hora de la muerte, diciendo: «¿Qué pensaré sobre esto en mi agonía?» — No rezar sentado en la cama, cuando pueda levantado. Hacer actos de humildad, como besar el suelo en secreto, y hacer toda clase de humillaciones, procurando no merecerlas. Alegrarme que censuren mis actos y persona. No hablar nunca de mí, no siendo para declarar mis defectos ó malas acciones. — Contenerme viendo á Dios y á la Virgen y hacer lo contrario de lo que me incline en caso de cólera: ser amable aun con

los importunos. De mis enemigos, no decir nada malo. — Todas las mañanas escribir lo que debo hacer antes de ocuparme. Trabajo útil y perseverante, y distribuir el tiempo. Observar escrupulosamente las leyes. Todo *ad majorem Dei gloriam,* exclusivamente. — Examen antes de comer y dormir. Confesión semanal al menos. Evitar aun las familiaridades inocentes con toda prudencia. No jugar más de una hora, ni ir de ordinario sino á las 8 de la noche».

De una pasmosa actividad, el presidente-inquisidor inmiscuíase en todo, dirigíalo todo personalmente: la hacienda, el ejército, las ceremonias religiosas y civiles, los juicios políticos y criminales y las obras públicas; viajaba continuamente, vigilando y mandando; iba á las cárceles á echar en cara su impiedad á sus víctimas, antes de que marcharan al patíbulo; examinaba á los estudiantes... A uno de derecho, — y esta anécdota es típica, — que rindió muy bien sus últimas pruebas, lo interrogó sobre el catecismo cristiano; no respondió bien el examinando, ¡y en castigo le impuso una reclusión de varios días, hasta que lo aprendiese, en un convento de dominicos!

Su sinceridad resulta indiscutible de la unidad de su vida, de su incansable energía, de su estilo, de sus versos, de sus victorias... Tenía la religión en sus venas. Y el misticismo, cuando llega excepcionalmente á pasión, es como todas las pasiones: nunca queda estacionario, crece ó decrece... Para

García-Moreno fué una pasión en continuo *crescendo*, desde que oraba en el templo de San Sulpicio en París hasta que el puñal de unos conjurados, como lo había presentido, le cortó la vida, poco después de ser reelecto presidente por tercera vez en 1875, al salir de la catedral de Quito... Su voluntad fué como un manantial que nace purísimo en la cumbre de una alta montaña; pero que baja engrosando y engrosando su torrente, en sangre y más sangre, hasta que, en un momento dado, siempre sediento, y como si ya no le bastara la de sus víctimas, se lleva la de su propio corazón.



Porfirio Diaz

III

PORFIRIO DÍAZ, PRESIDENTE DE MÉXICO

Al llegar Hernán Cortés, los antiguos mexicanos creyeron que era Quetzalcoatl, el divino Mesías que ha tiempo esperaban bajase del cielo á redimirlos. Equivocáronse: Quetzalcoatl vino cuatro siglos más tarde y se llamó Porfirio Díaz. Nunca, en efecto, ni en épocas precolombianas, cuando su sangre corría en los altares; ni durante el coloniaje, cuando se les cazaba como á fieras y esclavizábaseles como á bestias de carga; ni en las interminables guerras de la independencia y las civiles, cuando eran carne de cañón, — los mexicanos gozaron de mayor bienestar que después del advenimiento de Porfirio I, remoto continuador de Moctezuma.

Este Mesías, como casi todos sus colegas de la historia, lejos de descender de lo alto, ascendió de las hondas entrañas del pueblo. En sus venas corría savia española de Asturias, y, por su abuela

materna, sangre de la más culta raza indígena de ambas Américas, la mixteca. Estudió teología en un seminario católico, y cuando á los diez y nueve años de edad hubieron de conferirle las órdenes menores, cambió de rumbo, declarando que quería estudiar jurisprudencia. Antes de graduarse, obtuvo un puesto, en un «Instituto» jurídico, de profesor asistente de derecho romano, y otro de bibliotecario, por mediación del caudillo Benito Juárez, abogado y ex-gobernador de la provincia de Oaxaca. Habiendo empuñado Santa-Anna la dictadura, aprisionó y desterró á Juárez (1853). Un grupo de estudiantes, entre ellos Díaz, indignados, atreviéronse á votar en los comicios contra el dictador; y éste dió entonces orden de arresto, obligándoles á huir. Porfirio, que tenía entonces unos veinticinco años, sirvió en las montañas de Mixteca, como partidario del plan republicano-federal de Ayutla, organizando tropas, bajo las órdenes de un capitán revolucionario. Volteado por la revolución, cayó Santa-Anna; y el nuevo gobierno, «liberal», en pago de sus servicios, dióle á Díaz el cargo de «jefe político» del distrito nativo, con un sueldo de 140 pesos mensuales. El antiguo seminarista y luego estudiante y profesor asistente de derecho, sintiéndose ahora militar, renunciólo, para graduarse, con sólo 60 pesos mensuales, de capitán. Esta vez tomaba un rumbo fijo. Y ¡qué rumbo! Peleando en una serie de guerras civiles, siempre con éxito, lloviéronle los galones, hasta alcanzar en unos siete ú ocho años de continuo

servicio... ¡el grado de brigadier general! Poco tiempo después, Benito Juárez, de sangre india más pura que Díaz, era electo presidente; y los franceses de Napoleón el Pequeño, para afianzar en el trono imperial de México al archiduque Maximiliano, aliados á los austriacos, invadían el país.

Hasta entonces las aventuras militares del general Díaz eran novelescas; pero en la nueva «guerra de la independencia», parecen inverosímiles; su valor y su constancia rayan en el heroísmo. Nombrado general de división, grado sumo, y jefe del ejército de Oriente, al mando de tropas mal munidas y peor disciplinadas, compuestas de indios cobardes y analfabetos, tenía que afrontar el ejército vencedor en Austerlitz, dirigido por estratejistas como el mariscal Bazaine. Era una empresa tan magna como justa. — ¡Desde los primeros encuentros, debió apercibirse Díaz que sus enemigos no eran gritones revolucionarios!... En efecto, terribles fueron las alternativas de la lucha. Los patriotas, ante las sangrientas embestidas de los invasores, se deshacían, se hacían y se rehacían en las sierras, como aquel dragón de la fábula que, cortado en muchos pedazos, unificábase solo para atacar después, lanzando fuego de sus enormes fauces de aligator, con más empuje. Y Díaz, sostenedor del presidente Juárez, era, sino el alma, el brazo de esa guerra gigantea. La leyenda que envuelve su acción es tan maravillosa, cambiando los tiempos, como la de Hércules...

«Rota por Saligny y Jurien de la Gravière la convención de no violar el territorio mexicano, se aprestaron los ejércitos combatientes guardando las siguientes posiciones: los franceses tenían su retaguardia en el Fortín, y un pequeño destacamento de la brigada del general Díaz se encontraba en Escamela, lugar distante poco más de dos leguas de aquél. Violentamente doscientos caballos conduciendo otros tantos zuavos á la grupa, se desprendieron del ejército francés y se arrojaron sobre los cuarenta hombres que componían la exploración del ejército mexicano. Y los cuarenta mexicanos, la avanzada del general Díaz, resistieron á cuatrocientos franceses, quienes al contemplar la iracunda decisión de sus enemigos, engrosaron sus filas con dos mil hombres más lanzados sobre aquel grupo de valientes que no retrocedieron un paso hasta no perecer treinta y ocho de ellos». Esto fué, salvo patrioteras exageraciones, el prólogo del drama. Luego se sucedieron los combates, como en los poemas épicos, numerosos y rápidos. Muchas veces derrotado y hasta herido, se pierde Díaz en lontananza para volver á la carga con nuevas tropas, sacadas del limo de la tierra... Si no es invulnerable como Aquiles, tiene una estrella aparte como Ulises.

Llegado un mal momento de la guerra, al tercer día de rendirse Puebla, que defendía, consiguió escapar. Presentóse en México, y, habiéndosele confiado un nuevo ejército marchó hacia Oaxaca, cuyo

territorio estaba en poder del enemigo. En el mismo año (1863), el gobierno, comprendiendo que en su espada estaba el porvenir, lo ascendió á «general de división», grado superior en el ejército mexicano. Asediada Oaxaca, cayó en poder de los invasores, y el general Díaz, prisionero, fué transportado á Puebla. Su cautiverio en el edificio de la Compañía de Jesús y su evasión, son páginas vividas por Rocambole y Montecristo. Armado de un puñal y de una cuerda salía silenciosamente de su celda, deslizándose como sombra por los muros. Aprovechó el momento en que el centinela le daba la espalda, y, casi adherido á la pared del claustro, en medio de supremos esfuerzos, llegó á una pequeña azotehuela, trepando ágil y sereno al techo de una cocina inmediata.... De pie en aquella eminencia, ensayó con éxito enganchar la cuerda en una pilastra de la bóveda de la iglesia, y ascendiendo por ella, con pulso firme y columpiándose en el vacío, logró escalar la altura y arrastrarse por las bóvedas para no dejar sentir su presencia á los centinelas apostados en las azoteas del convento. Con este acto había consumado la mitad de la fuga, quedándole la parte de mayor peligro, que consistía en lanzarse de una altura casi imposible para las humanas fuerzas. Al fin, por uno de los ángulos de la iglesia se arrojó en el vacío, yendo á caer á una casa contigua, de donde logró salir salvo de nuevas contingencias. Apercibidos de la fuga sus carceleros, hiciéronle buscar inmediatamente en los alrededores, batiendo los campos y los bosques, y como

no lo hallaron, pusieron á un alto precio su cabeza... «A los dos días, cuando aún se registraban varias casas de la ciudad, donde se le creía oculto, secundado por diez ó doce hombres que se le subordinaron inmediatamente, batía y desarmaba á la guarnición de Tehuicingo, que constaba de 25 hombres. Al día siguiente, contaba ya 70 soldados á sus órdenes y dispersó entre Piaxtla y Chimantla á un cuerpo mexicano de más de cien caballos; y aumentando siempre su naciente fuerza, el 1.° de Octubre, al frente de 200 jinetes y peones, atacó en Tulcingo al coronel Jesús Bissoso, derrotándolo por completo y apoderándose de gran parte de su armamento, pertrechos, instrumentos de su banda y dinero.» Después de esta victoria, se presentó ya de frente, en campo abierto, más pujante que nunca, al mando de un bien reorganizado ejército de veteranos alentados con su ejemplo... Diríase que poseía, como ciertos magos de los cuentos orientales, un talismán para hacerse invisible, desaparecer y reaparecer cómo, dónde y cuándo se le antojaba... ¡Era bastante para que la imaginación de un pueblo semi-asiático lo supusiera un héroe legendario y misterioso! Y más, cuanto que desde su evasión inició una final y no interrumpida serie de victorias. ¡Son las últimas etapas de la epopeya! La rueda de la fortuna ha dado un vuelco para los imperialistas; y los triunfos se suceden, rápidos, decisivos: San Lorenzo, Miahautlán, la Carbonera, el asedio de México, la toma y, al fin, la ejecución del desgraciado Maxi-

miliano I. La república ha vencido (1867); pero, á pesar del «rótulo yanqui» de la Constitución, ¿transformaráse México en una verdadera república federada, ó cambiando de hábito, quedará siempre el mismo monje antiguo que cubría de sangre los altares y leía el porvenir en las entrañas de millares de víctimas, para convertirse luego á la Cruz de los soldados inquisidores?...

Después de rendir cuentás y entregar al tesoro 140,000 pesos recaudados durante la guerra, sobrante que causó gran asombro, pues los gastos habían sido enormes en relación á los recursos, al día siguiente de la rendición de México presentó Díaz su dimisión de jefe de línea y del ejército de Oriente, y, después de algunos meses, se retiró á Oaxaca, su valle natal. ¡No importa: el pueblo lo había ungido ya, por derecho humano, cacique *imperator!* Y tan es así, que la legislatura del «estado federal» de Oaxaca otorgóle grandes honores, y además una propiedad, en donde pasó, en brazos de una hermosa joven con quien casase, dos años de tranquila vida privada.

Siendo todavía presidente Juárez, Díaz fué electo, por su provincia, diputado al Congreso. El país, inorganizado aún, estaba en crónico estado de revolución. — Agravóse esta situación cuando sucedió á Juárez, Lerdo de Tejada, quien inició una política violenta contra el partido clerical, aun poderosísimo, y en 1875 estalló la revolución.

El general Díaz, partidario ahora de la revolu-

ción, tomó entonces un vapor en Veracruz y partió para los Estados-Unidos de Norte-América. Después, en compañía de otros ciudadanos en quienes tenía confianza, organizó un ejército en los Estados de Tamaulipas y Cohahuila, y regresó hacia México. Pero fué alcanzado, derrotado y obligado á huir. Embarcóse en el vapor «City of Habana», cambiando de nombre, y, en cuanto era posible, de apariencia. Conoció á muchos á bordo, pero ellos no le reconocieron. Todo fué bien hasta su llegada á Tampico, en donde se embarcó con una compañía para Veracruz; y allí recién fué reconocido por los soldados. Viendo que se le había descubierto y que los oficiales se preparaban para tomarlo prisionero, cuando obscureció, bajó á un lado del vapor y se arrojó al agua, con la esperanza de escapar á los tiburones y llegar á nado hasta la costa. Pero sus enemigos, que vigilaban, lo descubrieron y dieron la voz de alarma... Pronto funcionaron los remos, y á pesar de todos sus esfuerzos de buen nadador, fué alcanzado, aprehendido y llevado otra vez al buque. Como iban á hacerle prisionero, Díaz llamó al capitán y le pidió protección bajo la bandera de los Estados-Unidos. El capitán accedió á esta petición hasta llegar á Veracruz. Aunque tenía un guardia en su camarote, escurrióse Díaz hasta el del pagador ó comisario con un salvavidas, con la esperanza de escapar de nuevo; pero el comisario lo persuadió á que se escondiese en un sofá y le obligó á arrojar el salvavidas al mar para que sus vigilantes creyeran que realmente se había esca-

pado. Así se hizo, y el salvavidas fué después sacado en la playa en donde muchos testificaron que tenía manchas de sangre, de lo cual inducíase que el prófugo había sido devorado por un tiburón; un examen posterior probó que las manchas eran de óxido de hierro. ¡Grande fué la conmoción cuando se descubrió, en la mañana del día siguiente, que el general Díaz se había fugado! Las tropas y la tripulación unidas examinaron el vapor y frecuentemente estuvieron muy próximos al lugar de su escondite. Finalmente, un oficial extendió la noticia de su desaparición manifestando que probablemente se había ahogado... Durante una semana permaneció en ese lugar de tortura; y como los oficiales mexicanos tenían la costumbre de reunirse en el camarote del pagador y beber y jugar de la noche hasta la mañana, difícilmente podían sospechar que allí se ocultaba su perseguido, cuando revisaban el buque. Aunque en Veracruz el vapor fué rodeado por soldados, Díaz escapó de ellos, disfrazado de marinero, con un ligero traje de algodón. Pasó por muchas vicisitudes, y al fin, el 16 de Noviembre de 1876, se presentó con una fuerza armada... ¡Y obtuvo una victoria decisiva sobre los lerdistas en Tecoac!

Al recibir Lerdo la noticia de esta derrota de sus partidarios, alarmado, con algunos de sus fieles miembros del gabinete y con el dinero que halló á mano, partió, en 20 de Noviembre, para Acapulco, y de allí tomó pasaje para los Estados Unidos. El general Díaz entró en México el 23

del mismo mes, y cinco días más tarde, — después de una parodia de elecciones populares, naturalmente,—asumió el cargo de Jefe del Poder Ejecutivo. Formó su gabinete contratando un empréstito de 500,000 pesos para comenzar la nueva administración; puso al general Méndez como presidente interino y salió en persona á ultimar á los lerdistas. «En realidad hubo entonces tres presidentes en México: Lerdo, que no había renunciado; el vice-presidente Iglesias, que había asumido el cargo cuando huyese Lerdo; y Díaz. Iglesias, siguiendo el ejemplo del presidente, y para poner término á una situación equívoca, partió también, de Manzanillo, donde se hallaba, para California.» En tanto, Díaz recorría triunfalmente la república y capturaba á todos los lerdistas, ¡sin disparar un tiro! Después de esta última campaña, que duró dos meses, volvió á la capital, relevó á Méndez, y comenzó tranquilamente su gobierno presidencial. Aquí se inicia la historia de su administración.

Durante las guerras de la emancipación, Díaz se nos presenta como un gran patriota: fiel á la bandera de la república, en la política exterior, y en la interior, al partido liberal de Juárez. Pero he aquí que, después de Juárez, Lerdo es electo presidente. Relégase á un lado á Porfirio, que ya era el caudillo nacional y aspiraba á la presidencia, y Porfirio, en la primera oportunidad, se rebela contra el gobierno. Lerdo era también li-

beral, como Juárez; pero ¿qué importa?... En cuanto los conservadores le hacen una revolución, Díaz, el ex-liberal, se pone en movimiento, la dirige, y derroca al legítimo presidente para sucederle. El gran patriota no es ahora más que un gran cacique, que no lucha por las ideas sino por el poder. No le preocupa ya el ser liberal ó conservador; lo que le preocupa es alcanzar la presidencia. Y la alcanza. Electo por cuatro años, dura su primer período de 1876 á 1880; y como por la Constitución no puede ser inmediatamente reelecto, sucédele González, durante cuya presidencia ocupa varios puestos: primero, ministro de Fomento; luego, magistrado de la Suprema Corte de Justicia; después, gobernador de Oaxaca. — Habiendo muerto su primera esposa, á los dos años de viudez contrae segundas nupcias. — Y terminado en 1884 el período presidencial de González, elígese á Díaz por segunda vez presidente de la república. Durante esta presidencia se reforma la Constitución, permitiéndose la reelección inmediata é indefinida del primer magistrado de la nación y conservándose siempre el término de cuatro años para cada período. Desde entonces, Porfirio, reelecto en 1888, en 1890, en 1892, en 1896, en 1900, ocupa, sin interrupciones, el sillón presidencial de México. Y gobierna con un poder absoluto, más absoluto que el de cualquier soberano de Europa. Como todo cacique, ha consolidado su poder por el terror: expatría á los opositores, amordaza la imprenta y nombra indi-

rectamente á los miembros del Congreso. Un ejemplo curioso de su despotismo está en lo que se llama la «Ley fuga», siempre vigente, que consiste en el derecho que se atribuye á las autoridades gubernativas de *matar*, en el mismo acto de aprehenderlo, al acusado que se resiste... Nada más expeditivo. En ello se evitan prisiones, juicios, extrañamientos; á los opositores peligrosos, la policía puede eliminarlos, por sí y ante sí, dando luego parte de que procedió tan radicalmente porque el hombre «se resistió»... No hay cuidado: nadie le pedirá cuentas. Si alguien se arriesgara á pedirlas, correría también el peligro de figurar luego, en los partes oficiales, entre los que «se resistieron»... ¡La paz reina en Varsovia!

Con todo, farsante de la democracia, cacique disfrazado de presidente, Porfirio Díaz es uno de los más grandes estadistas del siglo XIX. Gobierna á México, como México debe ser gobernado. «La raza indígena, que es la más numerosa de la sociedad mexicana, — dijo el presidente Juárez en el quinto Congreso Constitucional, — está sujeta á una obediencia más ciega que los militares, porque su obediencia nace de la pobreza que avasalla al indígena á la voluntad de sus amos. ¡Cuán conveniente y justo sería que la protección de la libertad electoral se extendiera por medio de disposiciones convenientes á los ciudadanos de esa raza que ni toma parte en la cuestión electoral, ni siente interés alguno por ella!» El buen mestizo tenía razón bajo

el punto de la filosofía romántica entonces en boga: era conveniente y justo dar á cada hombre sus derechos de hombre. Pero, ¿era también, en la práctica, posible? ¿Era posible hacer una *raza republicana* de una raza asiática? ¿Podíaseles convencer de sus derechos y deberes de ciudadanos á los millones de indios civilizados que poblaban el territorio de la república? Hoy cuenta México más de catorce millones de habitantes, de los cuales unos doce son indios, y los demás, mestizos y mulatos. Los blancos europeos son la excepción, la *crême de la crême* de la sociedad. ¿Puédese hacer de tal pueblo una república? Evidentemente no, y el dilema es este: ó la tiranía, único medio de mantener el orden, ó el desorden. Díaz opta por el orden, y dentro del orden, realiza el progreso. ¡Merece el respeto de la Historia! Los yanquis lo han honrado en todas formas, porque era un vecino cómodo. Preguntad empero á un yanqui qué le parecería ese hombre, si fuera su compatriota, para presidente de los Estados-Unidos; y os mirará asombrado de que pueda hacerse suposición tan absurda, rascándose la oreja, como si le propusierais cambiar á Mac Kinley por Menelik... Tiene razón: Norte-América es una nación europea.

Para comprender toda la grandiosidad de la obra de Porfirio, es preciso estudiar al México pre-porfiriano. Reinaba el caos más absoluto, la miseria más dolorosa, la noche más negra... Y Porfirio dijo: «Hágase la luz.» Y la luz fué.

«Allá en un lugar apartado del Hemisferio Occidental,—dice Tolstoi,—se destaca la solitaria silueta de un Cromwell moderno: su espíritu, si de él eliminamos el fanatismo puritano del Gran Protector, es idéntico al de éste en fuerza reconstructora. Su sola existencia demuestra que el alma no tiene nacionalidad, y que al escoger la envoltura material que va á animar, no se fija en preferencias de raza. Ese hecho confirma la universalidad distributiva del espíritu humano, doctrina sostenida por el inmortal Pitágoras. ¿Cómo es que del caos pudo Díaz hacer surgir el orden? Nuestros grandes estadistas del Norte de Europa son tal vez eminentes ante el criterio de la Historia moderna, por haberse hallado rodeados de elementos dúctiles, que ellos no tuvieron dificultad de modelar conforme á sus ideales, por encontrarse las estratas sociales en un grado de civilización más avanzado. Pero en México no había más que caos, no había más que sombras, no había más que una civilización elemental; durante más de medio siglo la única luz que alumbraba las tinieblas salía de la boca de los cañones, y el bello cielo del septentrión americano aparecía teñido con resplandores de incendio. — Mas he aquí que del vórtice de ese malstroom aparece un guerrero cabalgando, como el héroe de la leyenda cosaca, en caballo ensangrentado y con espada reluciente. ¿Es un ángel exterminador, una gota más de agua en la negra tormenta? No, es un rayo, pero rayo más bien de luz que de muerte. Se abre paso en lo recio de la

pelea, las legiones se desbaratan cual copos de nieve al soplo del viento del Sur, dejando tras de sí una mañana riente y un sol que orea la sangre del campo de batalla. Desmonta y mira el paisaje desolado que se extiende á sus pies, y luego, arrojando lejos de sí la armadura, coge el arado, abre el surco y planta la semilla. La tierra se cubre de verdura, los pájaros trinan y el grano germina. — Los fugitivos se rehacen, y al ver las sementeras cuajadas de espigas arrojan las armas, y volviendo la vista por todas partes para ver quién ha sido el autor de esa maravilla, ven á lo lejos, inmóvil, la figura de Díaz. Y como hijos de la naturaleza que son, se prosternan en su presencia confundiendo al instrumento con la causa. Díaz les predica el evangelio de la paz, haciéndoles ver que la sangre sólo fecunda las ortigas y que el árbol del pan sólo florece y da fruto regado con el sudor del rostro.»

Y agrega el apóstol eslavo que indudablemente Díaz lleva á su pueblo, paulatinamente, hacia la democracia: «México no goza de las mismas libertades que su poderoso vecino del Norte, ni tampoco sería conveniente que las tuviera, pues la libertad es como la aurora, que antes de aparecer se anuncia con pálidos crepúsculos. La naturaleza es enemiga de bruscas transiciones, y un pueblo que sale repentinamente de las tinieblas á la luz, retrocedería deslumbrado. En esto consiste precisamente el genio del estadista mexicano, en la graduación metódica que cuenta las pulsaciones de la existen-

cia nacional. Otro reformador de talento mediano hubiera hecho de su pueblo, bien un montón de demagogos sin Dios ni ley, bien una agrupación de tiranuelos y esclavos; mas Díaz supo evitar los extremos, creando un gobierno único en los anales de la historia política, el cual es en la forma una República y en el fondo no es precisamente una dictadura; pero aun cuando participa de ambas fórmulas, es en la intención un gobierno democrático. La democracia, si no me equivoco, es el ideal de Díaz, y si camina hacia allá empleando métodos autocráticos, no es la falta de él sino de los elementos heterogéneos que constituyen el organismo nacional.» Confieso que no me atrevería á decir tanto... ¡Hacer una democracia de un imperio oriental! ¿Quién lo pudo en la historia? Difícil es que Porfirio, con su buen sentido de político, lo pretenda. Ha hecho progreso. ¿Qué más podía hacer? Es, pues, el prototipo de la más *rara avis* del caciquismo: ¡el cacique progresista!

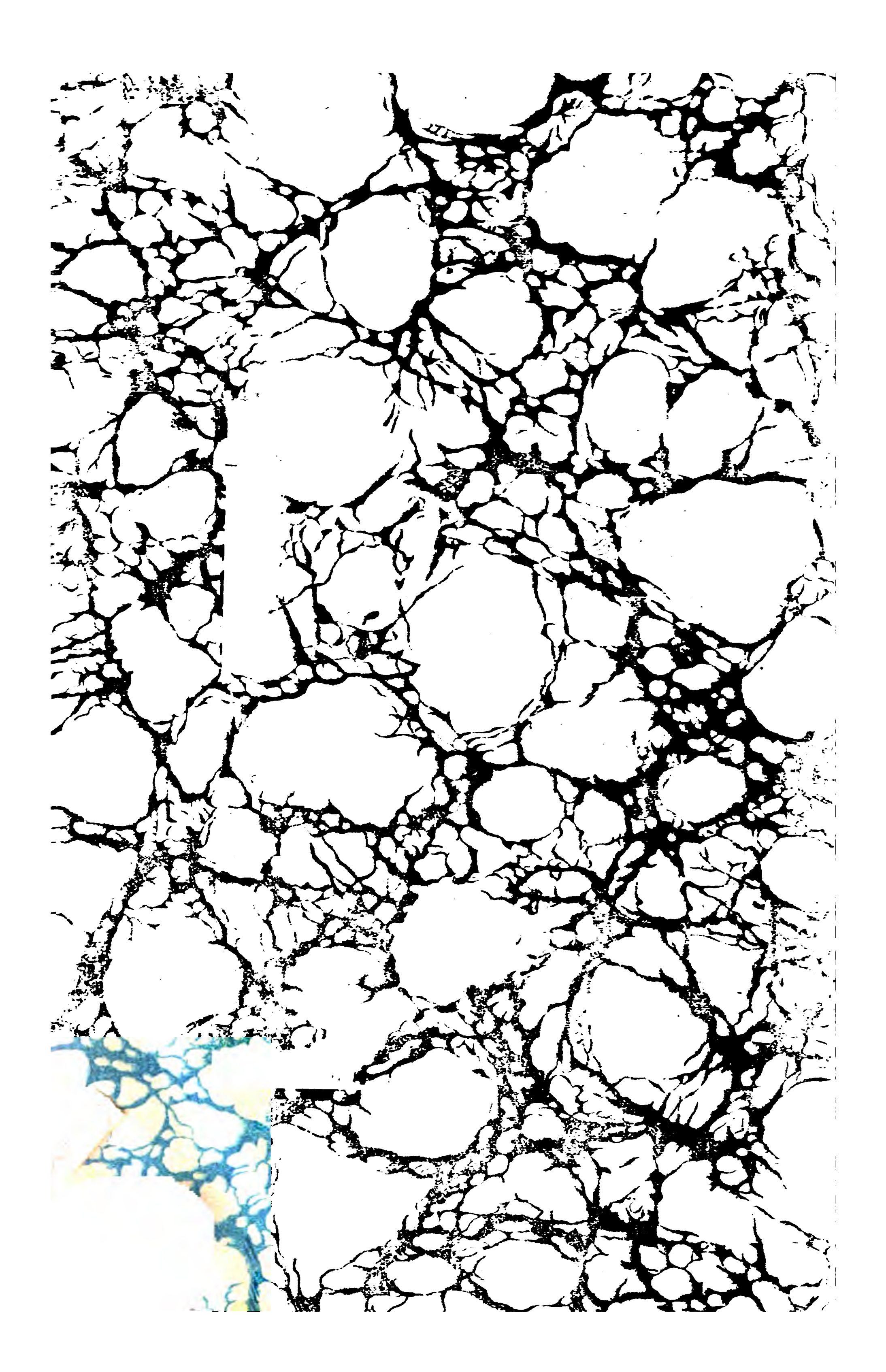
Más que el ditirambo del apologista, las cifras del estadísgrafo nos revelan la *obra* pasmosa de Díaz. No pretendo que por su sola iniciativa se hayan decuplicado las rentas en medio siglo, construído cientos de escuelas y miles de kilómetros de vías férreas, improvisado las industrias y regularizado el comercio; no, el país tenía en sí fuerzas y riquezas que *han aprovechado* la buena sombra de Porfirio para expandirse. La gloria del estadista es haber arrojado esa sombra sobre un suelo fecundo

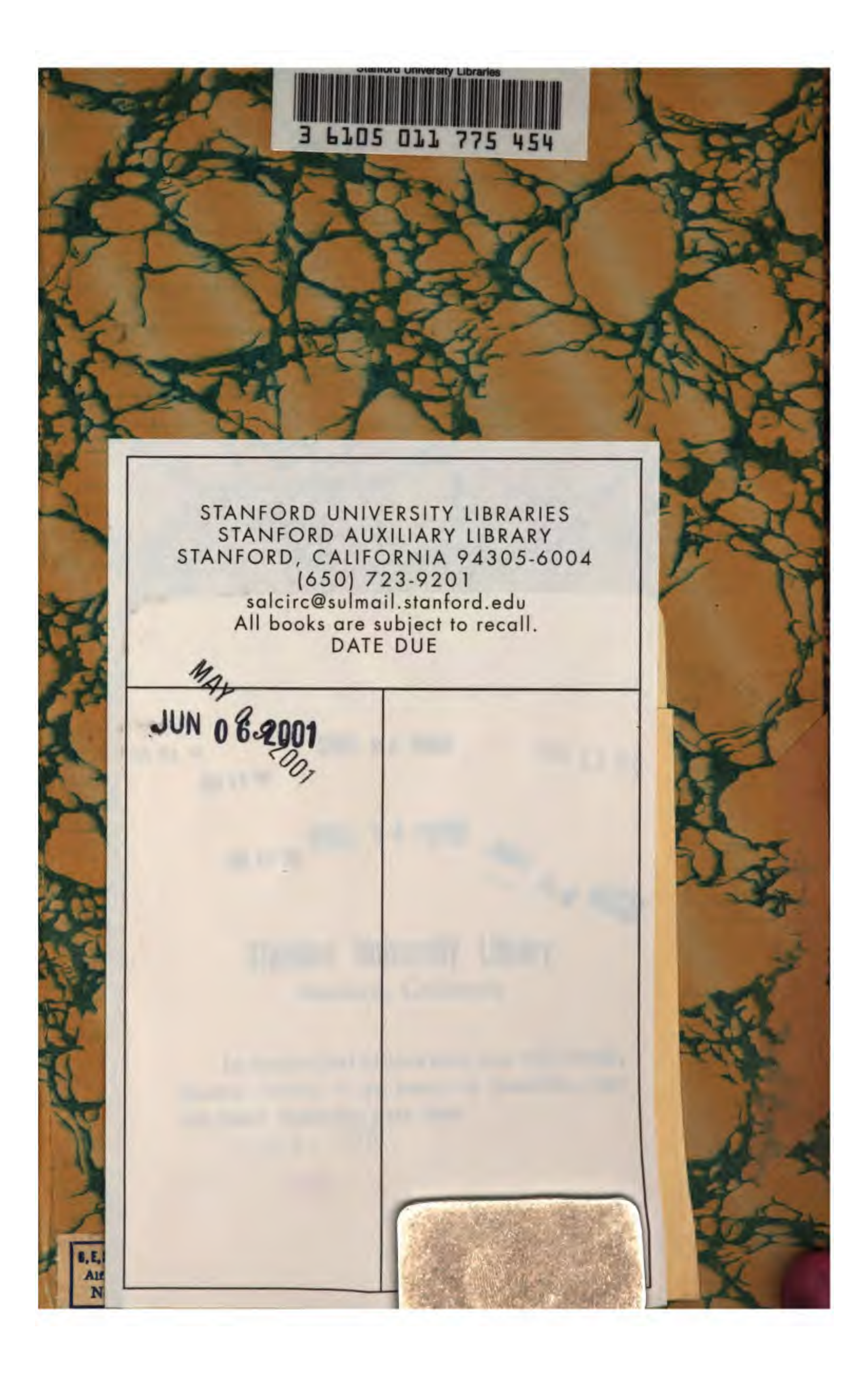
y regado de sangre. «Poca política y mucha administración», éste ha sido su lema. Lema de hierro, cuando lo emite un déspota que, para mantenerse en el poder, por la pasividad del pueblo, no necesita hacer política! En otros caciques, en pueblos menos resignados, más europeos, tal lema hubiera sido, por la fuerza de la oposición, una nueva farsa: la farsa de los czares...

Pero sobre todas las condiciones de Díaz, hay un hecho, un solo hecho que bastaría para atraerle el respeto de todos los que saben leer en el corazón de los hombres... Y este hecho indiscutible, categórico, imperecedero, es que, habiendo subido de lo más bajo á lo más alto, permaneció muchos años en la altura, conservando siempre su buen sentido y sus buenos sentimientos... Ese hecho es que, habiendo llegado á la cúspide más elevada, ha contemplado desde allí, largamente, el mundo extendido á sus pies, ¡y no ha sufrido el vértigo de las alturas, que hace rodar á los tiranos, ante la historia inexorable, hasta el lodo de donde surgieron! Para haber resistido al Tentador en las soledades de tan eminente cumbre, debe tener el corazón de un héroe.

Buenos Ayres, 1902.

ÍNDICE




Stanford University Libraries
3 6105 011 775 454

